



LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA



SERIE: ITINERARIO Y MEMORIA DEL BICENTENARIO
ARCHIVO VISUAL DEL MUSEO DE LA EDUCACIÓN GABRIELA MISTRAL



LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA

MARÍA ISABEL ORELLANA RIVERA
PEDRO PABLO ZEGERS BLACHET

SANTIAGO DE CHILE
2008

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 175678
ISBN N° 978-956-244-206-0
© Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos - Museo de la Educación
Gabriela Mistral
RUT 60.905.000-4
Chacabuco 365, Santiago de Chile
(56 2) 681.81.69
Responsable legal: Nivia Palma Manríquez

La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría es entregado a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande, de conformidad a la voluntad de Gabriela Mistral.

Textos, selección y edición:
María Isabel Orellana R. - Pedro Pablo Zegers B.

Transcripción de textos
Irene De la Jara, Natalia García-Huidobro y María Isabel Orellana

Selección de fotografías:
María Isabel Orellana, Irene De la Jara, Natalia García-Huidobro y Pedro Pablo Zegers

Corrección de estilo:
Irene De la Jara

Primera Edición: noviembre 2008
1.000 ejemplares

Diseño: Paulina Manzur Morales

Imágenes: Archivo MEGM, Archivo del Escritor (DIBAM)

Fotografía de portada: Reencuadre fotografía de Gabriela Mistral junto a Barack Canut de Bon. Fotografía tomada en Coquimbito, Los Andes, 1916.
Fotografía de portada interior: Gabriela Mistral junto a un grupo de alumnas del Liceo de Niñas de Osorno, 1938.

*A los modeladores y modeladoras de manos amorosas
que creen en el misterio de una clase hermosa*

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quisiéramos agradecer a la Orden Franciscana por haber autorizado la reproducción de los textos originales y al Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas del Ministerio de Educación por la confianza depositada en el Museo de la Educación Gabriela Mistral al financiar esta publicación.

Vayan nuestros agradecimientos también al personal del museo por su compromiso con el patrimonio y por la contribución que cada uno realizó, desde sus funciones, para la concreción de este libro: Mauricio Escalona, Natalia García-Huidobro, Robinson González, Eugenio Jaña, Pedro Jiménez, Fernanda Martínez, Jorge Moroso, Carlos Pinto, Luis Silva, Pablo Trepiana y, especialmente, a Irene De la Jara, quien realizó además la corrección de estilo y le dedicó a este volumen una lectura atenta, inteligente y rigurosa. Gracias -igualmente- a Paulina Manzur, por la seriedad y la entrega con que llevó a cabo el trabajo de diseño.

Finalmente, queremos expresar nuestros agradecimientos a Alan Trampe, Subdirector de Museos, y Nivia Palma, Directora de la DIBAM, por su apoyo y compromiso permanentes en la difusión de la obra de Gabriela Mistral.

CONTENIDOS

☞ Agradecimientos: 11
☞ Presentación: 17
☞ Un pueblo entero: 19
☞ Gabriela Mistral y su ejercicio pedagógico: 29
☞ La instrucción de la mujer: 53
☞ Colaboración sobre instrucción primaria obligatoria: 61
☞ Sobre el centenario. Ideas de una maestra: 65
☞ Ventajoso canje...: 71
☞ Educación Popular: 75
☞ Las fiestas de la primavera se celebran con todo lucimiento:	
La primera piedra del liceo: 93
☞ Oración de la maestra: 99
☞ Cómo se ha hecho una Escuela-Granja en México: 103
☞ Lecturas para mujeres: 121
☞ La imagen de Cristo en la Escuela: 135
☞ El oficio lateral: 149
☞ Imagen y palabra en educación: 167
☞ Cuestiones de educación: la sugestión de inferioridad: 181
☞ El título es comprobación de cultura: 185
☞ Kindergarten: 191
☞ La enseñanza, una de las más altas poesías: 201
☞ La escuela nueva en nuestra América: 213

♫	La intrusa: 219
♫	La radiofonía y los niños: 223
♫	Maestros rurales: 231
♫	Palabras finales: 241
♫	Bibliografía: 245

Nota de los editores: para facilitar la lectura se optó por modernizar la escritura de los textos originales.

PRESENTACIÓN



Traer a Gabriela Mistral a la discusión del Bicentenario es una ocasión para profundizar acerca del magisterio, las prácticas educativas y las lógicas que las sustentan. A principios del siglo XX esta maestra escribía acerca de los imperativos y las deudas que el país tenía con sus conciudadanos. Cien años después, estos temas cobran la misma relevancia y nos hablan de la importancia que sigue teniendo el sistema educativo en el desarrollo cultural e intelectual de nuestras aún jóvenes repúblicas.

Este segundo volumen, que recoge parte de su ideario pedagógico, es una contribución que el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas y el Museo de la Educación Gabriela Mistral hacen a nuestros y nuestras docentes con miras a reflexionar acerca del por qué y para qué somos educadores.

Rescatar el pensamiento pedagógico de nuestra insigne poetisa significa, entonces, reflexionar en torno a los profesores -pilares de los procesos socioeducativos- y entender la profesión docente como una herramienta insoslayable cuando se busca mejorar la calidad de la educación en los preludios del Bicentenario.

Carlos Eugenio Beca Infante
Director
CPEIP

“Un pueblo entero, desde el obrero de la federación hasta los capitalistas pueden decir en qué forma cumplí mi misión”.

Gabriela Mistral

La vocación magisterial de Gabriela Mistral podría remitirse, en primer lugar, a la figura un tanto legendaria de don Jerónimo Godoy, siempre mencionado por las numerosas biografías de Gabriela, a nuestro parecer injustamente, como el padre ausente, errabundo y de vida un tanto azarosa. Por otra parte, resulta imprescindible mencionar la presencia de Emelina Molina, su media hermana, imagen perfecta de la preceptora del ámbito campesino inmortalizada en el poema “La maestra rural”. Estos dos personajes, ciertamente, son ejes fundamentales en la inclinación hacia el magisterio de la joven Lucila Godoy. Pero todo esto, que podría parecer tan lógico, no es tan coherente con la biografía misma de Gabriela. Porque esta vocación en ciernes bien se pudo ver frustrada, dado que el desarrollo de los acontecimientos en su vida sufrió múltiples tribulaciones, las que podrían haber incidido en una actitud completamente distinta a la asumida en su momento por la joven Lucila.

Para comprender estas afirmaciones, cabe aquí recordar el famoso incidente de Vicuña, que podría parecer casi una anécdota más en la vida de Gabriela, pero que fue mucho más allá de ser sólo eso, para convertirse en una herida muy profunda, que la marcaría por el resto de su vida. Por lo general, este incidente se circunscribe

al asunto del robo de unos materiales de clases y a la acusación de ladrona, por parte de su maestra, que, junto con la condición de profesora, era además su apoderada y madrina de confirmación. Hay todavía más en esta famosa afrenta: la acusación de la niña como una persona débil de carácter y con una gran deficiencia para las tareas intelectuales. Y es este último punto, el que nos interesa recalcar, porque creemos que esta acusación, tan injusta y a la vez dolorosa, puede haber producido en la pequeña Lucila ese voluntarismo, esa tenacidad y perseverancia, que la convirtieron en uno de los baluartes de la enseñanza de nuestro país, a comienzos del siglo XX:

“Dirigía esa Escuela Primaria Superior, [de Vicuña] Doña Adelaida Olivares, maestra ciega de casi toda su vida y madrina mía de confirmación. Vino entonces un incidente trágico –escribe a propósito del asunto Gabriela Mistral–. Yo repartía el papel de la escuela a las alumnas –el Gobierno daba en aquel tiempo los útiles a los escolares. Era yo más que tímida; no tenía carácter alguno y las alumnas me cogían cuanto papel se les antojaba con lo cual la provisión se acabó a los ocho meses o antes. Cuando la directora preguntó a la clase la razón de la falta de papel, mis compañeras declararon que yo era la culpable pues ellas no habían recibido sino la justa ración. La directora, aconsejada por una hermana maestra ahí mismo, salió sin más hacia mi casa y encontró el cuerpo del delito, es decir, halló en mi cuarto una cantidad copiosísima no sólo de papel, sino de todos los útiles escolares fiscales. Habría bastado pensar que mi hermana era tan maestra de escuela como ella y que yo tomaba de ella cuanto necesitaba (...) Yo no supe defenderme; la gritería de las muchachas y la acusación para mí espantosa de la maestra madrina me aplanó y me hizo perder el sentido. Cuando Doña Adelaida regresó con el trofeo del robo su hermana hizo con el caso una lección de moral que yo oía medio viva medio muerta”.

Esta definición tan dura de la adolescente, probablemente, fue moldeando en ella un carácter afable, pero a la vez firme en sus convicciones, con una fuerte autovaloración de sus condiciones personales e intelectuales:

“Durante varios años –no recuerdo el dato con precisión– mi madre y mi

hermana quisieron hacer de mí una buena ama de casa. Yo era tan callada que jamás tuve porfía en discusión alguna con ellas en mi infancia. Pero en mi ímpetu de rebelión que es de los más vigorosos que haya tenido en mi vida, que yo no aprendería ni a lavar la ropa ni hacer la comida y ni siquiera creo que ayudaba a arreglar la habitación (...) Mi rebelión era una cosa confusa siendo en todo caso una rebelión en forma sin rezongo, sin hablar, sencillamente no obedecí”.

Algunos años más tarde, la familia empobrece profundamente y Lucila, casi obligada por su madre, se ve en la necesidad de trabajar en el oficio de sus mayores sin contar con la debida experiencia y, mucho menos, la instrucción básica para estos efectos:

“Yo temblé cuando a los 14 años ella [su madre] y su amiga doña Antonia Molina me llevaron delante de un visitador de escuelas y le pidieron para mí una ayudantía de escuela rural. Yo tenía 14 años, me mandaron a la Compañía Baja, donde el mar me daba muchos ratos felices, lo mismo que mi olivar que costeaba mi casa y que es el más grande que he visto en Chile y la jefe que me tocó y a quien le caí mal por mi carácter huraño y mi silencio que no se rompía con nada, me hizo tan poco feliz como es costumbre cuando la maestra es casi vieja y la ayudante es una muchacha”.

Es en este período, donde se inicia también la labor de la escritora. Comienzan a aparecer en los periódicos de la provincia sus primeros escritos y también sus primeros detractores. La crítica y escritores de su época, mayoritariamente compuesta por hombres, la tratan mal, pero, a pesar de ello, se defiende con inteligencia y continúa trabajando, siempre como colaboradora para distintos medios de La Serena, Coquimbo, Ovalle y Vicuña. Sólo en 1908, Carlos Soto Ayala, reconoce sus méritos literarios y la incluye en su antología: *Literatura Coquimbana*. De esta actividad secundaria en la educación, pasa a ser secretaria inspectora del Liceo de Niñas de La Serena, donde tiene un segundo percance con la autoridad, debido a



De izquierda a derecha: Graciela Barraza, sobrina, Emelina Molina, hermana, y Petronila Alcayaga, madre de Gabriela Mistral.

arbitrariedades que parecía imponerle el destino, a jugarretas un tanto crueles del azar. Allí se encuentra con una dama teutona, implacable e irónica, que veía con ojos racistas a los criollos y sobre todo a las profesoras que tenía a su cargo.

“Esta señora -se refiere Gabriela, con amarga ironía, a la Directora en cuestión- gobernaba el colegio según las normas alemanas que eran de todo el gusto de los chilenos por aquel tiempo. Su liceo era medio cuartel medio taller y con lo segundo digo algo parecido a una alabanza. El personal la obedecía con un respeto que iba más allá de lo racional y se pasaba a lo mitológico. Las pobres mujeres le temblaban sin metáfora, nuestra vida dependía de sus gestos, su mirada y sus gritos. Pero era a pesar de su tremendo desequilibrio una mujer superior”.

Reconoce Gabriela, hidalgamente, la “superioridad” de la implacable directora, y, también, recuerda la manera dura e ingrata en que fue tratada por ella, desde una posición más que de superioridad intelectual, de prepotencia personal, casi racial:

“Cuatro cosas me dijo entre sus ofensas -recuerda Gabriela las que más le afectaron del carácter de esa mujer- que nunca he olvidado porque apuntaban derechamente a mi carácter y en especial a mis defectos y a mis lastimosas limitaciones. Yo era para ella una especie de sirvienta mantenida muy al margen de su vida. Pero un día me llamó a su dormitorio porque estaba enferma y como yo me azorase de que la curiosa mujer tuviese una gran Virgen de Murillo a su cabecera, me dijo. Yo soy lo contrario de Ud., yo no creo en nada pero vivo en una ciudad de beatos y suelo ir a la iglesia y tengo esta virgen por condescenderme con la ciudad. Aunque los chilenos sean gente inferior a mi raza yo soy una empleada pública de Chile. En cambio Ud. cree en todo, cree de más y tiene una apariencia de incrédula para su gente, lo cual le hará mucho daño”.

En otras oportunidades, la paradójica y autoritaria germana, aprovechó la timidez de Gabriela y su supuesta superioridad racial hacia los criollos desde el



Casa de Gabriela Mistral en La Serena.

flanco literario, primero, en una alusión a la contraposición de los poetas alemanes Goethe y Schiller, como contrapartes entre lo sensato y lo alocado y el oficio de la literatura, es decir, la práctica pública de Gabriela, como algo que en Chile no le importaba a nadie, relativizando así todo su valor social:

“Una vez me llamó a su salón y yo me quedé embobada mirando dos grandes cuadros que eran dos grabados de Goethe y Schiller. Ella me dijo más o menos esto. Los escritores se dividen sólo en estos dos tipos los de Goethe son los sensatos y los que llegan a grandes posiciones; los alocados se parecen a Schiller sin que valgan nunca lo que él tampoco y como no lo alcanzan no llegan nunca a nada...”.

“Otra vez -creo que la única en mi año con ella- me llamó para decirme una cosa agradable: ‘Está bien la letra que le han puesto a la música que le di destinada al colegio. Ud, sirve para muy pocas cosas tal vez para una sola su mala suerte está en que esa para la cual sirve es algo que no le importa a nadie’.”.

Estos desafortunados acontecimientos que van pateando la carrera docente de Gabriela, podrían ser hasta casi de carácter anecdótico, accesorios o secundarios, si no fuera por una extraña recurrencia que los va tornando casi como una suerte de fatalismo en todo lo que tiene que ver con práctica de la docencia. El último *impasse* con la Directora alemana termina por ser la raya para la suma de esta concatenación de arbitrariedades y formas de imposición de carácter autoritario y racial:

“Otra vez cuando me pidió la renuncia y temió que yo no le firmase el pliego ya escrito me dijo: Hay gentes que nacen para mandar y yo soy de esas; es inútil luchar contra mí y los de mi raza, hemos nacido para eso, y las otras no tienen sino que obedecer. Ud. se refiere a una nota oficial de ella que me declara necia, no la conozco. Es muy probable que exista, aunque esta mujer no haría nada innecesario y sobraba acusarme de idiota puesto que ya había firmado la renuncia. Me dejó cesante sin ningún



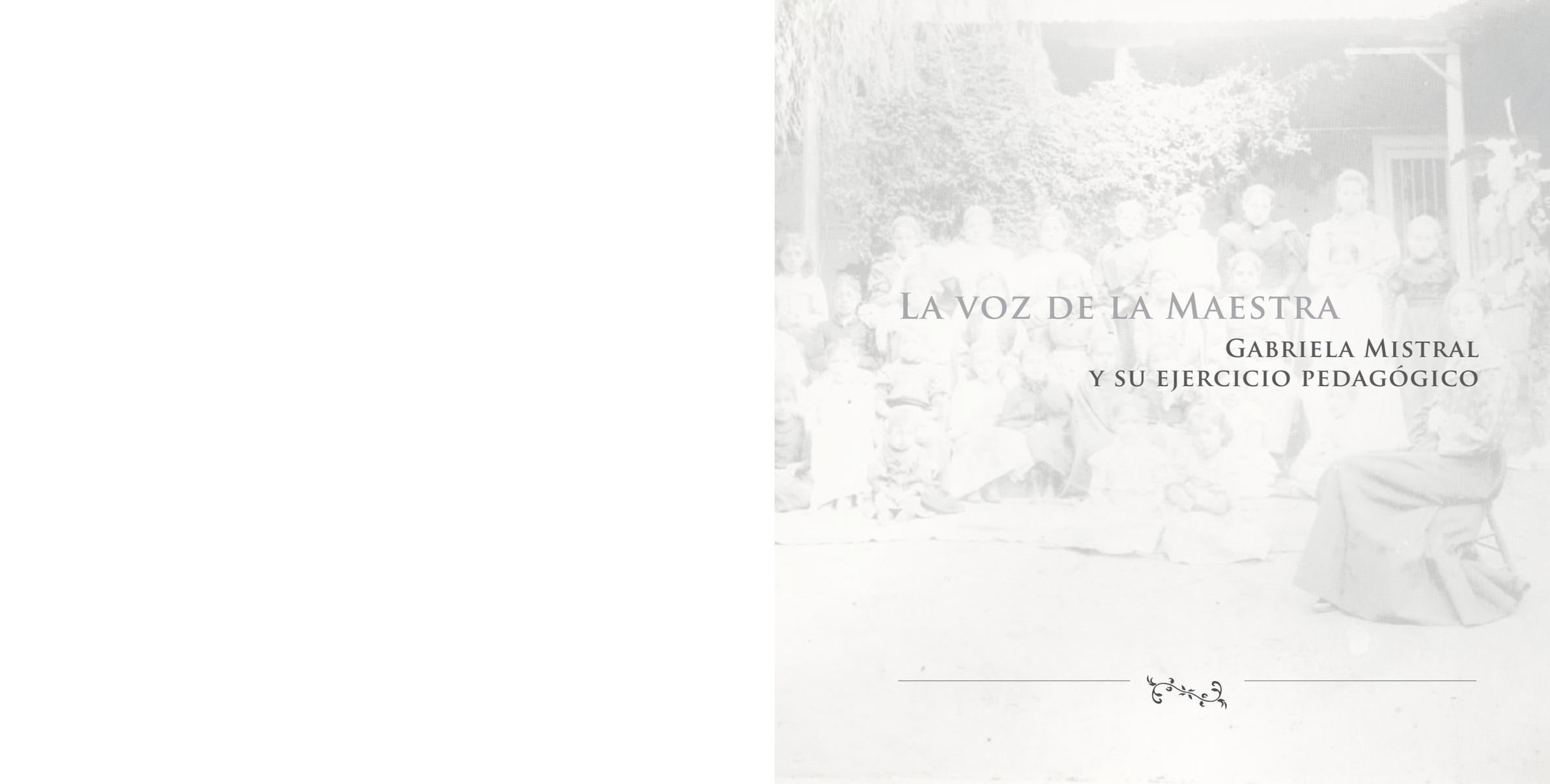
escrúpulo porque carecía enteramente de ellos. Dios me ha tenido una gran piedad, una asistencia maravillosa que me hace avergonzarme de algunos versos míos en que hablé de su abandono. Unos días después de lo que cuento encontré en el tren al Gobernador de Coquimbo que era un viejo poeta González y González y cuando pasábamos frente a La Cantera me mostró la escuelita detrás de las dunas y me la ofreció. Mi madre tenía su pan a salvo”.

Los recuerdos de Gabriela en su estancia en la escuela de La Cantera son mucho más gratos y dichosos que sus experiencias anteriores. En aquella comunidad remota, perdida entre las piedras, reconoce que los datos que su madre le entregó cuando vivió en él son más bien inexactos. Pero el hecho concreto es que en esa localidad, donde casi no había carne ni pan todos los días, de las tres aldeas de su experiencia pedagógica hasta el momento, La Cantera es aquella en que vivió más acompañada, al cuidado de una buena sirvienta y de “una de las preciosas criadas”, cuya hermosura, para Gabriela, provenía de su sangre india. Allí tuvo a su cargo una escuela nocturna, casi sin asistencia diurna, porque tanto los niños, los hombres y los viejos eran gente que trabajaba. Para Gabriela, su estancia en La Cantera si bien dura desde el punto de vista material, fue grata espiritualmente, porque se mezcló con su pueblo y recibió de él cariño y hospitalidad.

“Por turno me traían un caballo cada domingo para que yo paseara siempre con uno de ellos -recuerda-. Me llevaban una especie de diezmo escolar en camotes, en pepinos, en melones, en papas, etc. Yo hacía con ellos el desgrane del maíz contándoles cuentos rusos y les oía los suyos. Ha sido ese tal vez mi mayor contacto con los campesinos después del mayor del Valle de Elqui. Un viejo analfabeto al fin enseñé a leer, tocaba muy bien la guitarra y ese iba a darme fiesta con todos en las noches. Alguna vez que le besé la cara y el cuello a un alumno huérfano y sordo que tenía, los demás se sintieron ofendidos y fueron más allá a lavarse porque había unos tres que se echaban agua florida”.

Estas vivencias que amplían la experiencia docente de Gabriela desde la edad de la niñez a la edad adulta, continúan abriendo la práctica del aula viva, la mejor manera de experimentar en el Ser de la educación, ampliándola, empapándose de ella. De esto Gabriela va dejando constancia en toda su vida a través de los múltiples textos que escribió sobre el problema del Magisterio. Es más, en uno de sus discursos dados en su última estancia en Chile, en 1954, nuevamente aparece una mención al episodio del supuesto robo de útiles escolares de su infancia y el escarnio y la golpiza de los otros niños. Esta memoria la recuerda siempre como un ejemplo, podríamos decir, de anti-pedagogía. Gabriela había acumulado en su vida de maestra, sobre todo en los primeros años en Chile -antes de que el Ministro de Educación de México, a la sazón José Vasconcelos, la llamara ya al final de su carrera magisterial en nuestro país, para participar en la reforma educacional mexicana y también para crear bibliotecas escolares- una extensa experiencia docente, pero siempre en lugares pobres e inhóspitos. Todo esto después de recorrer Chile prácticamente en toda su longitud, de Norte a Sur, realizando su labor en diversas escuelas, siempre en territorios apartados, lo único que le permitía un título otorgado por la Escuela Normal, sólo para ejercer en establecimientos de segunda categoría. Periplo que termina con el cargo de Directora de tres liceos femeninos, en Punta Arenas, Temuco y, finalmente, en el Liceo N° 6 de Santiago. Por estos motivos importantísimos y paradójicos Gabriela realmente logra posicionarse como la gran visionaria educacional del continente, dejando una huella indeleble en el pueblo mexicano. Sus contribuciones se traducen en conferencias a los maestros; visitas a comunidades rurales y en la preparación de material didáctico para lectura complementaria, especialmente dirigida a las mujeres. Por todos estos aportes, Gabriela Mistral ha sido y es considerada como la maestra de América por excelencia.

*Pedro Pablo Zegers
Director Archivo del Escritor
Biblioteca Nacional - DIBAM*



LA VOZ DE LA MAESTRA

GABRIELA MISTRAL
Y SU EJERCICIO PEDAGÓGICO



Gabriela Mistral nació el 7 de abril de 1889, en una época de cambios importantes para la educación chilena, en especial en lo que a las mujeres se refiere: ese mismo año se crea el Instituto Pedagógico, entidad que será la principal encargada por largos lustros de formar a las y los docentes secundarios del país; se realiza el Congreso Nacional Pedagógico, hito que visibiliza por primera vez a las niñas y a sus profesoras en el sistema educativo (Egaña et al, 2003); egresa también la primera generación de educadoras normalistas formadas al alero de la reforma alemana¹, reforma que modernizó el sistema de enseñanza y de formación docente, otorgándole, al mismo tiempo, rigidez y restándole identidad propia. Se cuentan también entre estos cambios el aumento progresivo del contingente femenino que ejerce la docencia en la enseñanza elemental y el inicio de la educación universitaria femenina, las mujeres -si bien pertenecientes aún a una elite muy reducida- traspasan las puertas de la universidad, primero como alumnas y, décadas más tarde, como docentes.

En el plano cultural, cuando Gabriela llegó al mundo, el poeta nicaragüense Rubén Darío zarpaba desde Valparaíso después de vivir 3 años en Chile, atraído por un período de gran florecimiento intelectual; será este mismo nombre insigne de la literatura americana el que, años más tarde, le publicará en la revista francesa *Elegancias*, dos trabajos: el poema titulado “El ángel guardián” y la prosa “La defensa de la belleza”.

¹Entre las egresadas se encontraba Brígida Walker, primera directora chilena de la Escuela Normal de Niñas, con quien Gabriela Mistral tendría una relación cercana cuando, en su paso por ese mismo establecimiento, rindiera sus exámenes de habilitación.



Primer curso del Instituto Pedagógico
(1889-1892).



Conferencia pedagógica de profesores
y profesoras primarios celebrada en la
Escuela Mixta N° 8 de Copiapó.
Agosto de 1898.



En el plano político y social, por estos años comenzaban a verse los primeros atisbos que darían origen a la separación de la Iglesia y el Estado, separación que se materializaría recién en la Constitución de 1925. Aunque tímidamente, comenzaban a escucharse las primeras voces provenientes del mundo obrero organizado; grupos cada vez mayores se aglutinaban en torno a organizaciones políticas como el Partido Democrático. En esta época *“en el contexto de profunda crisis política y de empeoramiento de las condiciones de vida de los pobres (salarios magros, no obstante su alza, carestía de los productos de primera necesidad, deterioro alarmante de la sanidad pública, a pesar de los esfuerzos realizados por las autoridades en materia de prevención y tratamiento de las enfermedades, etc.) que contrastaba con la gran prosperidad de la nación (enormes ingresos fiscales invertidos en su mayor parte en grandes obras de infraestructura) las soluciones propuestas por el Partido Democrático, aunque insuficientes, constituían el programa político más representativo de los intereses de los sectores populares”* (Grez, 1997). En este contexto de crisis social e inestabilidad política, se prepara lentamente el conflicto que desembocará en la crisis de 1891 y el derrocamiento de la coalición liderada por el Presidente Balmaceda, quien verá truncarse tanto su proyecto progresista, como el régimen político imperante.

En resumen, en los albores de su nacimiento se respiraba en Chile un clima cargado de tensiones sociales y marginalidad, escenario en que la oligarquía, indolente frente a los problemas de los más necesitados, había fundado su proyecto de país y lo llevaba a cabo sin hacerse cargo de los enormes grupos de marginados que, poco a poco, se desplazaban hacia las grandes urbes, hacinándose en ranchos y habitaciones populares, donde se propagaban epidemias y enfermedades y el analfabetismo encontraba su caldo de cultivo. A fines del siglo XIX, según el censo general de población realizado en 1895, de un total de 2.712.145 habitantes, sólo 756.893 personas sabían leer y escribir, es decir el 28% de la población total del



Alumnos de la Escuela N° 21 junto a su profesor.
Santiago, 1898.

país. Paralelamente, se alzaban algunas voces disidentes que ponían en relieve no sólo los conflictos sociales, sino también la necesidad de incorporar, a través de la educación, a las grandes masas de excluidos que, poco a poco, comenzaban a generar tensiones en el sistema político. No debemos olvidar que la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, promulgada recién en 1920, estuvo antecedida por varias décadas de profunda y acalorada discusión².

Maestra errante

La pequeña Lucila no sólo creció en un ambiente marcado por la cuestión social y los temas educacionales, sino también fuertemente influenciado por un entorno familiar donde la enseñanza ocupaba un lugar predominante. Juan Jerónimo Godoy Villanueva, su padre, y Emelina Molina Alcayaga, su hermana, desempeñaron el oficio docente. La instrucción era entonces para ella un quehacer cercano, sin embargo, a pesar de lo obvio que pudiera resultarle abrazar la pedagogía -si consideramos su carácter inquieto intelectualmente y la influencia familiar- esta decisión le acarreó muchos sinsabores, debido a los obstáculos que tuvo que sortear y a la dificultad que representó para ella legitimarse en la docencia, tanto frente a sus pares, como frente a la academia: *“Yo no soy la intrusa que decís en el mundo de los niños. Lo soy, según vosotros, porque enseño sin diploma, aunque enseñe con preparación, porque no estuve al lado de vosotros en un ilustre banco escolar de un ilustre Instituto. No pude. Mi madre debía vivir del trabajo de mis manos cuando yo tenía quince años. Vosotros teníais padre o hermanos.*

²Iván Núñez señala que, en rigor, la obligatoriedad de la educación primaria fue motivo de reflexiones desde la promulgación de la primera Ley de Instrucción de 1860 -aunque no tan “apasionadamente” como en los últimos años antes de su entrada en vigencia- y, posteriormente, debatida en forma exhaustiva en el Congreso Pedagógico de 1889; pero se ha hecho sentido común histórico que se discutió durante 20 años, debido a la fecha de la presentación del primer proyecto de ley de obligatoriedad.



Jerónimo Godoy Villanueva, padre de Gabriela Mistral, junto a sus alumnos de la Escuela de La Unión (actual Pisco Elqui). Fotografía tomada a fines del siglo XIX.



Emelina Molina, hermana de Gabriela Mistral, junto a su curso en la Casa Escuela de Montegrando. De derecha a izquierda, en la fila de pie, Lucila Godoy. Fotografía tomada a fines del siglo XIX.

Intrusos los que sólo le piden a la enseñanza un sueldo mensual y le esquivan el esfuerzo de un cerebro flojo y la emoción del alma. Intrusos los que descansan, desde que salen de su Instituto paternal y amparador, de toda investigación y se sientan en la cima de una cultura mediocre a reposar satisfechos³.

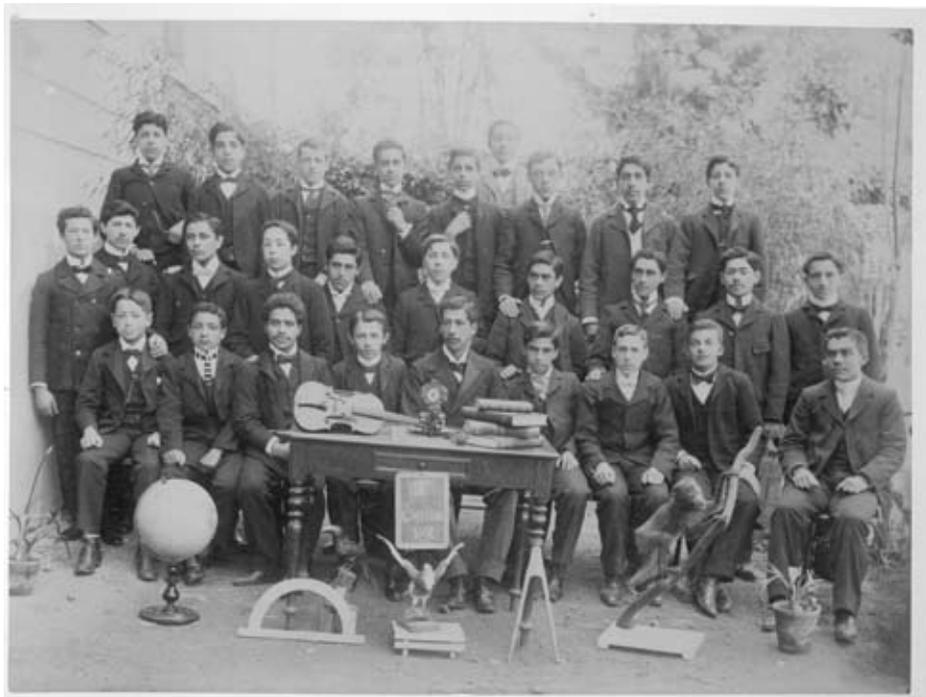
Lucila Godoy Alcayaga, en estricto rigor, nunca fue maestra, si entendemos esta actividad como una profesión aprendida sistemáticamente, nunca cursó estudios formales de pedagogía en una Escuela Normal o en el Instituto Pedagógico que, como ya hemos dicho, creció junto con ella, ni recibió un diploma de profesora acreditando una formación regular⁴. Incluso se le negó el derecho a ejercer la docencia cuando, en 1906, la Escuela Normal de La Serena –a instancias del asesor espiritual del establecimiento– le cerró las puertas de ingreso por considerar que su pluma y sus lecturas no se ajustaban al pensamiento de la iglesia católica. En 1910, el sistema de formación magisterial de la época, sólo la “habilitó” como profesora primaria, cuando pasó sus exámenes en la Normal de Niñas de Santiago, reparando así, como lo remarca Iván Núñez (2008) “*tardíamente el desaire de su congénere de La Serena*”. Esta situación, en la práctica, le otorgó permiso para ejercer “con derecho” el oficio que con propiedad ejercía “de hecho”.

Sin embargo, esta mujer, educada en el mundo de las letras más que en el terreno de la escolarización (Núñez, 2008), a pesar de su escasa formación y de la defensa constante que tuvo que hacer de su praxis docente, le asignaba a los estudios formales una gran importancia: “*Yo no tengo el título, es cierto, mi pobreza ni me permitió adquirirlo y este delito, que no es mío sino de la vida, me ha valido el que se me niegue por algunos, la sal y el agua.*”

³“La intrusa” in Zegers, Pedro Pablo, 2002.

⁴En 1922, la Universidad de Chile le otorga el título honorífico de profesora de castellano.





Alumnos de la Escuela Normal de Preceptores de Santiago. 1902.



Cuerpo de profesores
del Instituto
Pedagógico.
1 de agosto de 1914.

Yo y otros conmigo, pensamos que un título es una comprobación de cultura”⁵.

En cuanto a su trayectoria como maestra, “Lucila se inició como “ayudante de preceptora” en la instrucción primaria y, dentro de ella, en la condición peor. No sólo con los problemas, desventajas de la ruralidad y la pobreza, sino también discriminada respecto a los maestros y maestras que se habían formado en las escuelas normales. Éstos tenían comparativamente mejores salarios, estabilidad y derecho a ocupar los cargos directivos aún en las pequeñas escuelas multigrado de la época” (Núñez, 2008). Esta evidente precariedad laboral no mermó sus ganas de enseñar, ni amilanó su visión crítica sobre el ejercicio del magisterio, ni su apoyo activo al gremio docente.

Recorrió gran parte del país, desempeñándose en diversas funciones, tanto administrativas como académicas: “Llama la atención, en éste su recorrido, el tenor que se le otorga a cada una de sus comisiones. Se la envía para ordenar y reorganizar los establecimientos, para calmar los ánimos en el ambiente del profesorado, o bien para emprender nuevas tareas en el plano de reformas educacionales. Así, la vemos trasladarse desde las cálidas tierras nortinas hasta la gélida Magallanes” (Zegers, 2002). Gracias a sus numerosas destinaciones, se forjó como maestra en el oficio, por vocación y por convicción: “Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedía a ir a Magallanes, dejando atrás familia y todo, a “reorganizar” el Liceo de Punta Arenas. Un pueblo entero, desde el obrero de la federación hasta los capitalistas pueden decir en qué forma cumplí mi misión. El Liceo de Temuco se encontraba en un caos de luchas internas y desorden, cuando el Gobierno me mandó allá. He conseguido llevar a él la paz”⁶. Sin embargo, su contribución no se limitó sólo

⁵“El título es comprobación de cultura” in Zegers, Pedro Pablo, 2002.

⁶Op. Cit. en Zegers, 2002.



Documento de la Inspección General de Instrucción Primaria que designa a Lucila Godoy Alcayaga como preceptora de la Escuela Mixta Rural Nº 17 de La Cantera. 14 de febrero de 1908.

a Chile, también hizo grandes aportes en México, cuando invitada por el Ministro Vasconcelos, en 1922, participó activamente en la reforma educativa de ese país, fundando bibliotecas populares, desarrollando actividades de fomento a la lectura y ayudando a erradicar el analfabetismo, extendido principalmente entre indios y campesinos.

El ethos mistraliano

Al observar su relación un tanto contradictoria con el magisterio, cabe preguntarse por qué un oficio tan esquivo, e incluso por momentos amargo e ingrato, resultó ser uno de los mayores propósitos de su vida; por qué a pesar de la oposición constante del medio en el que se desarrolló, se dedicó -en la teoría y en la práctica- a dignificar la carrera docente. Quizá la respuesta tengamos que buscarla en su carácter rebelde y creativo, siempre dispuesto a aportar a la discusión, a generar reflexión, aunque esto la situara en oposición a los círculos de poder que no reparaban en los sectores más desfavorecidos social y culturalmente; pero sobre todo, tendríamos que buscar la respuesta en la capacidad que tuvo para ver y entender a sus alumnos y alumnas como individuos con identidades propias y capacidades infinitas, merecedores de todos los esfuerzos que seamos capaces de realizar para que, como dijera Aristóteles, puedan navegar con alas desplegadas y desarrollar todas sus potencialidades: *“Todos sabemos que las facultades naturales que traemos al nacer van declinando de más en más si ellas no son alimentadas por el niño mismo o la familia.*

Sucede, ¡ay!, que el niño imaginativo no halla generalmente arrimadero ni comprensión, y menos elogios, de sus padres ultrasensatos o de los ignorantes...

*Y esto digo porque todos los viejos profesores hemos visto de cerca esta tragedia muda, imposible de evitar, dada la posición absoluta que es la de una multitud de padres que imponen a los hijos el oficio o la profesión, lo mismo que les imponen el color de sus trajes y el estilo de sus sombreros”*⁷. Atendiendo a esta realidad, entendía



Retrato de Gabriela Mistral dedicado a una de sus alumnas. En la parte inferior se lee la siguiente inscripción: *“a mi noble y querida Jinebra, su maestra Gabriela”*. 1914.

⁷“Imagen y palabra en la educación” in Scarpa, 1979.

que el desarrollo de la libertad y la imaginación del maestro y del aprendiz eran relevantes para lograr los objetivos propuestos, filosofía que puso en práctica en cada uno de los lugares en que trabajó y que expresó claramente: *“La libertad de enseñanza debería ser, en el lote de libertades, defendida apasionadamente por cada hombre que es verdaderamente un liberal: cuando se niega derecho a una sociedad radical para mantener una escuela, como cuando se lo niega a una institución católica, debería levantarse la misma protesta, porque las corporaciones más extremas existen sobre un cimiento delicadísimo: el de la tolerancia; cuando éste se debilita, el oído fino escucha la crujidura del suelo entero”*⁸.

Si nos detenemos en su pensamiento educativo, son múltiples las dimensiones en las que incursionó; creía en una mujer instruida, profesional, que caminara por el mundo con dignidad, aunque eso le significara *“mascar piedras con encías de mujer”*, como alguna vez dijo. Adelantándose a su tiempo, no sólo abogó por la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria y la educación científica de las mujeres, sino además por el derecho a la educación de los pueblos originarios y los obreros de América, la introducción de la temática ambiental y los medios audiovisuales en la escuela, los profesores rurales, la ética del profesor y la calidad de la enseñanza, entre muchos otros temas. Sin embargo, a pesar de la diversidad de su legado pedagógico, seguimos cultivando una imagen fragmentada de su obra como educadora, que nos hace difícil la tarea de adentrarnos en la riqueza de esta producción: *“para estudiar la relación entre la maestra del Elqui y la educación, hay que moverse entre su obra (especialmente su prosa, pero también su poesía), y su vida: la de educanda, la de maestra y la de figura pública. Todo ello, puesto en el contexto socio-político y educacional de su tiempo”* (Núñez, 2008). Solo así podremos completarla y situarla en su diversidad: entre mujeres, intelectuales, campesinos, proletarios, indios y mestizos; rescatándola como una teórica de la educación, capaz de ver más allá de su época, entendiendo el sentido profundo de la docencia.

⁸“La imagen de Cristo en la Escuela” in Zegers, Pedro Pablo, 2007.



Alumnos y alumnas del Liceo Darío Salas en clase de Laboratorio, experimentando con materiales de Física y Química. 19 de junio de 1953.

Siempre pendiente del magisterio, tanto en su lucha gremial como en la profesionalización de su trabajo, hizo hincapié en la formación permanente, pues entendía la pedagogía como una actividad a tiempo completo, aún cuando un oficio lateral colmara parte importante de la tarea diaria. La pedagogía para ella se construía en el “hacer” y, en esos términos, el arte y la literatura no hacían sino nutrir las capacidades de un buen maestro o maestra: *“Yo conozco maestros que jamás han gastado un peso en un libro o una revista para que no digamos mejorar, completar sus conocimientos. Yo he visto centenares que no acuden a una reunión de profesores sino cuando van a tratarse cuestiones de sueldos. Yo conozco en ellas especialmente el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo, el olvido de toda solidaridad con su carne, en ningún sentido de clase, la indiferencia absoluta para los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela”*⁹. Su postura hacia el profesorado, nunca autocomplaciente, la llevó a veces a la crítica más descarnada, pero, al mismo tiempo, a entender que las responsabilidades eran compartidas y que correspondía a cada uno, desde su especificidad, asumir las suyas: *“A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad, otras por indolencia propia”*¹⁰.

Dada la profundidad de sus palabras cada vez que se refiere a la docencia, hablar de la vocación pedagógica de Gabriela Mistral parece, en principio, una tarea sencilla. Sin embargo, cuando buscamos irrumpir en la profundidad de su pensamiento, estamos obligados a iniciar una empresa de proporciones. Haciéndonos cargo de la tesis de Iván Núñez, al hablar de Gabriela Mistral en su faceta de maestra, deberíamos quizás hablar de Lucila y Gabriela educadoras y plantearnos, desde ya, la idea de una pedagogía mistraliana, entendida ésta como un conjunto de conocimientos y reflexiones que dan cuerpo a una idea de cómo se debe educar. *“Hay bases para que se estudie a fondo y sistemáticamente la vida y obra de Lucila/*

⁹“La Escuela Nueva en nuestra América”, in Scarpa, 1979.

¹⁰“El oficio lateral” in Scarpa, 1979.

Gabriela, en lo referente a su praxis pedagógica, sea que se exprese poéticamente o se encuentre dispersa en su rica prosa” (Núñez, 2008). Aún cuando jamás pretendió *hacer cátedra, ni traer cosas nuevas a la conversación* –como ella misma remarcaba– siempre se planteó como una educadora en permanente reflexión, como lo hace notar en el mensaje entregado a la audiencia de Magallanes en 1918: *“las viejas verdades pedagógicas son como las del Evangelio: todos las conocemos, pero deben ser agitadas de cuando en cuando, para que exalten los ánimos como el flamear de las banderas y para renovar su generoso hervor dentro de nosotros. Verdades conocidas pero aletargadas, son verdades muertas, fardo inerte”*¹¹.

Plantear, entonces, la posibilidad de una pedagogía mistraliana, más que una presunción aventurada, es una invitación a entender su obra como un corpus intelectual sólido que nos entrega luces, sobre todo en la coyuntura del Bicentenario, de cómo concebir y llevar a la práctica la docencia. *“No se trata de oponer emociones ni subjetividad caprichosa a una disciplina que se supone científica. No sólo requiere un esfuerzo arqueológico. Hablo de reponer el alcance original del saber pedagógico: sistematización de una práctica colectiva de los que enseñan –y los que con ellos aprenden– inspiración en lo mejor del humanismo de todos los tiempos, recurso a la ciencia en movimiento, pero todo ello con sentido”* (Núñez, 2008).

La vigencia de su pensamiento educativo

Tanto la prosa como la poesía de Gabriela Mistral se refieren a personajes y situaciones reales que dan cimiento a una obra brillante y nos permiten, conjuntamente, reflexionar acerca del oficio de enseñar, trazando líneas de investigación serias sobre la formación y las prácticas docentes. Muchos de los temas que planteó hacen alusión al maestro y la maestra cuya misión primordial era formar al mundo rural,

¹¹“Educación Popular. La interesante conferencia de la señorita Lucila Godoy” in Zegers, 2002.

a las mujeres, a las clases populares, nos habló de esos docentes que, más allá de su rol instructor, son un vehículo social, cuya misión es contribuir a la movilidad, a la democracia, a la paz, entregando una educación de calidad a quienes más lo necesitan y lo demandan. Se dirigió a ellos en extenso, poniendo en relieve no sólo su rol formador, sino además protagónico en las transformaciones sociales y el desarrollo. Estos docentes son hoy tan necesarios como hace un siglo, por lo que su mensaje sigue manteniendo la misma vigencia. En definitiva, releer la obra mistraliana nos ayuda a cuestionarnos acerca de las y los pedagogos que queremos formar para que ejerzan en el siglo XXI y de las habilidades desarrolladas tanto en las aulas como fuera de ellas.

Cuando Chile se encaminaba a cumplir sus primeros 100 años de existencia, las reflexiones de esta mujer apuntaban a la deuda que el Estado tenía con gran parte de sus ciudadanos, especialmente con los niños y jóvenes. La Ley de Instrucción Primaria Obligatoria le parecía una herramienta esencial para proyectar el país hacia el futuro. Con ocasión de esta coyuntura, su pluma no se hizo esperar y plasmó sus anhelos más profundos: *“Muchas ideas sugiere tan importante asunto, pero no pienso anunciar sino la que juzgo más atendible, porque su realización no sería el motivo de pasajera diversión popular que constituye las fiestas acostumbradas en tales circunstancias, sino un verdadero movimiento de progreso nacional y una utilidad suprema y duradera. Aludo a la Instrucción Primaria Obligatoria”*¹².

No deja de ser curioso que un siglo después sea otra ley de educación la que convoque y contraponga tantas reflexiones y visiones de mundo. Sin embargo, Gabriela Mistral no sólo apostaba a los marcos reguladores, también creía firmemente en la labor de quienes llevan adelante dichas disposiciones, los que construyen la



Desfile frente al Palacio de La Moneda con motivo de la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. A la derecha, el educador Darío Salas sostiene la bandera de Chile. Agosto de 1920.

¹²“Sobre el Centenario. Ideas de una Maestra” in Zegers, Pedro Pablo, 2002.

educación desde el aula junto a sus alumnos y alumnas. En su itinerario como educadora abogó por fundir lo ético y lo estético, la clase no sólo debía estar bien planificada, también debía ser realizada con la misma belleza con que Miguel Ángel creaba sus obras. Los destinatarios finales bien merecían este esfuerzo.¹³

Por todo lo anterior, más allá de su trayectoria y su imponente obra poética, es la vigencia de su pensamiento pedagógico -entendido éste como la fusión de teoría y práctica docentes- la razón de su presencia en el segundo volumen de la serie ***“Itinerario y Memoria del Bicentenario. Archivo visual del Museo de la Educación Gabriela Mistral”***; sus reflexiones todavía nos interpelan y nos cuestionan acerca de la manera de entender tanto al sistema educativo como a nuestros alumnos y alumnas y nos invitan a hacernos cargo de la diversidad del aula, entendiendo que, como ella misma señalaba, el *“oficio pedagógico es una vocación vertical y no un mero asunto de cargos y sueldos”*. Recoger sus reflexiones, dejando atrás una enseñanza retórica y sin sentido de realidad, parece entonces esencial para afrontar el siglo XXI con la grandeza que nuestros niños y niñas nos exigen.

Dra. María Isabel Orellana R.
Directora Museo de la Educación Gabriela Mistral - DIBAM

¹³Es interesante la sintonía de sus palabras con precursores de la educación como Pestalozzi, Decroly y Froebel, cuyos discursos también apuntaban a resignificar el proceso de enseñanza aprendizaje y a “mirar” al niño como centro esencial de la educación, y que siguen teniendo hoy la misma actualidad. Para Federico Froebel, por ejemplo, la educación no tenía que preparar para la vida sino que debía ser en sí misma una experiencia de vida.



LA VOZ DE LA MAESTRA LA INSTRUCCIÓN DE LA MUJER





Curso Normal de Telar. Instituto de Educación Física, Manual y Técnica. 1907.

LA INSTRUCCIÓN DE LA MUJER

Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la Tierra. La encontraremos más humillada y más envilecida mientras más nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; mientras la luz del progreso irradia más poderosa sobre nuestro globo, ella, agobiada, va irguiéndose más y más.

Y, es que a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión y su valor y hoy ya no es la esclava de ayer sino la compañera igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aún le queda mucho que explorar para entonar un canto de victoria.

Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida.

Se ha dicho que la mujer no necesita sino una mediana instrucción; y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz sólo de gobernar el hogar.

La instrucción suya, es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física y acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplación acaba. Porque la mujer instruida



deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la Miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir, es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas.

Es preciso que la mujer deje de ser mendiga de protección; y pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos; o su virtud con la venta indigna de su honra.

Porque casi siempre la degradación de la mujer se debe a su desvalimiento.

¿Por qué esa idea torpe de ciertos padres, de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón?

¿Qué religión más digna que la que tiene el sabio?

¿Qué Dios más inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo después de haber escudriñado los abismos de la altura?

Yo pondría al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia para que se abismara en el estudio de esa Naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haría conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centelleos; le mostraría todos los secretos de esas alturas. Y, después que hubiera conocido todas las obras; y, después que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su religión de

lo que le dictara su inteligencia, su razón y su alma. ¿Por qué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?

En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros y la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo! ¡cuántos genios no habrán vivido en la esclavitud vil, inexplorados, ignorados! Instrúyase a la mujer; no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre.

Que lleve una dignidad más al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración.

Que algo más que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración y al amor.

Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas.

Que con todo su poder, la ciencia que es el Sol, irradie en su cerebro.

Que la ilustración le haga conocer la vileza de la mujer vendida, la mujer depravada. Y le fortalezca para las luchas de la vida.

Que pueda llegar a valerse por sí sola y deje de ser aquella creatura que agoniza y miseria si el padre, el esposo o el hijo no le amparan.

¡Más porvenir para la mujer, más ayuda!

Búsquense todos los medios para que pueda vivir sin mendigar la protección.

Y habrán así menos degradadas. Y habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. Y, más dignidad en el hogar. La instrucción hace nobles los espíritus bajos y les inculca sentimientos grandes.

Hágasele amar la ciencia más que las joyas y las sedas.

Que consagre a ella los mejores años de su vida. Que los libros científicos se coloquen en sus manos como se coloca el manual de Piedad.

Y se alzarán con toda su altivez y su majestad, ella que se ha arrastrado desvalida y humillada.

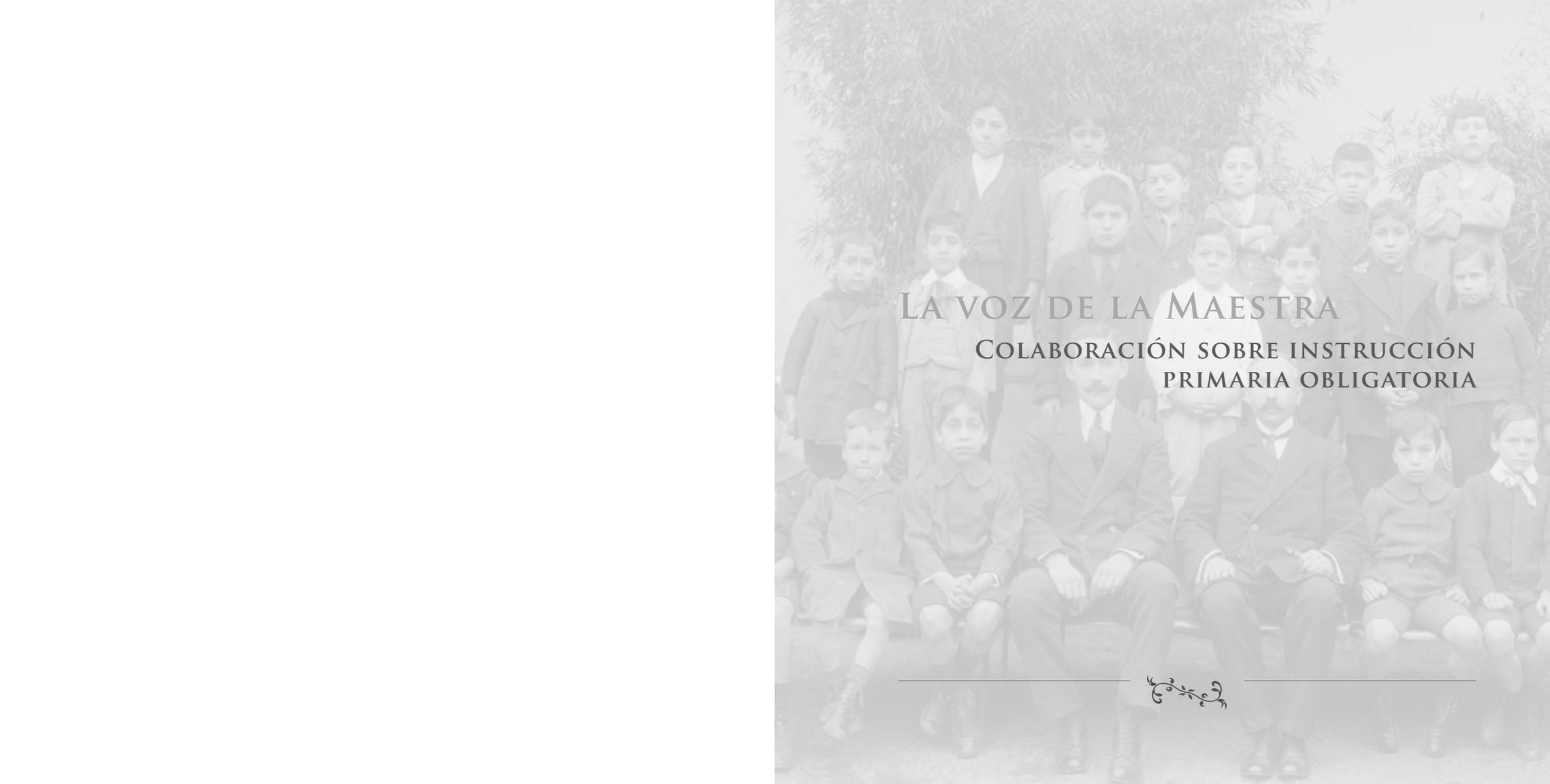
Que la gloria resplandezca en su frente y vibre su nombre en el mundo intelectual.

Y no sea al lado del hombre ilustrado ese ser ignorante a quien fastidian las crónicas científicas y no comprende el encanto y la alteza que tiene esa diosa para las almas grandes.

Que sea la Estela que sueña en su obra Flammarion; compartiendo con el astrónomo la soledad excelsa de su vida; la Estela que no llora la pérdida de sus diamantes ni vive infeliz lejos de la adulación que forma el vicio deplorable de la mujer elegante.

Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, íéxito y victoria!

Lucila Godoy Alcayaga
La Voz de Elqui, Vicuña, 8 de marzo de 1906



LA VOZ DE LA MAESTRA

COLABORACIÓN SOBRE INSTRUCCIÓN
PRIMARIA OBLIGATORIA





Grupo de estudiantes de la Escuela Superior N° 13 de Santiago, acompañado por dos adultos.
16 de agosto de 1913.

COLABORACIÓN SOBRE INSTRUCCIÓN PRIMARIA OBLIGATORIA

Es en las aldeas donde se siente más imperiosa la necesidad de la Instrucción Primaria Obligatoria. La creación de escuelas en los más ínfimos lugares, impone un aumento en el presupuesto sin dar los beneficios cuya obtención inspiró. Los padres de familia, en su mayoría rústicos, no quieren privarse durante unos pocos años del trabajo de sus hijos, ni convencerse de que la instrucción es tan necesaria a su ser moral e intelectual como la salud a su ser físico. De ahí que, a pesar del favor que se concede a la educación popular el número de analfabetos es enorme, lo cual hace poco honor al rango intelectual de un país.

Los que sabemos de esta actitud hostil de la ignorancia y luchamos por vencerla, clamamos por la aprobación de ese proyecto de imponderable importancia, proyecto que sería un gran paso dado hacia la Instrucción y, por lo tanto, hacia el Progreso.

Cuando un hombre falta a sus deberes de ciudadano desobedeciendo a las leyes de su patria, se le obliga al cumplimiento de ellas, dando además el castigo a su falta. Pues que ya nadie ignora que como el cuerpo reclama el espíritu un sustento: ¿qué hay de extraño en el que se opone al que, sin tener causas económicas que alegar mantiene al hijo alejado de la escuela, por desidia o aberración, dejándole en una triste desnudez espiritual? Falta a sus deberes de padre, falta también a los de ciudadano, dando a una patria libre y progresista el lamentable legado de un hombre cuya ignorancia es simiente fatal de esclavitud, retroceso y degradación.

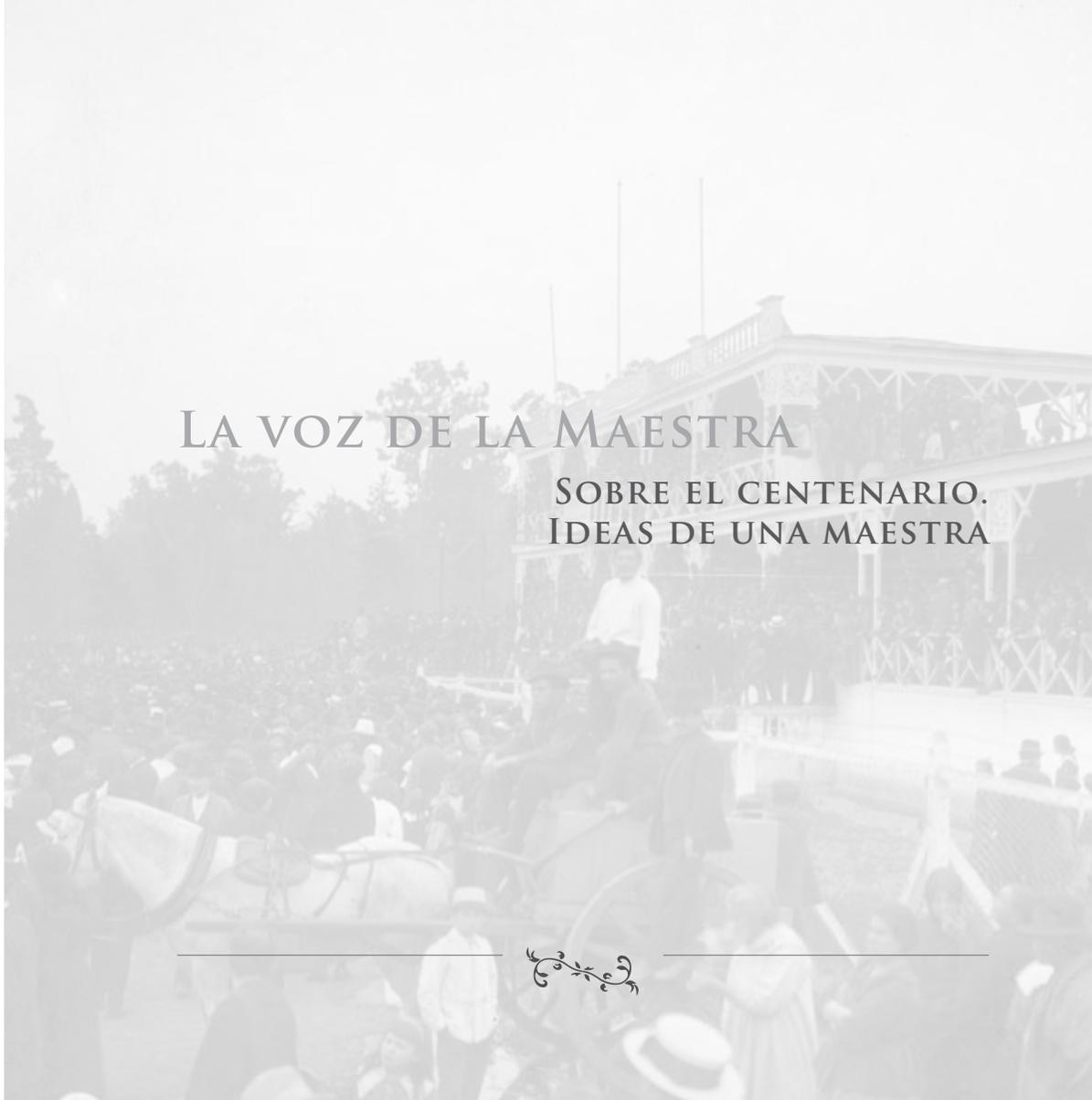


No conozco entre argumentos en pro de la Instrucción Obligatoria, otro más convincente que el siguiente. Es nada menos que el de un reformador alemán: “Si se puede obligar a los ciudadanos a tomar un arcabuz, con mayor razón se puede y se debe obligarlos a instruir a sus hijos cuando se trate de sostener una guerra mucho más ruda contra el mal espíritu que ronda en torno nuestro, tratando de despoblar el Estado de almas virtuosas”.

Es una necesidad demasiado violenta para que salgan los pretextos de economía que aplazan su satisfacción. Es, por otra parte, una ley cuya promulgación colocará a nuestro país al nivel de las grandes naciones que ya le han dado curso.

En nombre del amor a la verdad, en otros tiempos se condenaba a terribles castigos a los indiferentes ante tal o cual culto y sus detractores. Aquel era un crimen, obra de la locura del fanatismo. En nombre del amor a la Instrucción - sublime amor que no ha dado a los que cultivan sino bien- sería justicia castigar la ausencia del niño a la Escuela. Esta sería obra de la razón y de la Filantropía, sería una campaña noble en pro del mejoramiento del bajo pueblo, ese pobre pueblo que, desdeñando los medios eficaces para conquistar su bienestar social, busca medios falsos, de resultados contraproducentes en otros movimientos que hacen su desmoralización y su ruina.

Lucila Godoy Alcayaga
La Voz de Elqui, 29 de diciembre de 1908



LA VOZ DE LA MAESTRA

SOBRE EL CENTENARIO. IDEAS DE UNA MAESTRA





Paseo escolar de la Escuela Superior de Hombres N° 1 de Chillán al Fundo Río Chillán. Actividad realizada en homenaje a los padres de la patria, con ocasión de las fiestas conmemorativas del primer centenario patrio (1810-1910).

SOBRE EL CENTENARIO. IDEAS DE UNA MAESTRA

Impuesta la suscrita de la Circular N° 97 de la Inspección General de Instrucción Primaria, transcrita por esa Visitación, tiene el placer de emitir en seguida con el entusiasmo e interés que comunica el patriotismo sus modestas opiniones sobre el mejor modo de celebrar el próximo Centenario.

Muchas ideas sugiere tan importante asunto, pero no pienso anunciar sino la que juzgo más atendible, porque su realización no sería el motivo de pasajera diversión popular que constituye las fiestas acostumbradas en tales circunstancias, sino un verdadero movimiento de progreso nacional y una utilidad suprema y duradera. Aludo a la Instrucción Primaria Obligatoria.

Con la realización de este proyecto soñamos todos los que sentimos las necesidades profundas del pueblo, no bastando a conformarnos con su postergación las razones dadas sobre ella, razones de economía principalmente. Hemos dicho: "Las grandes obras exigen los grandes sacrificios, pero los merecen, y la consideración de los bienes que reportan hacen olvidarlos o atenuarlos". También lo que vamos a conmemorar fue obra de un sacrificio inmenso, verificado a pesar de obstáculos múltiples.

Sería inútil una disertación sobre la importancia suma que encarna este asunto, sobre las causas que claman porque se verifique. Toda persona de cerebro y corazón, reconoce sus ventajas; estamos acorde en la declaración de esta necesidad. Pero quiero insistir en que ella es imperiosa. No se trata de algo cuya postergación



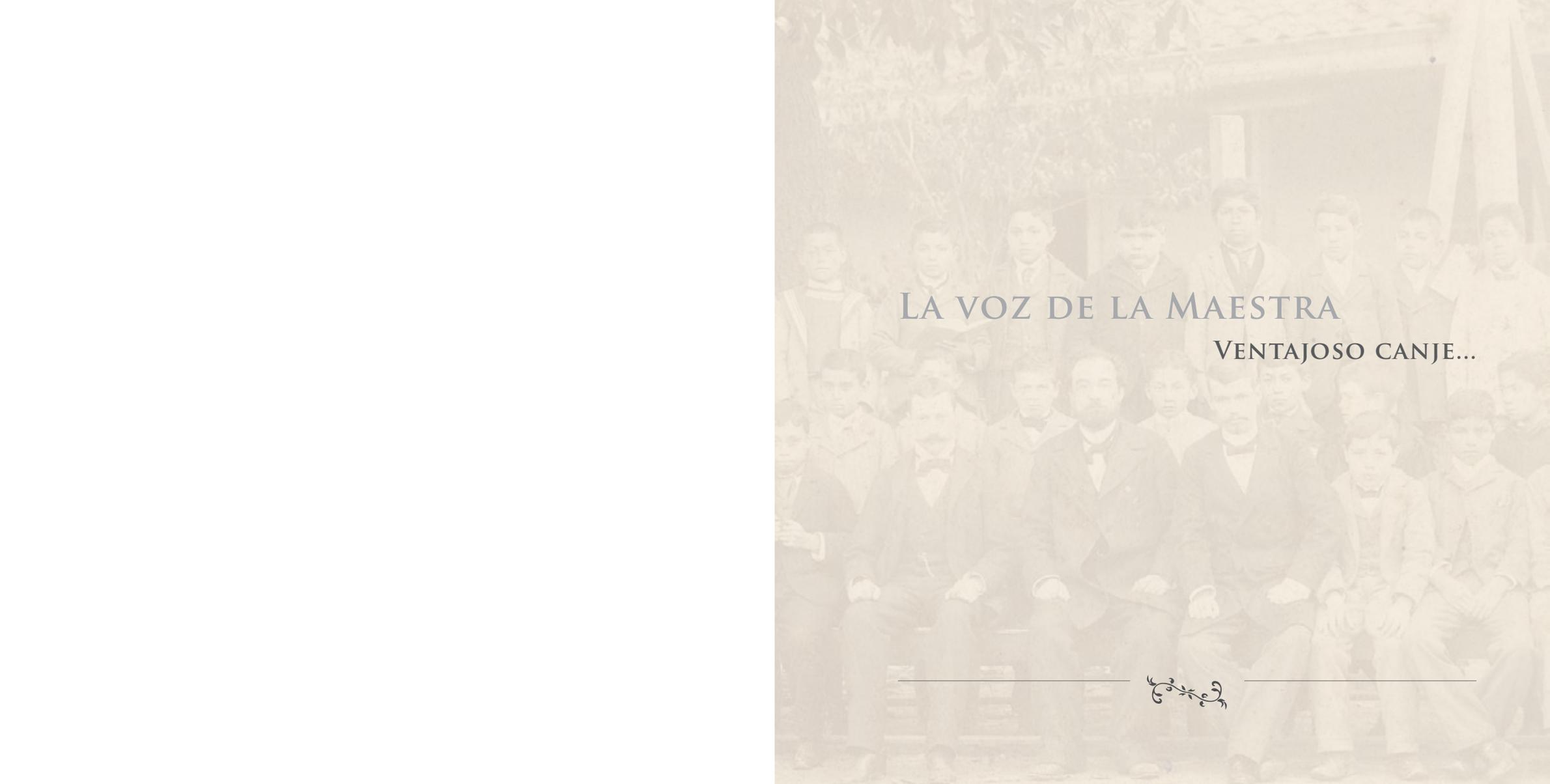
Fiesta popular celebrada en el Parque Cousiño con motivo de la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. 26 de agosto de 1920.

signifique la postergación de un beneficio, cuya conveniencia es mucha pero que podemos, sin perjudicarnos, aguardar un tiempo más; se trata del sostenimiento de un mal lamentable. Así lo considera mi humilde criterio y así francamente lo expresa. Este mal es que, en plena era de progreso, y en un país como el nuestro, que no tiene mucho que envidiar a otros en adelanto intelectual, la cifra de analfabetos es abrumadora. Vano es el empeño que buenos Gobiernos han manifestado de difundir la instrucción popular dotando de Escuelas a las más pequeñas poblaciones; pues no siendo reconocido por todos lo imprescindible de la Instrucción la asistencia a esas Escuelas es escasa ya sea la causa de esto la ignorancia de los padres o sus estrecheces pecuniarias, a las que ponen remedio dando participación a las niñas en sus faenas, desde edad inadecuada, uno u otro motivo surgieron lo necesario de que la ley imponga, como otro cualesquiera, el deber de los padres sobre la instrucción de sus hijos, el castigo por la omisión en su cumplimiento.

Demos el gran paso que otras naciones -algunas inferiores a Chile bajo otros puntos- han dado ya. Conmemoremos así aquel paso gigantesco que de la esclavitud a la libertad dieran resueltamente, nuestros antepasados. Dios guarde a Ud.

*Lucila Godoy Alcayaga
Preceptora de la Escuela Mixta N° 17
El Coquimbo, La Serena, 21 de agosto de 1909*





LA VOZ DE LA MAESTRA

VENTAJOSO CANJE...





Alumnos y profesores del Liceo de Hombres de Quillota. 1910.

VENTAJOSO CANJE...

“Nosotros dejaremos pasar la Instrucción Obligatoria, dicen los conservadores a los radicales, pero ustedes a su vez dejan pasar las Universidades libres y aceptan el artículo de aquel proyecto referente a subvenciones a escuelas particulares”.

¡Hermoso canje! Los beneficios de la Instrucción Obligatoria, con ser tan grandes, serán menores que los males ocasionados por el pase de esas dos cosas inauditas: el proyecto de don Abdón Cifuentes y el artículo destinado a dar a la enseñanza clerical un auge espantoso.

Bastante daño hacen las escuelas parroquiales existentes, puestas como una amenaza frente a la noble escuela fiscal para que el heroísmo de nuestros liberales llegue hasta el punto de pagar tan cara la realización de sus ideales, dándoles alas gigantescas con el Presupuesto...

Cuando el senador por Valparaíso don Guillermo Rivera pidió la creación de un Curso de Leyes en Valparaíso, los conservadores dijeron que eso significaría la propaganda radical protegida, costeadada por el Estado.

Las subvenciones enormes exigidas por ellos para las escuelas particulares, que serían en su totalidad parroquiales, ésas sí que significarían el jesuitismo escolar amparado generosamente por el Estado.



Ha dicho bien el señor Vicuña Cifuentes en un reportaje concedido a *La Mañana*, con la Instrucción Obligatoria hay para varios años más, ello se deberá exclusivamente al conservantismo empecinado y fatal al progreso.

Qué aprovecha, mientras tanto que la mayoría liberal del país se traduce fielmente en una mayoría tan abrumadora como ella en las dos Cámaras.

La Instrucción Obligatoria pertenece al progreso de un país como la luz al sol, y, a menos que Chile adopte en el futuro la marcha del cangrejo (lo que sería el ideal conservador) ella nos llegará tarde o temprano, ella madurará como el más preciado fruto de nuestra civilización.

Los impugnadores suyos sólo retardarán el florecimiento de esta realidad inevitable, y clamarán en su contra hasta que caigan arrollados por el esfuerzo ya irresistible de los que, mañana como ayer y hoy, darán por ella las batallas más hermosas con que se puede honrar un partido político.

L.G.A.

Santiago, agosto de 1910

El Coquimbo, La Serena, 3 de septiembre de 1910



LA VOZ DE LA MAESTRA EDUCACIÓN POPULAR



EDUCACIÓN POPULAR

LA INTERESANTE CONFERENCIA DE LA SEÑORITA LUCILA GODOY

 Para ser perdonada de las torpezas de esta conversación -porque es eso y no una conferencia-, me bastará decirles que es la primera vez que accedo a hablar en público. Hay pecados de sentimiento, y este es uno de ellos. La razón presenta con fría desnudez nuestra incapacidad, pero la ola cálida del sentimiento arrastra. Ya lo dijo Teresa de Ávila: "De la abundancia del corazón habla la boca". Yo vengo a hablar por amor, antes que por ciencia, de la Enseñanza Popular y quiero dar a Uds. no un seco cuadro estadístico, sino la emoción de este problema.

No pretendo hacer cátedra ni creo traer cosas nuevas a esta conversación. Las viejas verdades pedagógicas son como las del Evangelio: todos las conocemos, pero deben ser agitadas de cuando en cuando, para que exalten los ánimos como el flamear de las banderas y para renovar su generoso hervor dentro de nosotros. Verdades conocidas pero aletargadas, son verdades muertas, fardo inerte. Los maestros hemos de ser en los pueblos los renovadores del fervor, respecto de ellas. No tenemos derecho, a pesar de las indiferencias que conocemos y de las incomprendiones que nos han herido, a dejar verdades que se enmohezcan en los demás. Somos los que hacemos su guardia a través de los tiempos. Si no tenemos la elocuencia, tengamos la buena voluntad, ese oro de los pobres, con el cual puede hacerse tanto en el mundo.

La Sociedad de Instrucción Popular abre unos cursos nocturnos de mujeres, y esto es de una inmensa significación para nuestra ciudad. Se trata de la primera escuela de tal índole que habrá en provincias. Es una honra para el grupo de mujeres



Gabriela Mistral junto a una de sus alumnas

que busca más amplitud de horizontes y muy principalmente para la institución que recoge la voz de los humildes y no mide la magnitud del esfuerzo, por medir la magnitud del servicio.

Una ordenanza de instrucción primaria obligatoria ensayada por algunos municipios consigue ya llevar a las Escuelas Públicas a todas las niñas del pueblo. Se está labrando con esto, como un bloque de oro, el futuro de Chile, un hermoso futuro; se está asegurando la cultura de las masas de mañana; pero la inmensa cantidad de mujeres que no recibieron los beneficios de la obligación escolar, queda al margen de esta era nueva. El Estado, al no abrir para ellas clases nocturnas, las declara tácitamente condenadas a no incorporarse jamás en las actividades humanas más nobles. Es una fatalidad monstruosa. En cambio, las escuelas nocturnas de hombres están desparramadas a lo largo de todo el país. Esta vez, como siempre, se cae en el absurdo de levantar el nivel de un solo sexo. Reformas parciales de tal índole no pueden conseguir la renovación de todo un ambiente, no mudan el alma nacional.

Las mujeres formamos un hemisferio humano. Toda ley, todo movimiento de libertad o de cultura, nos ha dejado por largo tiempo en la sombra. Siempre hemos llegado al festín del progreso, no como el invitado reacio que tarda en acudir, sino como el camarada vergonzante al que se invita con atraso y al que luego se disimula en el banquete por necio rubor. Más sabia es su inconsciencia, la naturaleza pone su luz sobre los dos flancos del planeta. Y es ley infecunda toda ley encaminada a transformar pueblos y que no toma en cuenta a las mujeres. No se crea que estoy haciendo una profesión de fe feminista. Pienso que la mujer aprende para ser más mujer. El perfeccionamiento de una especie la afina sin hacerla degenerar, cuando es bien dirigido. Así las rosas de los invernaderos son, por su delicadeza insigne, más rosas que las del campo. La mujer culta debe ser, tiene que ser, por lo tanto, más madre que la ignorante. A la fuerza del instinto suma la fuerza enorme del





Alumnas en clase de Dibujo Natural y Pintura. Escuela Profesional Superior de Niñas (actual Liceo Técnico A-57). 1909.



Alumnas de la Escuela Técnica Femenina "Sagrada Familia" en clase de hilados. Punta Arenas, Chile, 1920.



espíritu; agranda su alma para el amor de los suyos, adquiere armas nuevas para defenderlo de la vida; ella enciende su lámpara para alumbrar por el camino, más que el propio paso, el de los seres de su carne. Y si la instrucción femenina no para en esta flor de perfección, será, incuestionablemente, que fue mal dada o mal recibida. Si en vez de dar sencillez, da petulancia es que fue cultura epidérmica y el remedio no es suprimirla, es ahondarla, es cavarla incansablemente...

Decía que el Estado, por carecer de recursos para resolver el problema que nos ocupa, se ha debido desentender de él. Los particulares entonces echan sobre sí esa carga de deberes. Hermoso gesto, digno de la hora democrática que está viviendo el mundo. Cuando se ve un grupo de hombres que, sin ser maestros ni legisladores, sacrifican tiempo y dinero en una obra así, no es extraño que, por un movimiento instintivo e incontenible del corazón, nosotros, los maestros, nos acerquemos para decirles nuestra congratulación calurosa y pedirles un pequeño, un mezquino, lote en la obra.

¡El perfume del surco llama al sembrador!

La Sociedad duplica sus gastos con esta escuela, sin duplicar sus entradas. Espera que la simpatía vaya atrayendo amigos. Todos querrán ayudarnos porque haremos una obra de bien indiscutible y de honradez transparente. Y querrán ayudarnos también porque es un bien común.

Tengo de la beneficencia un concepto que difiere del corriente. Creo que el dinero con que cooperamos a las sociedades de caridad nos beneficia tanto o más que el que destinamos directamente a la satisfacción de las propias necesidades. No se diferencian en nada la contribución de haberes, que costea nuestra policía y nuestros servicios higiénicos, y la colecta de caridad que costea un asilo. Si una

dama nos pregunta en qué beneficia una escuela de obreras, le contestaremos: cuando hayamos logrado a la larga reunir allí a todas las mujeres ignorantes del pueblo, renovaremos el ambiente espiritual de una clase entera. Tal renovación eleva todo el valor de la vida, trae como más dignidad, como más sol y hermosura al mundo. Diríamos a la dama que el aya de su hijo o la mujer que vela a su cabecera cuando ella está enferma, ejecutando los mismos pequeños actos cotidianos, pondrá en ellos un alma nueva, un perfume de delicadeza, un temblor de sentimiento que antes no tuvo, una conciencia más profunda de su misión. Y no se nos diga que la mujer humilde no necesita de instruirse para alcanzar hasta las cimas morales de abnegación. Conozco las almas maravillosas que ha sacudido el destino como una sarta de estrellas en la clase humilde; he visto tal vez los ejemplares más puros de la humanidad nacer, desarrollarse sin estímulo en un ambiente inauditamente hostil; pero sé también que cuando la naturaleza no pone en los hombres la virtud fácil como pone el perfume en la flor, sólo la educación es capaz de crear el sentimiento y tatuar los deberes en la mitad del pecho humano.

A todos nos mancha un mundo imperfecto e injusto. El patio pestilente de una vecina echa en el viento hacia el nuestro sus emanaciones y, de igual manera, la grosería de la servidumbre enturbia la inocencia de nuestras hijas y la canción impura que va un ebrio entonando por la calle desgarrar para siempre la pureza de vuestro niño pequeño. En cada zarza que quebramos, en cada charco que cubrimos, defendemos nuestra carne, limpiamos nuestro aire. El corazón purificado de la mujer más humilde es como el balcón florido que derrama su aroma sobre el viento y va hacia todos.

He hablado especialmente de mujeres del pueblo; nuestra matrícula tiene también varias de la clase media. La asistencia común a una escuela como la asistencia común a un templo de gentes de distinta condición no degrada a nadie,

porque la escuela es la negación de las castas si es cristiana de verdad y si educa mujeres de una república de verdad también.

Quiero agregar unas palabras sobre un prejuicio muy esparcido acerca de la instrucción de la mujer pobre. Hay una creencia de que la cultura siquiera mediana no hace otra cosa que crearle pretensiones y hacerla una especie de mico, por la imitación grotesca de las clases altas.

Pero, ¿acaso no existe en la clase media esta misma imitación infantil respecto de la aristocracia y no existe aún entre los diversos grupos de la misma aristocracia entre sí?

Todo es susceptible de transformación de las costumbres como en la naturaleza. La fiebre de imitación ha comprendido hasta hoy sólo las modas. La mujer del pueblo imita grotescamente, es cierto, los figurines de la dama; pero está en los mismos vicios el camino hacia la virtud, para el ojo sutil del observador. No se ha dicho a la mujer del pueblo en qué consiste la verdadera superioridad que suelen tener las clases altas.

El valor de la mujer aristócrata sobre la del pueblo cuando ésta no es de un tipo de selección, consiste en el concepto más elevado que aquélla tiene de la educación de los hijos, en la visión más alta que suele poseer de la vida, en la comprensión que una cultura sutil le ha dado de la belleza artística, en la suavidad de maneras, en la disciplina de las pasiones.

Y no se crea que estoy dando juicios absolutos sobre la mujer de sociedad; tomo un tipo superior de su clase, digo lo que suele ser lo que debiera ser.

Quizás de entre las mujeres que acuden a nuestra escuela, mujeres ya formadas con hábitos y prejuicios fuertes, muy pocas realicen la transformación espiritual que he pintado tal vez con exageración. ¡No importa! Yo no soy una optimista ni creo que sólo un optimismo febril sea capaz de sostener a los que luchamos. Cuando echo mi grano no pienso en un trigal inmenso que se levantará del polvo; pienso solamente que mi grano dará una espiga rubia. ¿Para qué pedir más? Que mis hermanos obtengan otras y tendremos pronto una gavilla.

La prisa es pura soberbia. Empezamos con una escuela de tres cursos y una matrícula de 40 alumnas, bien poco para un colegio común, hartó, demasiado para un ensayo como el que hacemos. La impaciencia recata casi todas las empresas al nacer una orgullosa impaciencia que quiere iniciar la obra en la mañana y sonreír a un monumento al caer la tarde. Y toda la obra humana tiene la gestación de la perla, la pequeña y milagrosa perla se forma con dolor y lentitud, el dolor del esfuerzo, el dolor de la incompreensión y el de la falta de elementos, siempre el dolor, y con la lentitud de la rosa que se abre pétalo a pétalo. Si la flor tuviera esta ansia nuestra de llegar al éxito en un solo día, la desalentara la pereza con que crecen sus yemas, renunciaría a abrirse y los hombres no gozaríamos cada septiembre de una maravillosa primavera.

Dije por allí que ensayaríamos. Otro pecado nuestro es el de pretender cosas definitivas al primer soplo de esfuerzo. Hay que vivir los programas, suprimir, agregar constantemente, poner la humildad del ensayo en cada plan, pedir y aceptar las luces de todos los que pueden darlas y no conceder a nada valor definitivo, porque la naturaleza misma, obra de Dios, se rectifica en todos sus organismos al aunarlos y, conservadora del conjunto, lima los detalles con un ansia viva de perfección que le viene también de su divino dueño.



Alumnas de La Serena en Curso
Normal de Costura.
1915.

La enseñanza en esta escuela será absolutamente práctica. No vamos a robar a la obrera el descanso de sus noches para darles, en cursos interminables, quintaesencias de conocimientos. Una escuela nocturna no puede darse el lujo de formar cultura profunda, científica ni literaria. Se desnaturaliza si amplía demasiado su programa e invade el terreno de la enseñanza diurna.

Hay hoy en Chile una poderosa corriente pedagógica que pide con una justificada angustia que se transforme en institutos prácticos la mayoría de nuestros colegios y converjan hacia este vértice único los estudios de índole utilitaria. Hemos cometido el inmenso error de hacer de los estudios literarios el centro de toda la enseñanza. Tales estudios son lujo para especialistas y los programas de enseñanza, como las leyes de un país, deben consultar las necesidades de las mayorías. La masa de un pueblo necesita capacitar, en breve tiempo, a sus hombres y a sus mujeres para la lucha por la vida. Hemos tenido la monstruosidad de enseñar durante 50 años los mismos programas con sólo variantes pequeñas. Durante este período de tiempo, enorme en relación con los progresos febriles de la época, se han dictado leyes que han cambiado la faz espiritual de la nación; han nacido nuevas ciudades y se han transformado las antiguas, y la enseñanza, que debe iniciar las renovaciones, se ha quedado tras de todas ellas. No es que hayan faltado grandes maestros, ni que la instrucción haya sido insuficiente; nuestros educadores son gloria americana y la instrucción dada ha sido tal vez excesiva; fue el rumbo el erróneo; no ha mirado nuestra educación a las realidades de su tiempo, ha pecado de *libresca*. No podemos decir que de idealista; la erudición, el recargo intelectual, no llevan al idealismo bien entendido, secan y fatigan el alma del niño nada más.

La guerra, a la que debe tantos bienes América, como heridas mortales Europa, ha venido a convencer a los ideólogos pertinaces de la necesidad apremiante de variar rotundamente los rumbos, y la reforma va a venir, se está ya haciendo;





Curso Normal de Cartonaje, visitador
y profesorado. Sección de Decorado y
Proyecciones Escolares.
1924.

el primer puñado de simiente lo arrojó sobre el campo una celebrada y hermosa circular del Ministro Aguirre Cerda. Chile, lo hemos visto, puede ser un gran país industrial. Y el Chile de las industrias, como el Chile de la grandeza histórica, debe salir de los colegios.

Yo admiro los países fabriles. Son las naciones ricas y la riqueza de un país es un verdadero valor espiritual. En el peligro, dispone de todos los recursos para la defensa, y en esa hora suprema, sus millones no son el río turbio de lodo y de sangre que han insultado los poetas y los profetas; se ennoblece, trasmutándose en escudo que cubre a todos, en resistencia larga, en triunfo y por fin, en gloria eterna. Y en la paz, es ese mismo país rico el que lleva los más altos sabios a sus Universidades y los insignes artistas a sus Museos. Como el médico deriva del cuerpo sano tanto como del alma las virtudes de un hombre, de igual modo el historiador derivará del deshago económico nacional, las flores más puras de la civilización y los éxitos guerreros de un país.

Todos los valores han cambiado en esta época nuestra, desconcertante hasta lo inaudito, y es necesario comprender que los dones del espíritu solos no salvan ni a un hombre ni a un país, y que es preciso, a la vez que afinar la sensibilidad del niño, haciendo pasar sobre su corazón el aroma del Evangelio, adiestrar sus manos, sus pequeñas manos que en esta hora han de ser duras y ágiles, sobre la masa quemante y revuelta de la vida.

Debemos, pues, dignificar la enseñanza manual en diarios, conferencias y hasta en el arte, y poner en torno de ella la aureola de grandeza que le da esa epopeya viva que es la industria moderna. Porque en verdad, estamos viviendo la Ilíada de las máquinas, y ni los idealistas más absolutos, ni los poetas, tienen





Alumnos de la Escuela Industrial de Lota en clase de Carpintería. Servicio Fotográfico René Orellana. Periódico "La Opinión" Lota.

derecho a motejar de grosero un progreso que, por sus mismas proporciones inauditas encarna la belleza, al encarnar la maravilla, y pone la oda no sólo en el libro, sino en toda la tierra.

La difusión de la enseñanza práctica será en breve, por la oportunidad del momento económico y por la conciencia que de él tiene nuestro primer mandatario, asunto de estudio y de realización inmediata en la ciudad.

Recuerdo que el señor Gobernador del Territorio llevaba a Santiago en su último viaje la petición de una Escuela Profesional de Niñas. La penuria del presupuesto no permitió esa creación para 1918. Vendrá luego, y si el Estado tardara, el Municipio se pondrá a la obra sin duda alguna, porque tal vez no haya otro pueblo en el país en que la Municipalidad tenga una visión tan clara de su lote de responsabilidades y una decisión tan rotunda de prescindir del Gobierno respecto de recursos cuando las obras sociales no admiten dilaciones. Conozco Chile y no he visto en ninguna parte como aquí a un Municipio hacer la grandeza de la ciudad, como un monumento piedra a piedra, multiplicar los servicios, hacer llegar su acción a todas partes y no sólo en forma de autoridad, sino de cooperación cálida. He visto alcanzar su influencia hasta mi pequeño Liceo. En la persona de su Presidente he oído sus quejas sobre la vergüenza de nuestro local y, celoso de la salud de las niñas, ha mandado sus obreros que me han entregado salas habitables. Un Liceo es del pueblo. Debe saber éste de las escaseces que sufre y debe conocer también el origen de sus adquisiciones. En vez de mandar una nota diciendo mi gratitud, la derramo, con estas palabras, entre vosotros.

He encontrado en Punta Arenas todo lo que el señor Gobernador del Territorio anunciara antes de mi viaje. Me pintó una ciudad en pleno desarrollo, con dirigentes que responden a cualquier iniciativa, surco ancho y ávido para cualquier



simiente honrada, una colectividad que confiaría en mí y me ayudaría. He encontrado la ayuda prometida que ya se me está dando sin énfasis, y la confianza por la cual se me entrega la Escuela que inauguramos. Me pintó una clase obrera con ansias de cultura. Si la he querido y la he buscado en pueblos en que es inactiva e ignorante hasta lo vergonzoso, icómo no he de amarla aquí si se acerca a mi casa escolar y viviré con ella la intimidad de la enseñanza, que anuda tan apretadamente las almas, porque es un cambio cálido de ternuras y de conocimientos! Me pintó el señor Contreras, un profesorado secundario y primario rodeado del respeto del pueblo, conquista lógica de sus méritos, y he encontrado este ambiente de respeto y hasta de cariño, que consuela del paisaje yermo y del rigor de la naturaleza.

Al hablar por primera vez al pueblo, creo que he debido, aun abusando de su generosa atención, extenderme en estos detalles.

Gracias a todos los que hasta hoy me han ayudado y gracias desde luego a los que me ayudarán más tarde, que serán más aún.

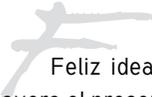
Haremos todos esta nueva Escuela; que se mezclen en ella las cooperaciones de simpatía, de propaganda, de recursos como los perfumes de las flores de los bosques. La obra colectiva es la poderosa, la individual lleva vida mezquina, helada y cae al primer golpe. Yo, sin Uds., no sería sino una mano trémula y ansiosa, porque la mujer, aunque sea la mujer fuerte, dura para ser vencida por los fracasos, es muy pequeña y muy pobre, si Dios no la mira, y si las almas de los hombres buenos no se tienden hacia ella como un báculo de sándalo que la ayude a llenar hasta las obras hacia donde la lleva su corazón tremolante de amor humano.

El Magallanes, Punta Arenas, 21 y 23 de septiembre de 1918



LAS FIESTAS DE LA PRIMAVERA SE CELEBRAN CON TODO LUCIMIENTO: LA PRIMERA PIEDRA DEL LICEO

DISCURSO LEÍDO POR CAMILA SÁNCHEZ.
TRABAJO REALIZADO POR GABRIELA MISTRAL



Feliz idea la de nuestro primer mandatario, la de asociar a la fiesta de la primavera el presente acto. La casa de los niños, por ser la casa de la alegría, es parte de la primavera, y lo es también por ser como ella una promesa de renovación.

Cuando se va a levantar el edificio de una taberna, debiéramos arrojarnos sobre las primeras piedras que los obreros amontonan y aventarlas lejos, con noble indignación; cuando se reúnen los ladrillos para una cárcel, debiéramos llorar sobre ellos, porque la humanidad, que sigue siendo gobernada por los instintos, hace aún necesaria esa mole de expiación y de vergüenza; pero cuando se fija la primera piedra de una escuela, bien pudiéramos hacer un alegre corro y danzar, como los niños griegos, al son de himnos a su alrededor, y besar el bendito bloque, en torno del cual vendrán a agruparse otros y otros, hasta dejar en pie el palacio de la ciencia. Un palacio deberá ser, pues alentarán en él la virtud y la ciencia, que son majestades, las únicas majestades, que acepta este siglo nuestro enemigo de toda otra realeza.

Aquí se va a enseñar el sentido de la vida, aquí se va a recitar y a vivir las doctrinas más puras de nuestro tiempo; aquí, como en el cielo de octubre, la luz va a ser más gloriosa y más intenso que en las demás casas de los hombres el calor



Construcción de la Escuela Particular
Hernando Adriasola-Cruz del "Hogar
del Niño Miraflores".
Punta Arenas.

de la fraternidad humana; aquí se van a tejer los rosales que dirán las guiraldas de Dios, es decir, las almas transparentes, los corazones rectos. ¡Cómo no ha de formar parte este acto de las fiestas primaverales! Cada muro va a alzarse para el bien; cada columna va a sostener una virtud. El madero, el hierro, la piedra, nunca tan ennoblecidos, nunca tan santificados como en el edificio que se alzarán aquí, pues en esta ocasión la materia celebra una alianza para servir la belleza moral del mundo. Y porque tendrán tan alto destino, que la bóveda sea más noble y el pórtico más severo que en ninguna parte: es la verdad la que baja a habitar en ellos.

Se honran a sí mismos los pueblos que dignifican la enseñanza, llevándola desde la sala pobre y oscura hasta el aula aireada y llena de luz. No es posible que un pueblo tenga hermosos teatros, cómodos clubes y vergonzosas escuelas. Para escuchar la mentira de un drama, bello o grotesco, se han hecho salas decoradas y magníficas y otras mejores aún para charlar de asuntos mundanos. Para enseñar la historia de los pueblos y sugerir los ideales modernos ¿vamos a tener sitios miserables, tugurios, mezquinos, vulgares edificios?

¿Vamos a enseñar la belleza desde la fealdad, la dignidad entre lo ruin?

Todo lo pide un país de sus maestros, toda renovación, toda depuración espiritual.

- "Dadnos, les dice, una juventud pujante, pura y caballerosa. La probidad, que aún es escasa entre los hombres, el coraje y la iniciativa que sólo asoman ahora en los espíritus deben traerlas las nuevas generaciones y vosotros las estáis formando".



Los maestros pudieron contestar:

“Dadnos escuelas en que nuestra doctrina no sea una ironía. No podemos cantar el progreso en una escuela en ruinas. Dadnos, para el hogar de trescientos escolares, siquiera las comodidades que los poderosos han dado a sus casas a sus cuatro niños pequeños”.

Felices pues, las ciudades en que, como ésta, la autoridad comprende que la ciencia, igual que la matrona romana, necesita un hogar digno, de una arquitectura tan severa como su carácter, y perdurable como su virtud.

El señor Rector del Liceo, recibe de la Ilustre Municipalidad, en la cesión de este lote de tierra, un reconocimiento bien elocuente de su obra educativa, y la expresión de cariño que el pueblo siente hacia su Liceo. Hermosa justicia la que hace al venerable educador e inmensa y lógica satisfacción la suya. El profesorado, que ha compartido con él los esfuerzos y los sacrificios, comparte también, es justo, la honra de este acto, la emoción de este momento.

El Liceo de Niñas se asocia a la alegría del establecimiento congénere y espera que otra fiesta de la primavera, no muy lejana traiga asimismo para él la realización de este ideal. Espera que juntos se levanten en tiempo más, los dos edificios gemelos, hermanos por la jerarquía y por el espíritu, como en esta estación rompen a la luz dos rosas de un mismo tallo y como se alzan dos espigas en el mismo surco.

El Magallanes, Punta Arenas, 28 de octubre de 1918



LA VOZ DE LA MAESTRA

ORACIÓN DE LA MAESTRA





Alumnos en el patio de recreo de la Escuela Industrial Nº 2 "Galvarino". En primer plano se ve la campana del establecimiento.

ORACIÓN DE LA MAESTRA

Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe y que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la Belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Señor, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto: Arranca de mí este impuro deseo de justicia hacia la faena que hago, que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta, que todavía sube de mí, cuando me hieren. Que no me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto, y que te deje en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática algo de lo que se cernía sobre Ti y tu corro de niños descalzos aquella tarde, en Palestina.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu



voluntad ardiente sobre mi vida. ¡Acompáñame, sostenme! Muchas veces no podré tener sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Haz que no busque sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal, en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. Que reprenda con dolor, para saber que he corregido amando.

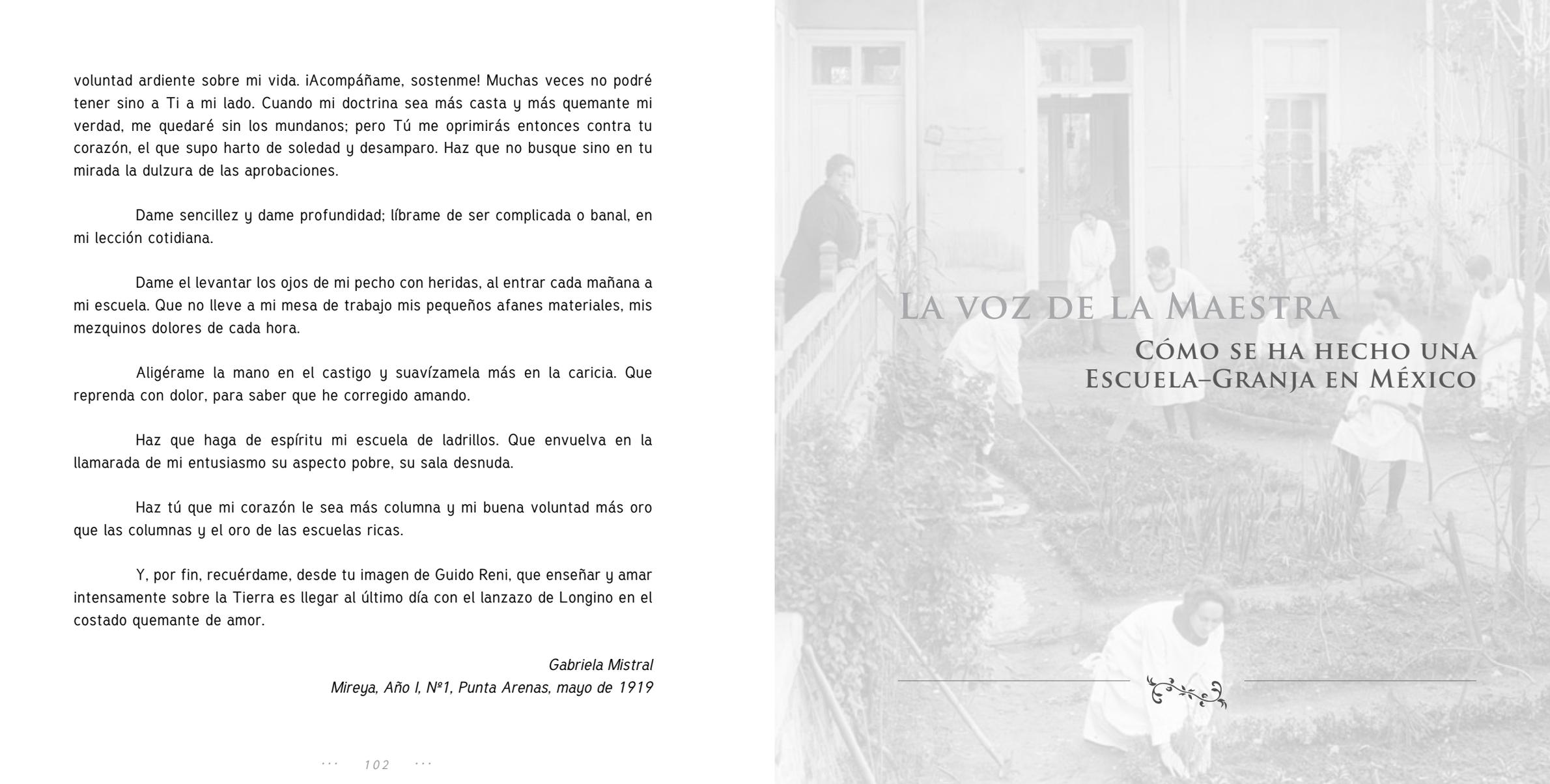
Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Que envuelva en la llamarada de mi entusiasmo su aspecto pobre, su sala desnuda.

Haz tú que mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame, desde tu imagen de Guido Reni, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longino en el costado quemante de amor.

Gabriela Mistral

Mireya, Año I, N°1, Punta Arenas, mayo de 1919



LA VOZ DE LA MAESTRA

CÓMO SE HA HECHO UNA ESCUELA-GRANJA EN MÉXICO



CÓMO SE HA HECHO UNA ESCUELA-GRANJA EN MÉXICO

I.

La escuela más pobre de México.- Una colmena de octubre.- Un maestro que no es especialista.- El intelectualismo de las Escuelas Normales.- Su falta de espíritu.- La adquisición de la tierra.- La ayuda del Ministerio de Agricultura.- Banco y Caja de Ahorros escolares.

Empiezo a dar mis impresiones de la enseñanza en México con la más pobre de todas las escuelas, con la que encontré más desnuda en mi primera visita, y a la que he visto crecer bajo mis ojos, en dos meses, por una de esas maravillas que sólo hace el Espíritu, que no podrá hacer nunca sino el Espíritu.

Para llegar hasta ella, el automóvil me hizo atravesar el barrio (o rumbo, como aquí se dice) más abandonado y feo de la gran ciudad; puro arrabal, casas de obreros y de trabajadores, semejantes a aquellas otras en que nosotros arrojamos a morir a nuestro pueblo obrero.

Al entrar en la escuela, mi primer pensamiento fue mezquino: ¿Para qué traerán a ver un colegio tan pobre a una extranjera? Porque es de estilo, en estos casos, en muchas partes, mostrar a los visitantes los grandes colegios de parquets brillantes y de aulas decoradas.

Pero el pensamiento maligno desapareció en cuanto yo llegué al primer patio. Una multitud de niños, de pobrecitos, desarrapados, hacía labores de huerto:



Una profesora supervisa el trabajo en el huerto de las alumnas del Liceo de Niñas de Linares. 1927.

regaban, removían la tierra, desmalezaban entre un rumor jubiloso de colmena de octubre.

Fui acercándome, desorientada primero. Una hora después, mi estado de alma era un respeto y un fervor religiosos por lo que estaba viendo.

Tenía delante de mí, realizada en la tierra mexicana, la escuela que soñó Tolstoi y que ha hecho Tagore en la India: la racional escuela primaria agrícola, que debiera formar el ochenta por ciento de los colegios en nuestros países, sueño mío ella desde hace quince años.

El maestro que me guiaba iba apoyándose en su azadón. Le pregunté de qué Escuela Normal tenía título, para rastrear la fuente de un espíritu extraordinario en el gremio pedagógico, por su sentido práctico. Supe que salió de una Normal, a poco de haber entrado, lleno de desencanto. Ha sido un bien. Las Normales suelen entregar excelentes educadores. Yo cuento entre mis amigos de Chile y México, algunos de ellos; pero son excepciones, tardías, distanciadísimas excepciones; la regla que caracteriza a estos colegios es una congestión libresca, que dan a sus alumnos una vanidad intelectual enorme, que puede verse en el hecho de que el normalista chileno considera una injuria que se le dé un nombramiento de escuela rural, y, si llega a ésta, vive al margen de la población campesina, desdeñando a ese pueblo del cual viene siempre y al cual está destinado. Caracteriza a los estudiantes de pedagogía el concepto un poco infantil de que el aprendizaje de las biografías de todos los maestros de verdad, los Pestalozzi, los Froebel, significan alguna adquisición efectiva, siendo que lo único necesario es que la lectura de estas biografías los encienda de apostolado y les dé el espíritu heroico que ha sido el de esos hombres, y sin el cual una cultura -pedagógica, filosófica, científica en general- no les servirá sino para ser lucida en un discurso de aniversario...



- ¿Cómo hizo usted esta escuela, compañero?- fui preguntándole.

Estábamos sentados delante de una mesa rústica y yo compartía la comida frugal del hombre tolstoiano.

Y fue contándome la formación de su escuela-granja con la sencillez con que nuestros campesinos cuentan la poda de sus árboles.

- Este terreno -empezó diciéndome- formaba el Parque Francisco Madero, enteramente abandonado y que, si de algo servía, era de sitio de bacanales populares en los días festivos, de borracheras y riñas de la infeliz población aglomerada en torno.

“La Sección de Desayunos Escolares que sostiene el Gobierno, enviaba aquí diariamente a su jefe, la señorita Elena Torres, para hacer el reparto en la escuela primaria que daba al parque. Fue suya la idea de solicitar el gran terreno baldío a la autoridad, y destinar las dos hectáreas a una escuela-granja que sería el primer ensayo de esta índole hecho en la enseñanza primaria de México.

“Se obtuvo la concesión. Afortunadamente, mis jefes me dejaron en entera libertad de acción; no se me fijaron programas; no se me ataron las manos con reglamentos. Un día empecé a cultivar una parcela en el centro del terreno, y dije a los niños solamente que hicieran lo que yo fuera haciendo. Ellos verificaron el reparto del suelo en pequeñas secciones y se las distribuyeron. No les di lecciones previas de agricultura, porque no creo en la enseñanza teórica, sino como cosa paralela con la práctica y, a veces, como posterior a ella.

“Se fue poblando la tierra eriaza y fea de las pequeñas manchas verdes de hortaliza. Había que ver con qué ardor trabajaban mis pequeñitos agricultores,

siempre con mi vigilancia, pero sin mi ayuda, para enardecerlos de esfuerzos. No he querido matarles la alegría ingenua de que descubran ellos, de que se sientan menudos creadores... Vino la cosecha. La hizo cada uno por separado en su parcela.

“Yo envié algunos niños a invitar al Ministro de Educación para que la viera. Y aquí comienzan las numerosas incidencias gratas que han ido levantando la escuelita pobre, creándole el prestigio y la simpatía. Los niños pedían inútilmente una entrevista con el atareado funcionario. Cuando el señor Vasconcelos supo de qué se trataba, los hizo pasar entre el asombro consiguiente de los empleados subalternos. Vino a la escuela, vio la cosecha y desenterró algunos betabeles (remolachas). Y este hombre que tiene un ojo tan agudo para mirar lo que en la enseñanza es corteza pintada y muerta y lo que es verdad viva, tuvo una mañana de alegría y comprendió lo que de allí iba a nacer.

“Yo dejé que cada uno de los niños se fuera al mercado con su liviana cosecha. Volvieron descontentos a contar que los revendedores les habían pagado muy mal las legumbres, les habían dicho que no les convenía perder tiempo en adquirir lotes tan insignificantes. Dedujeron ellos mismos que necesitaban asociarse y encomendar a uno solo la venta total. Dedujeron, además, que no toda la semilla empleada había sido de buena calidad y que deberían comprarla selecta. El mismo día se fundó la cooperativa para adquirir semilla y se nombró el encargado de la venta. Se crearon también un Banco minúsculo y una Caja de Ahorros. Las utilidades se distribuirían de este modo: un tercio para el agricultor, un tercio para la adquisición de útiles y otro para la Caja de Ahorros, hasta capitalizar cinco pesos (veinte pesos chilenos), con lo cual adquiriría un traje cada uno de los pobrecitos campesinos.

“Cuando, después de tres cosechas, varios niños pudieron comprar calzado y ropa, y los efectos de la organización fueron apreciados por ellos mismos sin



Alumnos de la Escuela Hogar N° 22 de Angol trabajan en la huerta.
11 de enero de 1948.

necesidad de que se les hiciera una lección sobre el asunto, el entusiasmo fue tal que tuve a mi alrededor un clamoreo de peticiones de tierra y la escuela aumentó su matrícula espléndidamente.

“Les dije que había que conseguir esa tierra, dando a conocer la escuela: irían a cada uno de los periódicos y traerían a los reporteros a *ver* lo conseguido y no a oír disertaciones interesadas... Se buscaría la ayuda de los jefes del Ministerio, en ausencia del Licenciado Vasconcelos. Se traería aquí a los miembros de las sociedades agronómicas. Les aseguré que todo vendría, desde las herramientas hasta los terrenos. Y es que conozco a mi raza. Sé que todo está en convencerla con la visión directa del bien que se hace y que hay un descontento muy grande hacia la vieja escuela primaria, que se nos hizo retórica y perdió el sentido de la realidad, descontento que sólo espera ver surgir una cosa diferente y verdadera para reemplazar lo que ha fracasado”.

Hasta aquí llegó mi primera conversación con el maestro Arturo Oropeza. Ya empezaba la campaña de la prensa. Cada día iba yo leyendo uno y otro artículo y sentía un placer muy grande por la comprensión de este pueblo hacia el oscuro maestro del arrabal.

II.

Un periódico infantil que hace la propaganda de su escuela.- Pequeños oradores.- La escuela, centro del barrio obrero.- Institución de créditos para las escuelas-granjas.- El aseo del radio, dirigido por los niños.- Alcance moral de la enseñanza primaria agrícola.

La dotación de la escuela-granja ha sido cosa de dos meses, como lo he dicho.



El coronel Rojas llegó un día en busca de los niños a ofrecerles el terreno colindante: cinco hectáreas casi baldías, donde pastaban unos cuantos caballos. Fue enorme el asombro de los campesinitos. Ya no tendrían la parcela de diez metros, que recorrían varias veces en la mañana con su azadón y sus manos...

Pero ahora se necesitaban tantos útiles de labranza y tanta semilla que el Banco Cooperativo iría a la quiebra...

El Ministro de Agricultura, señor don Ramón de Negri, vino a sacarlos de la confusión: fue el segundo *Rey Mago*. Su Ministerio ha entregado a la Escuela Francisco Madero una dotación completa de maquinaria agrícola, vacas para un establo que ya se construye, gusanos de seda, colmenas y algunos técnicos que guíen a los niños.

Una visita de los profesores norteamericanos que hacían en este tiempo un curso de español en la Universidad de México, significó a la escuela el pequeño capital para la adquisición de una imprenta. Como todo organismo espiritual, necesitaba éste la palabra múltiple para la propaganda. Empezó a publicarse *El Niño Agricultor*. Quincenalmente aparece la publicación, de la cual tengo a mucha honra ser colaboradora, y que los chicos vocean en las calles. Toda la vida de la escuela se cuenta allí; las experiencias de los campesinos: cómo se siembran y se cultivan las parcelas, breves y graciosas monografías de plantas, el movimiento de fondos, las visitas que se reciben, hasta los fracasos de los agricultores que riegan mal... Está desde el editorial minúsculo hasta la diminuta crónica, escrita por los muchachos.

Quise darles un día algunas indicaciones sobre periodismo infantil; pero vi que poco las necesitaban. Fuera de sus errores de ortografía, ellos saben muy bien lo que deben publicar para que los lectores sigan la vida de la colonia y el tesoro de la simpatía aumente y aumente.

Oí una vez a un orador de doce años explicar a sus compañeros algunas reformas que le parecían necesarias. Visitábamos la escuela los maestros misioneros (profesores de indígenas repartidos por todo el país) y yo, que les había invitado en una sesión de su congreso, que presidí, a conocer la maravilla que el entusiasmo y la fe de un hombre estaban haciendo en el jirón más desgraciado de su metrópoli. Nos detuvimos a escuchar, y es la verdad que se sacaba más provecho de aquel discurso que de muchos discursos pedagógicos. Trataba el orador de la biblioteca en formación.

Me asombra la facilidad extraordinaria de expresión que tiene este pueblo mexicano, desde la niñez. La dicción aventaja a la de cualquier profesor chileno.

Confieso que cuando les hablo me esfuerzo un poco en pronunciar mejor mi español tan chileno... Ha sido mi mayor alegría oír conversar a los pescadores en el lago de Chapala, a los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla, y por todas partes a los campesinos. Y este encanto de su lenguaje tal vez sea una de las cosas que les ha ganado mi corazón tan profundamente. Porque para mí lo mejor que tiene México en su haber para el futuro es su masa indígena, esta pasta racial sencillamente maravillosa que son el indio azteca, maya o tolteca.

Vuelvo a la escuela y a mi orador infantil. Hablaba aquel niño sin el énfasis tan común a los escolares que hacen discursos -con la claridad del que conoce muy bien su asunto, y con un acento cordial en el que yo una vez más reconocía la dulzura del pueblo mexicano, la dulzura india que yo he visto en todas las expresiones genuinas de su alma: en las canciones, en el trato de la mujer y del amigo.

La Escuela Francisco I. Madero ha triunfado en meses y se ha impuesto enteramente. Pero lo más importante no es su éxito individual: es el haber dado el

tipo de la escuela que el país necesita derramar de Estado en Estado. Yo quiero, me dice la habilísima colaboradora del maestro Oropeza, señorita Elena Torres, que se haga en torno de la ciudad una especie de cerco de bien, de redención, que vaya del arrabal hacia el centro, limpiando el ambiente moral de la ciudad. Vea usted: en dos meses se han cerrado cinco pulquerías (lugares de expendio de licores), que infestaban este desgraciado rumbo. Ya tenemos en la escuela un cinematógrafo que atrae a los obreros. Así, lo que estamos haciendo no es sólo enseñar a leer y a escribir, cosa que constituye la labor única a que se creía llamada la escuela primaria, tan mezquina de horizontes generalmente.

Como todos los niños del barrio no querrán ser agricultores, me sigue informando, ya hemos formado cursos de pequeños sastres, de tipógrafos y mecanógrafos.

La labor del hombre humilde que me parece salido del Evangelio, ha sido el grano de mostaza de la parábola. Sigámosla. Interesado vivamente en que las cooperativas agrícolas se propaguen, educando a todos, a los grandes también, en esta materia descuidada, por nuestros países, el Ministro de Hacienda, señor don Adolfo de la Huerta, ha destinado cien mil pesos mexicanos (cuatrocientos mil chilenos) para la formación de un Banco de Crédito, que servirá a todas las escuelas-granjas futuras. Hay que mirar con ojos maravillados este éxito moral y económico.

Y las iniciativas del director Oropeza no se agotan. Ya tiene la escuela una sección de peluquería, atendida por los mismos alumnos, y para su propio servicio: ¡venían tan revueltas algunas cabecitas de niños del arroyo!



Escuela Granja de Linares.
1937.

El parque estaba ya enteramente limpio e higienizado; pero las calles vecinas, el barrio entero, como he dicho, tenía la suciedad de todos los suburbios.

Los escolares empezaron a servir a sus vecinos. Una comisión de ellos se apersonó al Ayuntamiento para solicitar los carros de aseo urbano, y ellos mismos se han encargado de hacerlo en parte, de dirigirlo en otra.

Estos y otros servicios extraordinarios de los alumnos son recompensados con un bono de desayuno. Ha habido trabajadores exageradamente laboriosos, que llegan a ganar tres bonos al día. Se pensó, por esto, en crear una Liga Protectora Infantil para favorecer a los pequeños del barrio que aún no van a la escuela, y que, por lo mismo, no tienen derecho a recibir la ración de alimento matinal. De este modo objetivo, y no con discursos, se combate el egoísmo entre los niños.

El jefe de la Educación Primaria, señor Roberto Medellín, lógicamente ha tenido que mirar con respeto afectuoso la personalidad del que era el último de sus subalternos. Envía semanalmente a la Escuela Francisco Madero un Orfeón Popular, que está formando otro Infantil, y le manda también maestras de declamación para que en el año próximo la extensión primaria, o sea los espectáculos educadores que así llamamos en Chile, sea atendida enteramente por los alumnos. Ya he hablado en otra ocasión a los lectores de *El Mercurio* del cariño que siente el pueblo mexicano por la música, y he dicho que ésta es la raza que canta, no sólo dentro de los Conservatorios, sino derramada por sus campos entre el gozo de los maizales.

Mis dos compañeras chilenas, la escultora Laura Rodig y la maestra normalista Amantina Ruiz, van a la escuela-granja a dar clases de dibujo y gimnasia, y yo en poco más cumpliré a los niños mi promesa de ir a enseñarles algunas canciones de las escuelas chilenas.

¿Qué serán estos niños en diez años más?, ¿qué los diferenciará de los otros formados en las escuelas primarias?

No serán, por cierto, aspirantes a bachilleres, postulantes eternos a empleos que llenen pasillos de Ministerios, pidiendo con un montón de recomendaciones el puestecito fiscal más mezquinamente remunerado, con tal de ser miseria dorada, pobreza decente. Ni serán tampoco hombres unilaterales, sin la visión de unidad de la vida que caracteriza a los intelectuales; ni pesimistas que se han hinchado de odio y de desaliento por su pequeño fracaso, del cual no tienen la culpa sino sus manos torpes y su mente amodorrada. Serán eso que es para mí lo más grande en medio de las actividades humanas: los hombres de la tierra, sensatos, sobrios y serenos, por el contacto con aquella que es la perenne verdad. Harán una democracia menos convulsionada y menos discursadora que la que nos ha nacido en la América latina, porque, hay que decir mil veces este lugar común: la pequeña propiedad (que ellos exigirán y que conseguirán en México) aplaca las rebeldías, da dignidad a la vida humana y hace el corazón del hombre propicio a las suavidades del espíritu. La pequeña república agraria que estos niños han creado, les irá revelando el régimen económico y los caminos por donde se busca la prosperidad de un país; no tendrán el odio de la riqueza, que sólo cuaja cuando el hombre no tiene nada que defender ni amar bajo el sol porque sea suyo.

No es que me haya lanzado en un río de fantasía; es que palpo, por primera vez en mi vida, lo que significa la pequeña experiencia de los niños sobre los grandes problemas sociales. He visto la fuerza estupenda que tiene la enseñanza económica cuando se hace carne en los hechos y no se da como palabrería gárrula. Ha habido momentos en que la masa de escolares que trabaja en la tierra, porque trabajaba en la tierra, por la sensatez que ponía en su trabajo, por las intuiciones que alcanzaba, me ha parecido una república de verdad, y me he sentido embriagada de una fe muy grande.

Suelo decir al maestro Oropeza que hay para felicitarse de la miseria inicial de su colegio, de sus salas desnudas. Porque todo eso lo ha hecho sacar a sus alumnos al parque, y cambiar el aula techada por esta aula de Dios que es su cielo mexicano, siempre azul, bajo el cual la lección es más verdad y más belleza, donde la ausencia de la clásica tarima hace al maestro sencillo y espontáneo y la proximidad a la tierra le da vergüenza de gastar diez horas enseñando análisis gramatical.

Sí, mi compañero. Hay que alabar esta vez con San Francisco a la santa Pobreza, que hace suplir con espíritu los materiales; a la buena Pobreza, que mata la vanidad y da inspiraciones y fervores que usted tal vez no hubiese tenido en un gran colegio con laboratorios y gimnasios. Y hay que alabarle a usted como a un caso de milagro entre la masa de los maestros, que se sienten injuriados cuando se les manda a la escuela del suburbio, porque creen que un título, más o menos decoroso, es una patente para exigir situaciones espléndidas y esquivar la fusión con el pueblo, del cual somos.

Aunque su escuela sea laica como todas las del país, deje que yo la sienta el tipo de la escuela cristiana: casi nació en un pesebre; el corro de sus niños descalzos ha debido ser el mismo que tuvo un día Jesús. La escuela nueva que sueñan los obreros es esto que usted está haciendo. No creen ya los trabajadores, y yo les acompaño en este escepticismo, en aquella escuela que les enseñó todas las inutilidades y los lanzó a la vida con las manos torpes para todos los oficios; ellos no aman, no pueden amar, al maestro sin sentido de la vida que les robó la riqueza de la sangre en una sala de clase oscura, y que les mató la alegría de vivir al no ponerlos en contacto con la tierra-madre, de la cual emanan el vigor y todas las excelencias, más que de sus lecciones sin entusiasmo.

Y digo para terminar: ¿no habrá un gran propietario chileno que entregue a un maestro de verdad cinco hectáreas de suelo en los arrabales de Santiago, para que se haga una escuela de esta índole? Aunque he hecho mal la interrogación: el éxito que cuento empieza en el maestro, y acaba en el rico generoso.

México, diciembre de 1922



LA VOZ DE LA MAESTRA

LECTURAS PARA MUJERES

A Paloma Prillén,
recuerdo de una
fiesta de la Poesía
en el fino país
del Uruguay.

Jacielap

LECTURAS PARA MUJERES (INTRODUCCIÓN)

I. Palabras de la extranjera

Recibí hace meses de la Secretaría de Educación de México el encargo de recopilar un libro de *Lecturas Escolares*. Comprendí que un texto corresponde hacerlo a los maestros nacionales y no a una extranjera, y he recopilado esta obra sólo para la escuela mexicana que lleva mi nombre. Me siento dentro de ella con pequeños derechos, y tengo además el deber de dejarle un recuerdo tangible de mis clases.

He hecho, no un texto escolar propiamente dicho, un libro *Graduado* para cierta sección: se trata, primero, de un colegio casi industrial en el que la enseñanza del idioma es sólo un detalle, y, luego, la heterogeneidad de las edades de las alumnas -quince a treinta años- sugiere la heterogeneidad de los trozos.

Por otra parte, mis alumnas no cursarán humanidades en otro establecimiento; quedarán, pues, sin conocer las páginas hermosas de nuestra literatura. Bueno es darles en esta obra una mínima parte de la cultura artística que no recibirán completa y que una mujer debe poseer. Es muy femenino el amor de la gracia cultivado a través de la literatura.

Mi pequeño trabajo no pretende competir con los textos nacionales, por cierto: tiene los defectos lógicos de la labor hecha por un viajero. He procurado compenetrarme de la sensibilidad y el pensamiento mexicanos; no he podido



Grupo de niñas de Escuela Experimental

conseguirlo en unos cuantos meses, naturalmente. Un libro de esta índole es, a mi juicio, labor de tres años, y necesita mucha tranquilidad de espíritu y un profundo conocimiento del ambiente. Es éste el ensayo de un trabajo que realizaré algún día, en mi país, destinado a las mujeres de América. Las siento mi familia espiritual; escribo para ellas, tal vez sin preparación, pero con mucho amor.

II. Lecturas femeninas

He observado en varios países que un mismo libro de lectura se destina a hombres y mujeres en la enseñanza primaria y en la industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material y la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos.

Mi libro no tiene de original sino esta sección Hogar, para la que he espigado en unas cuantas obras todas aquellas páginas que exaltan la maternidad o el amor filial y que hacen sentir, hecho nobleza, el ambiente de la casa. Desearía que se realizara en mi raza lo que llama en un noble verso Eduardo Marquina: "Elevar lo doméstico a dominio". Y también a belleza; debemos ennoblecer con éstas todas las cosas que queremos hacer amadas.

Tal vez en parte no pequeña hayan contribuido los Libros de Lectura sin índole femenina a esa especie de empañamiento del espíritu de familia que se va observando en nuestras generaciones.



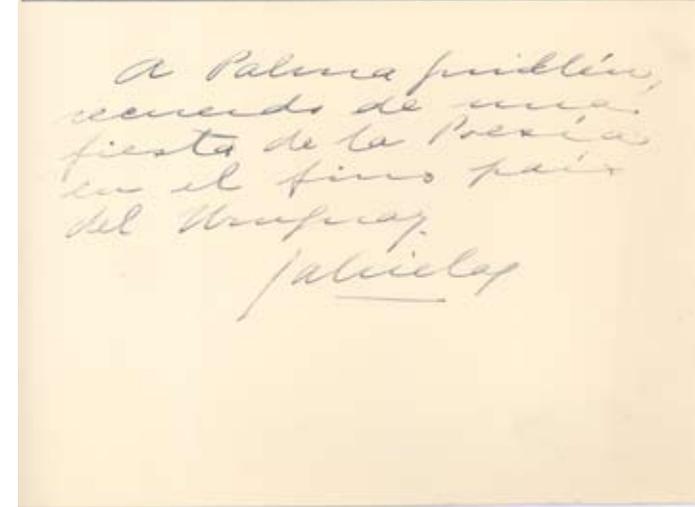
La participación, cada día más intensa, de las mujeres en las profesiones liberales y en las industriales trae una ventaja: su independencia económica, un bien indiscutible; pero trae también cierto desasimiento del hogar, y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad.

En la mujer antigua este sentido fue más hondo y más vivo, por ello los mejores tipos de mi sexo yo los hallo en el pasado. Me parecen más austeros que los de hoy, más leales a los fines verdaderos de la vida; creo que no deben pasar. Para mí son los eternos.

El descenso, imperceptible pero efectivo, que se realiza desde ellos hasta nosotros me parece un triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas, de virtudes máximas por éxitos mundanos; diría más: una traición a la raza, a la cual socavamos en sus cimientos. Puede haber alguna exageración en mi juicio; pero los que saben mirar a los intereses eternos por sobre la maraña de los inmediatos verán que hay algo de esto en la “mujer nueva”.

Siendo lo que anoto, una de mis inquietudes espirituales más vivas por la juventud femenina de mi América, me ha sido alegría el que la escuela que lleva mi nombre sea una escuela-hogar. Ha sido también faena gozosa reunirles esas Lecturas, en las cuales la primera sección, hecha con más cariño que ninguna, está destinada a robustecer ese espíritu de familia, ennoblecedor de la vida entera y que ha vuelto grandes a los pueblos mejores de la Tierra: al inglés, por ejemplo.

No son muy numerosos los capítulos de esta índole que ofrece la literatura. Ella ha sido generosa para la mujer en el aspecto que llamaríamos galante, y extrañamente mezquina para la madre y aun para el niño. Y si pasamos de la literatura general a la española, la pobreza se hace miseria.



Gabriela Mistral, en Montevideo, acompañada por un grupo de personas entre las que se cuentan las poetisas Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou. En la parte inferior, se lee la siguiente inscripción: “A Palma Guillén, recuerdo de una fiesta de la poesía en el fino país del Uruguay”. 1938.

Yo desearía que, en arte como en todo, pudiésemos bastarnos con materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras mismas venas. Pero la indigencia, que nos hace vestirnos con telas extranjeras, nos hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas. Así, yo he debido acudir a buenas o medianas traducciones de autores extranjeros para poder completar la sección mencionada. Vendrán días de mayor nobleza en que iremos cubiertos de lo magnífico, que a la vez sea propio, así en las ropas como en el alma.

Ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, sería. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra América corresponde ir creando la literatura del hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo. La han hecho hasta hoy, aunque parezca absurdo, sólo los hombres: un Ruskin, en Inglaterra; un Tagore, en la India; para no citar más. (Anotemos, en descargo de las mujeres, dos nobles nombres: el de Ada Negri, en Italia, y el de Selma Lagerlöf, en Suecia).

La llamada literatura educativa que suele circular entre nosotros lo es solamente como intención. No educa nunca lo inferior. Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta el plano de belleza.

III. Motivos humanos

Pero en un libro de *Lecturas para Mujeres* no todo debía ser comentarios caseros y canciones de cuna. Se cae también en error cuando, por especializar la

educación de la joven, se la empequeñece, eliminando de ella los grandes asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza.

He visto casos de deformaciones por esta limitación. A la mujer antigua, hay que reconocerlo, le faltó cierta riqueza espiritual por causa del unilateralismo de sus ideales, que sólo fueron domésticos. Conocía y sentía menos que la mujer de hoy el Universo, y de las artes elegía sólo las menudas; pasó superficialmente sobre las verdaderas: la música, la pintura, la literatura. Todo el campo de su sensibilidad fue el amor, y no hay que olvidar que es la sensibilidad algo más que un atributo que hace a las actrices y a las literatas: la fuente de donde manan la caridad encendida y los más anchos resplandores del espíritu. Guardémonos bien, pues, en esto y en otras cosas, de especializar empobreciendo y restando profundidad a la vida.

Por estas consideraciones he puesto en mis Lecturas esa sección copiosa de motivos espirituales.

IV. Sección México y América Española

Domina todavía en algunos textos escolares de lenguaje el criterio de tratar los asuntos geográficos, históricos o de ciencias naturales en erudito; se entresaca este material de los manuales de esa índole. Me parece una invasión que hace el lenguaje en las otras asignaturas y un unilateralismo que deforma el manual de lengua materna.

Es lógico buscar trozos de historia por ser ésta el ramo educador por excelencia, y buscar la descripción geográfica; pero con criterio de belleza. La

producción histórica de México y de mi país es muy rica; más la mayoría de sus páginas no son adecuadas a la índole de una obra para la enseñanza del lenguaje.

Según este concepto, yo he preferido a las firmas ilustres de González Obregón y de Toribio Medina las de los divulgadores amenos de nuestra historia, como Rodó, Montalvo y Martí. Son escasas las páginas de esta índole en la literatura nuestra; las tienen los norteamericanos en Irving y en muchos otros; Francia, en Lamartine y Micheler; entre nosotros los investigadores de la Historia son más que los comentaristas amenos y ágiles.

Quiero decir lo que pienso sobre la formación del amor patrio en la mujer. Algo he observado en mis años de enseñanza escolar.

Para mí, la forma de patriotismo femenino es la maternidad perfecta. La educación patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia.

El patriotismo femenino es más sentimental que intelectual, y está formado, antes que de las descripciones de batallas y los relatos históricos, de las costumbres que la mujer crea y dirige en cierta forma; de la emoción del paisaje nativo, cuya visión, afable o recia, ha ido cuajando en su alma la suavidad o la fortaleza.

Según este concepto, en la sección México del presente libro dominan las descripciones de ambientes y de panoramas. No se ha olvidado, sin embargo, la biografía histórica.

Van en esta serie algunas prosas más, no por vanidoso deseo de arrebatarse el comentario al escritor mexicano. Son trozos descriptivos, unos, en los cuales he

querido dejar a las alumnas de mi escuela las emociones que me ha dado su paisaje y, otros, el elogio de sus gentes, que, hecho por un extranjero, no dicen sino su ternura admirativa.

El número de trozos de índole mexicana es equiparable al que contienen los textos de lecturas nacionales.

Al seleccionar el material correspondiente a nuestra América, me he encontrado con una pobreza semejante a aquella que aludí sobre temas de hogar.

El poeta y el prosista descriptivos en los cuales se encuentra derramado en verdad y belleza nuestro paisaje americano, son muy pocos. Hay dos grandes nombres que se repiten aquí página tras página por esta razón: el magnífico Chocano y el sutil Lugones.

Otra forma de patriotismo que nos falta cultivar es esta de ir pintando con filial ternura, sierra a sierra y río a río, la tierra de milagro sobre la cual caminamos.

Nuestra poesía descriptiva es casi siempre bélica y grandilocuente; nuestra prosa descriptiva no es siempre artística. Vendrán también los poetas que, como Paul Fort, digan desde los barrios humildes de nuestras ciudades hasta el color radioso de nuestros frutos. Hoy por hoy, sólo en Chocano ha sido alabada la América con su piña y su maíz, sus maderas y sus metales. En él está el trópico, listado como el tigre, colores espléndidos, y su ojo es el que mejor ha recogido nuestro paisaje heroico.

He procurado que el libro, en general, lleve muchas firmas hispanoamericanas. No están todas las valiosas, sin embargo, porque no se trata de una antología. La

Índole hispanoamericanista de mis Lecturas no es cosa sugerida a última hora por el hecho de servir a un gobierno de estos países. Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha alcanzado mi corazón con su doctrina. Ridiculizada ésta, deformada por sarcasmos en muchas partes, no siendo todavía conciencia nacional en ningún país nuestro, yo lo amo así, como anhelo de unos pocos y desdén u olvido de los otros.

V. Índole de las lecturas

Tres cualidades he buscado en los trozos elegidos: primero, intención moral y a veces social; segundo, belleza; tercero, amenidad. En aquellos que son fragmentos se procuró que tuvieran cierta síntesis del asunto.

Sin intención moral, con las lecturas escolares los maestros formamos sólo retóricos y *dilettantis*; creamos socios para las academias y los ateneos, pero no formamos lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante al verificarse con la acción: se vuelva servicio.

Respecto de lo segundo, la belleza de los trozos, pienso que revela desprecio hacia las jóvenes la calidad inferior en la lectura que suele ofrecérseles. Se estima que basta con darles doctrina aunque ésta lleve un ropaje tan lamentable que le cree el desamor.

Caemos así en ciertos extremos de utilitarismo a que han llegado algunos manuales sajones, llenos de espesas arengas para la acción y narraciones que de sencillas pasan a simples. Olvidamos al primer maestro de nuestra América, al noble

José Enrique Rodó, que nos pedía “apacentar con la gracia” las almas que son eso: “a gracia”. Tendencias prácticas empiezan a dirigir la enseñanza en nuestro Continente. Estoy con ellas en todo lo que tienen de salvadora sensatez para nuestra vida económica. Mas suelen exagerarse esas tendencias en forma dañina; van hacia un torpe desprecio de los altos valores espirituales de la escuela.

El maestro verdadero tendrá siempre algo de artista; no podemos aceptar esa especie de “jefe de faena” o de “capataz de hacienda” en que algunos quieren convertir al conductor de los espíritus.

En cuanto a lo tercero, a la amenidad, creo que ya hay demasiado hastío en la pedagogía seca, fría y muerta que es la nuestra.

Tal vez esta falta de alegría que todos advierten en nuestra raza venga en parte de la escuela-madrastra que hemos tenido muchos años. El niño llega con gozo a nuestras manos; pero las lecciones sin espíritu y sin frescura que casi siempre recibe van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de desamor hacia el estudio, lo que viene a ser lógico. Hacemos de éste lo que algunos hacen de la libertad: una Gorgona en vez de un dios afable.

Hombres sin agilidad de espíritu, sin imaginación para colorear un relato y sin esa alegría que se hace en el individuo por la riqueza y la armonía de las facultades, han sido generalmente nuestros maestros.

Muchos trozos de índole moral he encontrado en mis lecturas que no he querido aprovechar para este libro, a pesar de la firma ilustre. La enseñanza no era dada con amenidad, con esa fluidez feliz con que enseña Tagore, ni con esa ternura traspasada de encanto que tiene la prosa de Carlos Luis Philippe. La odiosa sequedad

de muchos moralistas defrauda su deseo de mejorar el mundo... La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta.

VI. Gratitud

Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por algún tiempo a un gobierno extranjero que se ha hecho respetable en el Continente por una labor constructiva de educación tan enorme, que sólo tiene paralelo digno en la del gran Sarmiento. No doy a las comisiones oficiales el valor sino por la mano que las otorga, y he trabajado con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, y, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como el pensador de la raza que ha sido capaz de una acción cívica tan valiosa como su pensamiento filosófico. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del Licenciado señor Vasconcelos el don de una escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida.

México, 31 de julio de 1923



LA IMAGEN DE CRISTO EN LA ESCUELA

Una maestra de la provincia de México ha querido preguntarme qué pienso yo respecto de la imagen de Cristo en la escuela católica. Yo le he contestado más o menos:

La escuela privada es casi siempre una escuela doctrinaria: un grupo de hombres que quieren divulgar un credo, religioso o político, sacrifica dinero en esta empresa, ganando la aquiescencia del Estado con el servicio que presta a la difusión gratuita de la cultura. El Estado le permite existir; ella le ayuda a educar las masas. En Chile esta colaboración de los particulares es profunda: no menos de una cuarta parte de la población escolar recibe educación en esas escuelas, generalmente católicas. Por muy rico que sea un Estado, en la rama de la educación popular, en la que toda generosidad y todo esfuerzo no son nunca exceso, debería aceptarse siempre esta colaboración. La acepta hasta la Francia, ruidosamente laica.

La libertad de enseñanza debería ser, en el lote de libertades, defendida apasionadamente por cada hombre que es verdaderamente un liberal: cuando se niega derecho a una sociedad radical para mantener una escuela, como cuando se lo niega a una institución católica, debería levantarse la misma protesta, porque las corporaciones más extremas existen sobre un cimiento delicadísimo: el de la tolerancia; cuando éste se debilita, el oído fino escucha la crujidura del suelo entero.

En cualquier capital europea, recorriendo a veces una sola calle, se hace palpable esta confraternidad de la enseñanza privada: cinco escuelas oficiales, dos



Gabriela Mistral junto a Barack Canut de Bon, uno de los promotores de la fe evangélica en Chile. Fotografía tomada en Coquimbito, Los Andes, 1916.



católicas, dos socialistas –de las cuales una suele ser comunista–, una protestante, o judía, o mahometana. Están protegidas por una misma égida, la misma atmósfera les da salud. La sensatez, el simple sentido común, las vuelve solidarias en derecho, aún cuando sean enemigas por la entraña de la doctrina.

El Estado se ha reservado en todos los tiempos su derecho de vigilancia sobre la enseñanza como sobre una actividad que se cumple en su dominio; no concederá derecho a vivir a la escuela que corrompa a la juventud y a veces lo niega también a la escuela que ataca su organización. Afortunadamente, ninguno de esos casos corresponde a la escuela católica; ella es una vieja sustentadora de juventudes; ella las ha formado en todos los tiempos, leales, vigorosas y sanas, y, cuando alega su derecho a educar, lo hace respaldada sobre siglos de experiencia. Como una maestra ilustre que ha hecho ciencia en grande, literatura en grande, cultura en grande.

Pero, pregunta mi compañera de la provincia de México, ¿la escuela católica tiene derecho a poner los estudios bajo la dirección de un concepto católico?

Yo creo que sí, recordando las escuelas de índole socialista que he visto en diversos lugares; es decir, yo miro lo que recibe el otro para que eso mismo se le dé a mi credo, guardándome bien de solicitar privilegios para mí. Ha pasado el tiempo en que la Iglesia era la hija mayor del Estado, en el sentido de predilección; hoy nos hemos de conformar con que el Estado nos rija bajo la misma norma que a las otras instituciones; pero no con un gesto menos cordial.

La notable Escuela Superior Obrera, de Bélgica, de la cual yo me he ocupado largamente, institución dirigida por el Partido Socialista, se ha hecho un plan de estudios entero a la luz de su credo. No se limita a dar doctrina económica

socialista en el ramo de sociología: enseña la Historia con un sentido social, mira hacia la vida de los pueblos con un ojo social y hasta divulga la literatura bajo un pensamiento social. Algunos dirán que esta falta absoluta de desinterés para el juicio, esta teñidura del conocimiento por la pasión doctrinaria, deforma la cultura y la rebaja. Puede ser. La escuela oficial debe seguir otra norma, tendiendo sobre el mundo una mirada efectivamente libre. Pero la escuela particular, sostenida para la guarda y la difusión de una doctrina, costeadada desde sus bancos hasta el sueldo de sus maestros por hombres doctrinarios, tiene derecho a vivir conforme a su credo.

La escuela católica, como la socialista, educa según su historia, según su sociología y su literatura. Cristo, para algunos, trajo al mundo solamente un mensaje para la vida mística del hombre; según otros, de ese mensaje místico se desprenden claramente las normas para la vida de la familia y de la nación. Su servidora cree, con éstos, que la doctrina cristiana es a la vez individual y colectiva.

Desgraciadamente, la enseñanza de la religión, en muchas escuelas, se limita al aprendizaje mecánico del catecismo, a una teología elemental sin sangre, casi deshumanizada, a veces a un recitado escueto de las escenas bíblicas, que no son vivificadas por medio de la comparación con nuestra época, que no son conectadas con los hechos actuales. De esta manera la escuela viene a dar historia bíblica y catecismo, pero no enseña religión; la religión es la cosa más viva que pueda imaginarse, es la hora y la acción que ejecutamos dentro de esta hora y por medio de la cual damos prueba de que la doctrina está situada en el medio de nuestro corazón, regándonos como una sangre.

Yo no doy a usted una opinión sobre México en este aspecto, yo no oí allá una clase religiosa; le digo observaciones de mi vida escolar. Tuve como jefes de escuela secundaria (en país donde el Estado estaba unido con la Iglesia) algunos



Alumnos, profesores y directorio de la Escuela Hogar de la Sociedad Protectora de Menores de Linares. 1937.

profesores de religión que eran sacerdotes y cuya clase era admirable como aplicación ceñida al momento humano; pero también vi profesores para los cuales la clase era algo así como una academia en que se examinaban las virtudes y no se daba el ímpetu de la virtud, en que se dejaba el Sermón de la Montaña aislado, y no se le ponía a proyectar su resplandor sobre el problema social.

Alguno dirá, seguramente, que con la forma de enseñanza que yo deseo, hay peligro de que la clase se vuelva política; habría que contestar que si la política constituye la dirección de la vida colectiva, eso es de índole religiosa también y debe ser tratado en la escuela. La escuela debe estar plantada en el medio de la vida, como un árbol recogiendo el ambiente con poros vivos.

Más peligro que el de juzgar en una clase el acontecimiento social del día, me parece el de callarse respecto de él, ya sea por desorientación, ya por una malicia cobarde que comprende, pero que no quiere comprometerse, cosa que el niño observa bien y que lo hace despreciar a su maestro tarde o temprano. La escuela católica belga, la más noble que yo conozca, sigue la cuestión social con una fidelidad de tacto y da a sus alumnos la norma cristiana para resolverla.

La doctrina social de la escuela cristiana tiene que ser democrática, porque el Evangelio está lleno de la pasión del pobre (valga la expresión), cargado de una caridad que va mucho más lejos, mucho más, que la llamada justicia de nuestros códigos de trabajo. En libro alguno se estampó ley más efusivamente popular que en el Evangelio y los pobres no han recibido nunca exaltación más absoluta que las que les dio Nuestro Señor.

Yo estimo que la misión urgente que corresponde a la escuela católica en esta hora, es la unión de las clases sociales. Ha solido dividir las con la tendencia

aristocrática que ha adoptado a veces, educando aparte al hijo del obrero del hijo del empleado, o al hijo del empleado del hijo del rico. Error muy lamentable, pero del cual ya los católicos están de vuelta en los Estados Unidos, de vuelta en Suiza y en Alemania. En nuestra América también se hará la rectificación.

Pero cuando en la América se anotan errores o defectos de tal o cual grupo católico, suele caerse en la ligereza de escribir Iglesia donde debe decirse un nombre de caudillo o uno de corporación. Es un vicio regionalista ese de atribuir un sistema a la institución que muestra en muchas partes ejemplos contrarios que la salvan.

Era necesario este preámbulo para llegar a la pregunta esencial de la maestra mexicana.

Si hay el pleno, el absoluto derecho a enseñar bajo la norma católica, el mismo derecho existe a que una imagen de Jesús domine una sala de clase. La escuela socialista a que he aludido como a un tipo, está decorada por numerosos retratos y bustos de amigos laicos del pueblo, desde Marx y Bebel hasta Luisa Michel. Existe la sala de clase con paredes desnudas, recomendada por algunos educadores para que la atención del niño no se disipe; existe también la tendencia a decorar, deshumanizando la decoración, con motivos florales, a veces con los mejores paisajes del país, y la otra antigua de decorar con los retratos de los héroes. Si en una escuela, de hora en hora, se están formando las almas nuevas bajo la sombra de Jesús, ¿por qué se ha de caer en la ingenuidad de eliminar una imagen estando presente la doctrina? Sobra el alegato para defender la presencia simbólica de Cristo en una sala de escuela cristiana.

Pero yo quiero decir el derecho de Jesús a estar también en la escuela laica. En los muros llenos de libertadores, de descubridores y sabios, ¿no habrá

ningún sitio para Él? Él fue un libertador; arrancó a los pueblos antiguos de la bajeza y de la crueldad del culto cruento. Él fue un descubridor: sacó a la luz continentes espirituales enteros; dice el crítico ateo que añadió a las mejores filosofías antiguas cosas nobles y desconocidas hasta entonces. Él reveló la única ciencia que se vuelve dicha: la del amor que hace la concordia entre los hombres. Él aplastó en el Imperio Romano el lujo insolente y el vicio que empaña las limpias facultades humanas; Él aplastó la tiranía imperial que impedía al cristiano amar a un Dios elevado y que lo forzaba al amor de dioses grotescos o inmundos. Destruyó muchas cosas más, pero esas bastan. Y hasta dejó el Muy Perfecto una literatura nueva en sus parábolas y en el Sermón de la Montaña. Circula por ellos una leche jamás saboreada de hermosura superior, y no es posible encontrar en la literatura romana ni una sola página a la altura de la palabra suya recogida de su boca por los San Marcos y los San Mateo.

La escuela laica honra a los hombres parciales que, o libertaron o descubrieron; no quiere honrar a Éste que, con manera divina, hizo todas las faenas humanas.

La escuela pone una aureola admirativa sobre una multitud de violentos cuya faena fue matar y poner servidumbre (a veces ilustres servidumbres) entre los hombres. Se fatiga la mente de los niños con recitados inacabables de esa larga carrera del delito que es la mitad de la Historia, según Wells, iy para el tipo de Excelencia que fue pura carne de sacrificio, pobre corazón ofrecido que no conoció otro gesto que el de darse, la escuela laica no tiene nada!

Si desde otro planeta viniese un ángel y volviera a hablar a los suyos de la Tierra, no sabría ponderarles lo bastante el absurdo de un mundo donde el nombre del Mejor se calla. Diría tal vez: “Aquellos tuvieron uno al que no han superado,

que no vivió para sí una hora, ni vivió una gula, ni un odio, ni un solo poder terreno y porque no son capaces de realizarlo, han impuesto el silencio sobre él”. Los habitantes de ese planeta no comprenderían, no podrían comprender...

Se alegrará que el silencio no existe, puesto que se le alaba en los templos y en los hogares; pero el único lugar en que se honra verdaderamente es la escuela, porque es el solo recinto superior de este mundo. Cuando a un héroe se le da la boca de un niño para la alabanza, se le ha dado la mejor primicia de aquí abajo.

El templo es el lugar de la penitencia; allá se va para pedir perdón de nuestras miserias y recobrar la gracia; el hogar es también una cosa elevada; sin embargo, constituye una creación menos pura que la escuela. Ésta sigue teniendo el primer magisterio y el manejo más apasionado de las almas.

Ahora bien: si la escuela se ha vuelto el lugar donde sólo se enseña un oficio y se da al niño nada más que estrategia para no ser aplastado, esa escuela se habría voluntariamente envilecido y cambiado, como Esaú, su lote santo por uno inferior.

Me ha dicho un amigo, que es creyente, a propósito de Cristo en la escuela: “Yo prefiero no verlo allí a verlo mezclado con los sucios seres humanos. Tampoco quiero que su imagen sea puesta como signo de batalla y que despierte odio en el niño que la mira”.

¿Despertar odio la imagen de Cristo?... ¿Por qué? ¿Por qué tal político católico y tal sociedad religiosa han cometido una violencia? Eso es tan lógico como odiar la plata porque con ella también se han hecho puñales...

En la sala de clases, rigiendo con su mansa mirada la lección del maestro y la inteligencia del niño, esa figura no puede decir sino: “Yo me negué a mí mismo, y el maestro debe negarse a mi semejanza; yo exalté el amor que ayuda al conocimiento; yo traje a los hombres la noticia de que pueden ser perfectos, porque su Padre es perfecto”.

Yo no soy partidaria de que en la sala de clases se coloquen imágenes dolorosas de Jesús. Cuando tuve una escuela mía puse siempre delante de las niñas láminas en que la figura de Cristo era serena: o el Jesús rodeado de los niños, que dijo la frase eterna, o el Jesús glorioso que ha vencido a la muerte. Fue a mi sala de trabajo adonde llevé al Cristo con sangre, el Cristo de la propia inmolación, que conforta al maestro con su agonía.

Cada pueblo sigue honrando a sus criaturas superiores; día a día anota, para todos los tiempos, a aquellos que le trajeron algún bien. Ellos no pueden desentenderse de Jesús, a menos de estar insensatos. Esta misión de honrar perennemente un pueblo la delega en su escuela.

A propósito de la imagen de Cristo en un recinto laico, yo recordaré también, insistiendo en la Bélgica ejemplar, la fuerte impresión que recibí al visitar la gran Casa del Pueblo de Bruselas. Entré en la sala de reuniones: una enorme cabeza de Cristo, una cabeza de cuatro metros de altura, la presidía; no era un Jesús adaptado al sitio, ni un *leader*, ni un obrero hermoso y voluntariamente desfigurado para servir de tema a una arenga. La cabeza tenía una expresión verdaderamente sobrenatural, la frente era divina. Aquella gente, al revés de las de Rusia, reconocen lo que deben a Cristo; piensan que el cristianismo, por lo menos, creó en el mundo una atmósfera de alta piedad hacia los pobres y que sólo con los materiales de piedad, de concordia y de igualdad humanas, que él ha aportado, los reformadores de hoy han podido

levantar nuevas creaciones sociales. ¿Quién es el Tolstoi de los locales obreros, sino el trasvasador del cristianismo, la segunda fuente que dice el manantial que lo sustentaba?

Hasta tal punto la idea de perfección está unida a Cristo, que cualquiera acción virtuosa que se abre en la luz debe ser fatalmente comparada con tal o cual episodio suyo; Él viene a constituir de tal manera la medida para todas las cosas superiores. Hacer el silencio en torno de su nombre en la escuela y mencionar los acontecimientos de la Historia que lo tocan es un absurdo, es algo parecido a tratar en química el agua, callando en geografía los mares.

Quiero decirle algo también sobre enseñanza religiosa.

Una vez una alumna mía, niña de religión hebrea y de extraordinaria inteligencia, iba a pedirme, acogiéndose a nuestra libertad escolar, su retiro de la clase de religión. Le concedí, naturalmente, el que en esa hora ella pasara a otra clase, pero le dije en seguida: “Usted es judía y vive en un país católico. Usted necesita conocer la sensibilidad de esta raza, para comprendernos en bien o en mal. La religión forma, en buena parte, esa sensibilidad. Usted se encontrará con el cristianismo en cada obra de arte, en la mayoría de los libros, hasta en las canciones: cuando usted viaje, también lo hallará en cuanto documento de cultura europea conozca. No basta la relación que del catolicismo le han hecho sus padres; es bueno que lo conozca usted en detalle. Yo le aconsejo que se quede durante un mes en la clase de religión. Usted sigue por pasión de conocimiento asignaturas que no ama, porque ellas forman parte de la cultura general. Haga, sencillamente, eso con el cristianismo”.

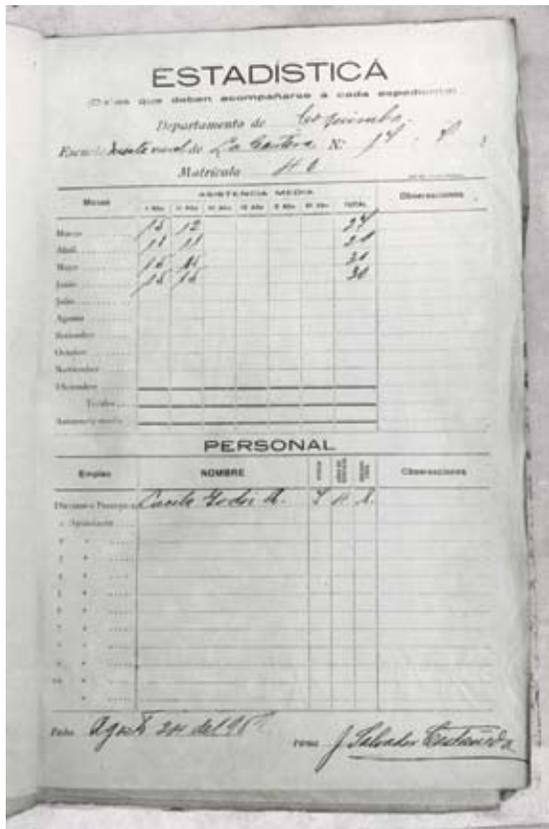
Se quedó, no un mes, todo el año; no se convirtió, por cierto, ni yo, que conozco al judío, esperaba eso; pero yo sé que esa hora de clase estaba para ella llena de una vivificante confrontación y se le había vuelto la más rica de todas. Aceptó estudiar el cristianismo, padre de diez razas, con no menos atención ardiente de la que ponía en las familias vegetales, por ejemplo...

Yo recuerdo ese caso cada vez que veo gentes que desdeñan una fe y que no la conocen.

No le he dado, compañera, ninguna razón sobrenatural respecto de la religión en la escuela: solamente he revisado la cuestión bajo el puro concepto de la libertad. Para usted, como para mí, Cristo no es un héroe ni un santo: es el Hijo de Dios. Sin embargo, no podemos hablar con nuestro lenguaje a los indiferentes y para ellos es necesario que juntemos, con una paciencia llena de pesadumbre, las razones que pertenecen a su orden.

París, septiembre de 1926





Estadística correspondiente a la Escuela Mixta Rural N°17 de La Cantera, donde se consigna la firma de la preceptora Lucila Godoy. 24 de agosto de 1909.

EL OFICIO LATERAL

En varias partes algunas gentes me han preguntado sobre mi vida y mi reparto en dos oficios que no son nada.

Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la Directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás...

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen una adolescente para enseñar en su escuela. Pero el pueblecito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la naturaleza me ha acompañado, valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio... Una paganía congenital vivo desde siempre con los árboles, especie de trato viviente y fraterno: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses.

Un viejo periodista dio un día conmigo y yo di con él. Se llamaba don Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una biblioteca, grande y



Reunión de profesores de Matemática y Física en la Quinta Tobalaba.
18 de diciembre de 1933.

óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vespéral y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más.

Leía yo en mi aldea de la Compañía como todos los de mi generación leyeron “a troche y moche”, a tontas y a locas, sin idea alguna de jerarquía. El bondadoso hombre Ossandon me prestaba a manos llenas libros que me sobrepasaban: casi todo su Flammarion, que yo entendería a tercias o a cuartas, y varias biografías formativas y encendedoras. Parece que mi libro mayor de entonces haya sido un Montaigne, donde me hallé por primera vez delante de Roma y de Francia. Me fascinó para siempre el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman “conversacional”. ¡Qué lujo, fue, en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordelés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucedidos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre! (Veinte años más tarde ya llegaría a Bordeaux y me había de detener en su sepultura a mascullarle más o menos esta acción de gracias: “Gracias, maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre”).

A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre las lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi *único* entrenador pudiesen nombrar también a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon en mis estantitos.



Mucho más tarde llegaría a mí el Rubén Darío, ídolo de mi generación, y poco después vendrían las mieles de vuestro Amado Nervo y la riqueza de Lugones que casi pesaba en la falda.

Poca cosa era todo esto, siendo lo peor la barbarie de una lectura sin organización alguna. ¡Pena de ojos gastados en periódicos, revistas y folletines sin hueso ni médula! ¡Pobrecilla generación mía, viviendo, en cuanto a provinciana, una soledad como para aullar, huérfana de todo valimiento, sin mentor y además sin buenas bibliotecas públicas! Ignoraba yo por aquellos años lo que llaman los franceses el *métier de côté*, o sea, el oficio lateral; pero un buen día él saltó de mí misma, pues me puse a escribir prosa mala, y hasta pésima, saltando, casi en seguida, desde ella a la poesía, quien, por la sangre paterna, no era jugo ajeno a mi cuerpo.

Lo mismo pudo ocurrir, en esta emergencia de crear cualquiera cosa, el escoger la escultura, gran señora que me había llamado en la infancia, o saltar a la botánica, de la cual me había de enamorar más tarde. Pero faltaron para estos ramos maestros y museos.

En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida. Lo único importante y feliz en aldea costera sería el que, al regresar de mi escuela, yo me ponía a vivir acompañada por la imaginación de los poetas y de los contadores, fuesen ellos sabios o vanos, provechosos o inútiles.

Mi madre, mientras tanto, visitaba la vecindad haciéndose querer y afirmándose así el empleo por casi dos años. Yo lo habría perdido en razón de mi lengua “comida” y de mi hurañez de castor que corría entre dos cuevas: la sala de clase, sin piso y apenas techada, y mi cuartito de leer y dormir, tan desnudo como



Petronila Alcayaga,
madre de Gabriela
Mistral.



ella. La memoria no me destila otro rocío consolador por aquellos años que el de los mocetones de la escuela, los que bien me quisieron, dándome cierta defensa contra la voz tronada de la Jefe y su gran desdén de mujer bien vestida hacia su ayudante de blusa fea y zapatos gordos. Yo había de tener tres escuelas rurales más y una “pasada” por cierto Liceo serenense. A los veinte años ingresé en la enseñanza secundaria de mi patria y rematé la carrera como directora de liceo. A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad, otras por indolencia propia.

Una especie de fatalidad pesa sobre maestros y profesores; pero aquí la palabra no se refiere al “Hado” de los griegos, es decir, a una voluntad de los dioses respecto de hombre “señalado”, sino que apunta a torpezas y a cegueras de la clase burguesa y de la masa popular.

La burguesía se preocupa poco o nada de los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez. Nuestro mundo moderno sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder, y el pobre maestro carece y carecerá siempre de esas grandes y sordas potencias.

Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su Escuela Nacional siendo mozos alegres y que salgan de ella bastante bien aviados para el oficio y también ardidados de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gozo se lo quebrará la vida en aldeas paupérrimas adonde inicie la carrera, y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico, que es de los más resecaadores, le irá menguando a la vez la frescura de la mente y la llama del fervor. El sueldo magro, que está por debajo del salario obrero, las cargas de familia, el no darse casi nunca la fiesta de la música o el teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corriente en nuestra raza, y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales,

todo esto y mucho más irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre.

El ejercicio pedagógico, ya desde el sexto año, comienza a ser trabajado por cierto tedio que arranca de la monotonía que es su demonio y al cual llamamos vulgarmente “repetición”. Se ha dicho muchas veces que el instructor es un mellizo del viejo Sísifo dantesco. Ustedes recuerdan al hombre que empujaba una roca hasta hacerla subir por un acantilado vertical. En el momento en que la peña ya iba a quedar asentada en lo alto, la tozuda se echaba a rodar y el condenado debía repetir la faena por los siglos de los siglos. Realmente la repetición hasta lo infinito vale, si no por el infierno, por un purgatorio. Y cuando eso dura veinte años, la operación didáctica ya es cumplida dentro del aburrimiento y aun de la inconsciencia.

El daño del tedio se parece, en lo lento y lo sordo, a la corrosión que hace el cardenillo en la pieza de hierro, sea él un cerrojo vulgar o la bonita arca de plata labrada. El cardenillo no se ve al comienzo, sólo se hace visible cuando ya ha cubierto el metal entero.

Trabaja el tedio también como la anemia incipiente; pero lo que comienza en nonada, cunde a la sordina, aunque dejándonos vivir, y no nos damos cuenta cabal de ese vaho que va apagándonos los sentidos y destiñándonos a la vez el paisaje exterior y la vida interna. Los colores de la naturaleza y los de nuestra propia existencia se empañan de más en más y entramos, sin darnos mucha cuenta de ello, en un módulo moroso, en las reacciones flojas y en el desgano o desabrimiento. El buen vino de la juventud, que el maestro llevó a la escuela, va torciéndose hasta acabar en vinagre, porque la larga paciencia de este sufridor ya ha virado hacia el desaliento. Guay con estos síntomas cuando ya son visibles: es lo de la arena invasora que vuela invisible en el viento, alcanza la siembra, la blanquea, la cubre y al fin la mata.

Bien solo que está el desgraciado maestro en casi todo el mundo, porque este mal que cubre nuestra América del Sur casi entera, aparece también en los prósperos Estados Unidos, domina buena parte de Europa y sobra decir que infesta el Asia y el África.

Si el instructor primario es un dinámico, dará un salto vital hacia otra actividad, aventando la profesión con pena y a veces con remordimiento: la vocación madre es y fuera de su calor no se halla felicidad. Lo común, sin embargo, no es dar este salto heroico o suicida; lo corriente es quedarse, por la fuerza del hábito, viviendo en el ejercicio escolar como menester que está irremediamente atollado en el cansancio y la pesadumbre. Ellos seguirán siendo los grandes afligidos dentro del presupuesto graso de las naciones ricas y de los erarios más o menos holgados; los sueldos succulentos serán siempre absorbidos por el Ejército y la Armada, la alta magistratura y la plana mayor de la política. Afligidos dije y no plañideros, pues cada instructor parece llamarse “el Sopórtalo-todo”.

Con todo lo cual, nuestro gran desdeñado, aunque tenga la conciencia de su destino y de su eficacia, irá resbalando en lento declive o en despeño, hacia un pesimismo áspero como la ceniza mascada. Si es que no ocurre cosa peor: el que caiga en la indiferencia. Entonces ya él no reclamará lo suyo, e irá, a fuerza de renunciaciones, viviendo más y más al margen de su reino, que era la gran ciudad o el pueblecito. Con lo cual acaece que *el hombre primordial del grupo humano* acaba por arrinconarse y empiezan a apagarse en él las llamadas facultades o potencias del alma. El entusiasta se encoge y enfría; el ofendido se pone a vivir dentro de un ánimo colérico muy ajeno a su profesión de amor. Aquellas buenas gentes renunciadas por fuerza, que nacieron para ser los jefes naturales de todas las patrias, y hasta marcados a veces con el signo real de rectores de almas, van quedándose con la resobada pedagogía de la clase y eso que llamamos “la corrección de los deberes”.

Y cuando ya les sobreviene este quedarse resignados en el fondo de su almud, o sea la mera lección y el fojeo de cuadernos, esta consumación significará la muerte suya y de la escuela.

II y final

Puesto que la alegría importa a muy pocos de nuestros ciudadanos y realmente estamos solos, pavorosamente solos, para velar sobre la vida propia, cuando el tedio se ha adensado y comenzamos a trabajar como el remero de brazos caídos que bosteza con aburrimiento al mar de su amor, en este punto, ha llegado el momento de darse cuenta y echar los ojos sobre los únicos recursos que habemos y que son los del espíritu. Es preciso, cuando se llega a tal trance, salir de la zona muerta y buscar afuera de la pedagogía, pero ojalá en lugar que colinde con ella, la propia salvación y la de la escuela, a fin de que la lección cotidiana no se vuelva tan salina como la Sara de Lot.

La invención del oficio colateral trae en tal momento la salvación. Ella busca quebrar la raya demasiado geométrica de la pedagogía estática, dándole un disparadero hacia direcciones inéditas y vitales. El pobre maestro debe salvarse a sí mismo y salvar a los niños dentro de su propia salvación. Llegue pues, el oficio segundón, a la hora de la crisis, cuando el tedio ya aparece en su fea desnudez; venga cualquiera cosa nueva y fértil, y ojalá ella sea pariente de la creación, a fin de que nos saque del atolladero.

Este bien suele obtenerse a medias o en pleno del oficio lateral. La palabra “entretener” indica en otras lenguas “mantener” o “alimentar”. En verdad lo que se adopta aquí es un alimento más fresco que el oficio resabio, algo así como la sidra de manzanas bebida después de los platos pesados...

Muchos profesores: belgas, suizos, alemanes y nórdicos, aman y practican el menester colateral y el francés lo llama con el bonito nombre de *métier de cômte*. Y ellos lo buscaron desde siempre y por la higiene mental que deriva del cambio en la ocupación, y tal vez, porque algunos se dieron cuenta de cierta vocación que sofocaron en la juventud.

Los experimentadores a quienes me conocí de cerca, mostraban como huella de su experiencia más o menos estas cualidades: una bella salud corporal, en vez del aire marchito de los maestros cargados de labor unilateral, y la conversación rica de quienes viven, a turnos, dos y no un solo mundo. Yo gozaba viendo el lindo ánimo jovial de quienes se salvan del cansancio haciendo el turno salubre de seso y mano, o sea, el casorio de inteligencia y sentidos. Todos eran intelectuales dados a alguna arte o ejercicio rural: la música, la pintura, la novela y la poesía, la huerta y el jardín, la decoración y la carpintería.

Parece que la música sea el numen válido por excelencia para ser apareado con cualquier otro oficio. Ella a todos conviene y a cada uno le aligera los cuidados; de llevar túnica de aire, parece que sea la pasión connatural del género humano. La especie de consolación que ella da, sea profunda, sea ligera, alcanza a viejos y a niños y puede lo mismo sobre el culto que sobre el palurdo. Y del consolar, la música se pasa al confortar, y hasta al enardecer, como lo hace en los himnos heroicos, tan escasos, desgraciadamente, en nuestros pueblos.

Ello tiene no sé qué poder de ennoblecimiento sobre nuestra vida y por medio de cierta purificación o expurgo sordo que realiza sobre las malas pasiones.

En una de las almas que yo más le amé a Europa, en Romain Rolland, el piano cumplía el menester de oficio colateral a toda anchura. Metido en su propio

dormitorio, como si fuese hijo, el ancho instrumento hacía de compañero al maestro, tanto como la hermana ejemplar que fue Magdalena. Y tal vez a la música debió el hombre viejo la gracia de poder escribir hasta los setenta y tantos años.

El pedagogo belga Decroly tenía, por su parte, a la horticultura como el Cireneo de su dura labor de investigación sobre los anormales. En uno de los climas menos dulces de Europa, bajo la "garúa" empapadora o la neblina durable, se le veía rodeado de la banda infantil. El hombre de cuerpo nada próspero cultivaba, con primor casi femenino, sus arbolitos frutales y un jardincillo. (Él me dijo alguna vez que nos envidiaba el despejo de los cielos americanos y que no entendía el que no diésemos nuestras clases al aire libre).

Varios novelistas franceses (se trata de una raza harto terrícola) viven a gran distancia de las ciudades, repudiando la vida urbana por más de que ella parezca tan ligada a su profesión de hurgadores y divulgadores del hombre. Lo hacen por tener un acre o media hectárea de espacio verde. Y hacen bien, pues regalar a la propia casa un cuadro de hierba y flores no es niñería ni alarde, que es asegurarnos el gozo visual de lo vivo, el oreo de los sentidos y la paz inefable que mana de lo vegetal y hace de la planta "el ángel terrestre" dicho por los poetas, ángel estable, de pies hincados en el humus.

Un auge muy grande ha logrado en Europa el bueno de Tagore, a quien me hallé en Nueva York vendiendo cuadros suyos; se sabía también el descanso que da el solo pasar de la escritura larga y densa a la jugarreta de los dedos sobre la tela o el cartón. Ustedes saben que el maravilloso hombre hindú era también maestro, como que daba clases en su propia escuela, que él llamó, con recto nombre, "Morada de Paz".

Checoslovacos, nórdicos y alemanes tienen en gran aprecio a la madera labrada por las manos. Como que ellos son dueños de bosques alpinos y renanos y de las selvas anteárticas.

Muchos maestros participan en la graciosa labor llamada carpintería rústica. Casas cuyas he visto en donde no había silla, mesa ni juguete que no hubiesen salido de la artesanía familiar y todo eso no desmerecía de la manufactura industrial. Aquellos muebles toscamente naturales y pintados en los colores primarios -que vuelven después del olvido en que los tuvimos-, nada tenían de toscos, estaban asistidos de gracia y además de intimidad.

Respecto de Italia casi sobra hablar. Ella es, desde todo tiempo, la China de Europa, por la muchedumbre prodigiosa de sus oficios, por la creación constante de géneros y estilos y también porque la raza tenaz hurga incansablemente, arrancando materiales a su poca tierra y a su mar. Recordemos a María Montessori, recogedora genial de la herencia rusioniana, pero, además, brazo diseñador del mobiliario especializado de sus kindergarten. Todo él salió de su ojo preciso y de su lápiz.

A fin de no fatigarles demasiado, dejo sin decir el trabajo de la pequeña forja del hierro, que tanta boga tiene ahora en la confección de piezas decorativas para los interiores de las casas. También se me queda atrás la labor de pirograbado sobre cuero, que alcanza una categoría artística subida. Y mucho, mucho más resta por decir.

No sobra recordar aquí a la California americana, zona donde la jardinería se pasa del amor a la pasión. En ese edén creado sobre el desierto mondo, los maestros se sienten en el deber de saber tanto como los jardineros de paga sobre el árbol y la flor, la poda y los injertos, los abonos y el riego. Horticultura y floricultura



Profesores y profesoras del curso de Artes Decorativas dictado por la profesora Rebeca Lafuentes. Santiago, 1930.

son allí dos oficios de todas las edades y suelen aparecerse a la casa hasta los niños a ofrecerme servicios que suelen resultar bien válidos.

Nosotros, la gente del Sur, hemos de llegar a la misma pasión, cumpliéndose sobre terrenos muy superiores al subsuelo paupérrimo de California. Siempre se dijo que la profesión humana por excelencia, en cuanto a primogénita, es el cultivo del suelo, sea él óptimo, amable o rudo.

Les confieso que yo, ayuna para mi mal de la música e hija torcida de mi madre bordadora, a la cual no supe seguir, me tengo como único oficio lateral el jardineo y les cuento que dos horas de riego y barrido de hojas secas me dejan en condiciones de escribir durante tres más; sol e intemperie libran de ruina a los viejos: el descanso al aire libre es mejor que el de la mano sobre la mano.

El trabajo manual, todos lo sabemos, sea porque suele cumplirse a pleno aire, sea porque la fatiga de los músculos resulta menos mala que el agobio del cerebro, puede salvar en nosotros, junto con la salud, la índole jocunda, el natural alegre. Manejada con tino, y más como distracción que como faena, la labor manual se vuelve el mejor camarada y un amigo eterno. Añádase a esto aún el hecho de que su experiencia nos hace entender la vida de la clase obrera. El tajo absoluto que divide, para desgracia nuestra, a burgueses y trabajadores, viene en gran parte de la ignorancia en que vivimos sobre la rudeza que hay en el trabajo minero, en la pesquería, en ciertas industrias que son mortíferas y también en la agricultura tropical. Quien no haya probado alguna vez en su carne la encorvadura del rompedor de piedras o la barquita pescadora que cae y levanta entre la maroma de dos oleajes, y quien no haya cortado tampoco la caña en tierras empantanadas, ni haya descargado fardos en los malecones, no podrá nunca entender a los hombres toscos



Alumnos en clase de Trabajos
Manuales. Escuela N° 12.
1944.

de cara malagestada y alma ácida que salen de esas bregas. Y estos hombres suelen ser los padres de aquellos niños duros de ganar y conllevar que se sientan en nuestras escuelas.

Aunque parezca que el oficio segundón es siempre mero recreo, él suele tomar un viraje utilitario. Vi en Europa que maestros jubilados con pensiones irrisorias, que ya no les valen, a causa de la desvalorización de la moneda, se han puesto a mercar con la artesanía aprendida como mero deporte. Así viven ellos hoy, y van sacando a flote su pan, de modo que el menester colateral fue promovido a oficio único y da de comer, y paga al viejo médico y medicinas.

Algunos de ustedes se van a decir ahora: “¿Y por qué a Gabriela le importa tanto defenderse del tedio y quiere poner solaz a una profesión cuya índole siempre será dura y producirá agobio?”

Yo les respondo que la felicidad, o a lo menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento.

1949



LA VOZ DE LA MAESTRA

IMAGEN Y PALABRA EN EDUCACIÓN



... Seguramente el tema que voy a tratar ha preocupado a varios de muchos profesores que trabajan con pasión y provecho sobre estas dos entidades que han ganado en menos de diez años un interés vivísimo dentro del gremio de profesores.

Al hogar de la Palabra, que llamamos Escuela o Colegio, ha llegado un competidor formidable: la Imagen.

Ignoro lo que ocurre en Estados Unidos, pero sé que en los países europeos, sobre todo en aquellos que viven siempre atentos a las reformas y sobre todo a las grandes invenciones, la cuestión del cine educativo, lo mismo que la recién nacida televisión, va y viene en ensayos y en críticas laudatorias o despectivas y hasta iracundas.

Yo dejé la enseñanza hace muchos años, pero como el oficio pedagógico es una vocación vertical y no un mero asunto de cargos y sueldos, nunca cesé de perseguir en los escaparates de librerías los libros nuevos y novedosos de mi antiguo oficio.

Creo que el cine es el acontecimiento de mayor bulto que ha venido a llamar a las puertas de las escuelas, colegios y universidades, pero sé también que la alarma del magisterio sigue creciendo por causa de que el cine y la recién nacida

¹⁴Fragmento del texto original.

televisión no han vivido aún en anchura de tiempo, de lugares, de crítica, y sobre todo carecen del material pedagógico indispensable, que no es todavía ni suficiente ni cualitativo. El material para dar la enseñanza visual crece demasiado lentamente y es además caro y escaso. Pero cada invento nace así, como nacemos nosotros mismos: pequeñitos, torpes y desmañados. No hay que desalentarse; tampoco hay que pedir a los recién nacidos demasiado. Lo que está dando ya la enseñanza visual es admirable para los adultos y toda una fiesta para los escolares que disfrutaban cada día de las maestras mayúsculas que se llaman Imagen, Color, Relato oído, y Visión gozada.

¡Con qué alegría yo vi y oí la primera clase hecha a base de cuatro anchas imágenes!: se trataba del invierno y del estío en África, Asia, Europa nórdica y el Trópico sudamericano. Se daban los tipos de deportes en esos lugares y la vida de los Continentes bajo las estaciones extremosas. Ninguna clase escolar de tipo verbalista habría podido dar a los muchachos, ni aun por el profesor más ilustre, el caliente interés de aquella cinta viva, coloreada por la vida misma y asistida en su relato de movimiento, de expresividad, de color y calor, de arte, belleza y verdad.

Hace muchos años tuve ocasión de celebrar y ver esta bonita experiencia: las llamadas “escuelas al aire libre”. Funcionaban por gracia de familias ricas en patios y huertas de las haciendas, con subida asistencia de alumnos. Era cosa ejemplar el llamado constante de las radios urbanas convocando desde las grandes casas patronales de las haciendas a asistir a esas “escuela ambulantes”. Ellas eran fáciles de confeccionar. Había una mesita, una radio y un maestro rural de tipo apostólico, que renunciando a su descanso nocturno doblaba las clases diurnas con las nocturnas y esto con paga o sin ella. Yo llamaba esto la “escuela sin horas y sin techos”. Guardo el recuerdo de esas y de otras invenciones geniales del



Gabinete de Historia y Geografía.
Liceo de Hombres de Valdivia.

gran reformador José Vasconcelos, quien alfabetizó con la ayuda de los maestros misioneros, del cine y de la radio a millares de campesinos.

El ambiente que se creaba en las escuelas primarias ambulantes en ese conjunto de alumnos cuya edad iba desde los seis años a los sesenta, me parecía precioso, incluso porque iba creando fraternidad entre la clase media y los campesinos, todos ellos indígenas. Allí tuve yo la alegría de aprender que ha sido una vieja y malhadada superstición aquello de que el indio americano padece de una incapacidad intelectual irredimible. Más aún, allí gocé de observar el genio que tiene el indio para el dibujo, la pintura y la escultura. Vi sobre todo la sed de leer, de escribir, recitar, danzar y cantar, que posee el pueblo indígena. La alfabetización iba de mes en mes liquidando centenares de analfabetos. Esas escuelas nocturnas llamadas por su creador “misioneras”, parecían realmente un asunto tan civil como religioso: eran también el desagravio a una raza entera, la indígena, y eran además una escuela de civilidad. El analfabetismo retrocedía a ojos vistas de zona a zona rural: un segundo México nacía.

Desde mis años de maestra hasta hoy, siempre tuve a la imagen como entidad superiorísima sobre la palabra, pero nunca tuve la suerte de obtener para mi escuela primaria ni para mis liceos una provisión grande y cualitativa de grabados ni de meras fotografías, con las cuales convencer a algunas maestras y profesoras que eran testarudas, no por mala voluntad, sino por una preferencia exagerada de la palabra. Desdeñaban la imagen atribuyéndole sólo una cualidad de mero entretenimiento. Fue para mí muy penoso no poder comprobar y convencer a mis colegas de que, en lo que se refiere a niños y a muchachos, la imagen se lleva por delante a la mejor lección oral.



Alumnos de las escuelas de Valdivia presenciando una función de biógrafo.



Solamente cuando aparecería el cine hablado, la convicción respecto del tema tan discutido ganaría la batalla, pero a pesar del triunfo del cine hablado, su aplicación a la enseñanza tardaría mucho.

Gran oposición tuvo el indiscutible en sus comienzos; los profesores le daban un ceño hostil, porque pensaban en que aquello llegaría a suprimirlos, cosa que no ocurrió ni ocurrirá nunca. Lo que nació fue la alianza de la Palabra con la Imagen y tal fusión benefició a ojos vistas el gran asunto de la alfabetización.

La batalla de convencer ha sido larga y se puede decir que aún se lucha por ella en varios cantos del mundo, pero tarde o temprano, y gracias al auge que ha obtenido el cine, los profesores comprenderán que el huésped cuya presencia les pareció un peligro, es realmente el mayor y el mejor de sus aliados.

Hubo un desdén muy grande de los profesores, primarios o secundarios, respecto del valor decisivo de la imagen en la enseñanza, de su utilidad y de su magia, sobre todo de las sugerencias que ella regala.

Las imágenes coloreadas cabales y hermosas son la fiesta del Kindergarten, de la Escuela primaria y de la secundaria toda. Aunque suele decirse que los grabados engolosinan demasiado a los alumnos y los vuelven desatentos a las clases, no hay tal. Lo que ve en claro cualquier observador es aquello vuelto refrán en nuestro pueblo: "No me lo cuentes ni me lo cantes: píntamelo". Son muy raros, son escasos los muchachos superimaginativos y creadores; por lo tanto, habría que excitar ese don que casi todos traemos. Pero ni aun lo que llamamos "facultades" son perdurables. Toda la primera infancia nos aparece dotada de imaginación, pero son muchos los padres y los maestros que la desdeñan torpemente y hasta la combaten. Hay más: todas las gentes que yo llamo casadas en un ciento por ciento con la lógica de tipo

aldeano, admiran devotamente las invenciones y los inventores y no saben que esos sus grandes benefactores han tenido de un lado ciencia y del otro la imaginación ancha y fija en su pasión. Por esto se ha producido en todo el mundo y en todos los tiempos el hecho de que casi cada inventor haya tenido en sus comienzos un vía crucis de crítica o de regaño paternal cotidianos, es decir, pequeño infierno doméstico. Disparate diario es en las gentes comunes el de llamar "novelero" al niño distraído, no sólo porque pida que le cuenten fábulas, sino porque también ensaye hacerlas y vivirlas. Y cuando se dice a esos tapiados que la fantasía en su niño es un bien, que inventando él se cuenta historias a sí mismo y que algunas de estas historias suelen ser también el cuerpo infantil de los descubrimientos mayores, dudan o no creen.

Todos sabemos que las facultades naturales que traemos al nacer van declinando de más en más si ellas no son alimentadas por el niño mismo ni por los maestros y la familia.

Sucede, ¡ay!, que el niño imaginativo no halla generalmente arrimadero ni comprensión, y menos elogios, de sus padres ultrasensatos o de los ignorantes. Yo he visto y oído verdaderos duelos de los padres cuando ellos se han dado cuenta de que el hijo no quiere ser abogado, ni médico, ni empleado de banco -tres profesiones que llevan a los éxitos monetarios-. Duelos he visto y oído por esta causa.

¿Quién, me digo yo, puede salvar a un adolescente de los padres que tuercen y mudan el ente casi divino que es una vocación?

Hay muchachas o mozos que viven casi día a día esta operación paterna diabólica o meramente estúpida de torcer, trocar o matar una vocación.

Yo me he detenido de paso en esta desventura casi cotidiana que todos hemos visto sin comprender o que se ha cumplido en nuestros allegados. Y esto digo porque todos los viejos profesores hemos visto de cerca esta tragedia muda, imposible de evitar, dada la posición absoluta que es la de una multitud de padres que imponen a los hijos el oficio o la profesión, lo mismo que les imponen el color de sus trajes y el estilo de sus sombreros.

La vida de los escolares suele correr en la monotonía sin apelativos de una sala de clase en la cual resuena la voz de diez o más profesores ilustres a veces y hasta amados por sus discípulos; pero ¿existe alguien que pueda gozar de una descripción larga y sin que su alegría de aprender se relaje y su pensamiento se escape huyendo al tedio?

Mucho pueden dar el buen cine y la televisión a los estudiantes normales, pero hay algo más: existe un alumnado al cual yo conozco bien y es el del estudiante libre, es decir, el autodidacta. Este es precisamente el más heroico y el más digno de ser ayudado.

El llamado cine educativo y ahora los programas de televisión no cumplen todavía en pleno, o sea a toda anchura, la misión que traen. El estudiante libre, más el que cortó sus estudios por pobreza, más el otro que en lo que se refiere a la ciencia se ha quedado ignorando las novedades de los últimos años, piden algo más de estos grandes propagadores de cultura.

Es increíble la ignorancia en que viven los pueblos rurales respecto de nuestra época. Aunque llegue a ellos el cine, lo que de él alcanza a las aldeas y hasta a las ciudades pequeñas es un material calamitoso o tonto de amoríos o de crímenes, cuando no son unas necias historias seudocómicas que sólo hacen reír a los niños de las galerías.

Ninguna época tuvo como la nuestra ocasión tan preciosa y ancha para educar a las masas haciendo llegar la cultura hasta el último reducto de una cordillera y hasta las cárceles, donde no se da a centenares de presos la ocasión de aprender un oficio, ni de leer un libro sano, ni de ver una película que les muestre las maravillas que logra el trabajo de los hombres normales y las otras mayores que alcanzan los sabios de nuestra época.

Hay más: este mundo moderno al cual creemos un ente tan activo en cuanto se refiere a la publicidad gráfica, rara vez nos ofrece, aprovechando de los grandes medios que tiene a su disposición, cuales son el cine y la televisión, la vida maravillosa de los grandes sabios y la de los demás héroes universales. En lugar de eso sigue el cine en muchos países corrompiendo a las masas con unos repertorios de filmes que divulgan crímenes famosos en una especie de antología para enseñar el delito. Hay algo que podríamos llamar la Contra-Educación o la Contra-Escuela, que es tal tipo de cine.

Cada vez que yo he hablado con dueños de cines sudamericanos sobre la calamidad de ciertos espectáculos, se excusan diciendo que las empresas productoras más el gusto popular, y no ellos, son los culpables. Yo les respondo que lo único que pide el llamado bajo pueblo es que el filme sea interesante y que lo mantenga en tensión hasta el final. Otra rama del interés popular es la visión de grandes ciudades. Otra es la vida de los oficios diversos: la vida rural o urbana de cualquier raza o cualquier ciudad mayor.

Los pueblos sudamericanos van cobrando un interés grande por Norteamérica, por Europa, por el Asia y hasta por la Oceanía.

¿Por qué los técnicos cinematográficos tienen de nosotros el concepto calamitoso de que la América del Sur se interesa como una especie de niño estúpido

en los meros filmes policíacos y en esa especie de literatura gráfica de última clase?

La América del Sur lee mucho. Ella se sabe sus clásicos y sus modernos, pero además ella tiene ahora una atención muy viva de vuestros autores de hoy: cada muchacho lector conoce a vuestros escritores vivos y no sólo a los muertos. Quiero deciros sin ganas de halagaros, sino de informaros solamente, que en nuestra juventud de hoy hay un interés vivo que no tuvo la juventud de mi tiempo hacia la vida norteamericana en todos sus aspectos. En cada Universidad, en cada Liceo, en cada periódico grande o pequeño, la noticia norteamericana hace presencia casi cotidianamente. No hay amor ni mera simpatía sin conocimiento, y éste ha comenzado y crece día por día. Algo falta que sólo pueden añadir ustedes mismos. Un conocimiento mayor de nuestra vida criolla. El viajero que pasa por cinco o diez hoteles y no procura acercarse a nadie, traerá en sus ojos sólo algún pico de montañas, algún río y algunas tarjetas postales.

Los viajes demasiado caros y demasiado rápidos que hacéis a la América del Sur no pueden dejaros algo que se parezca a una impresión y menos a un conocimiento y una vinculación. Vosotros sois demasiado rápidos para buscarnos y nosotros demasiado lentos para solicitaros.

Lo que ambos necesitamos es una convivencia, aunque ella sea breve. Nuestro pueblo dice: hay que mirarse a la cara para llegar al querer. Y el pueblo llama querer a la simpatía y al amor. Nunca hubo amor sin rostro y si nos cuentan algún amor así, es una mera fantasía o fábula lo que nos cuentan...

Desde siempre consideré la Imagen como una especie de superpalabra, que evita todo error y que convence mucho más que la mera palabra escrita o hablada.

Nuestra generación, no digamos las siguientes, está ahora viviendo bajo su poder, su triunfo y su belleza. Más aun: ella ha vencido en el cine y ahora con la televisión ha llegado a nuestras casas. En profesores y maestros hay cierta alarma respecto de esta ancha victoria de la Imagen.

Ya se leen o se escuchan unas duras voces que denuncian al cine y hasta a la televisión como los matadores del teatro y no tardará en nacer alguna institución o grupos dedicados a denunciarlos como a unos enemigos mortales.

Confieso, aún contra la opinión de sus adversarios ilustres, que en esta discusión subida a batalla, yo voy a sufragar por la imagen aunque sea con escándalo de mis colegas, los defensores de la palabra.

La mayor gracia que recibió mi país al nacer fue el de una naturaleza hermosa que corre de sur a norte mudando de rostro, pero sin perder y sólo cambiando de belleza.

¿Qué es un paisaje alpestre, cordillerano o himalayo contados y cantados en la poesía universal, junto a la imagen viva de nuestro padre el Himalaya o de los Andes sudamericanos?

Muchos han sido los contadores y nuestros ojos se han fatigado en vano por recibir realmente el don de su imagen en la gloria verdadera de su arranque y en el triunfo de su cima; pero son muchos más, son millares los que ignoran el corazón de nuestros Andes como un ente vivo que es dueño de una ley suya, de una flora y fauna absolutamente suyas.

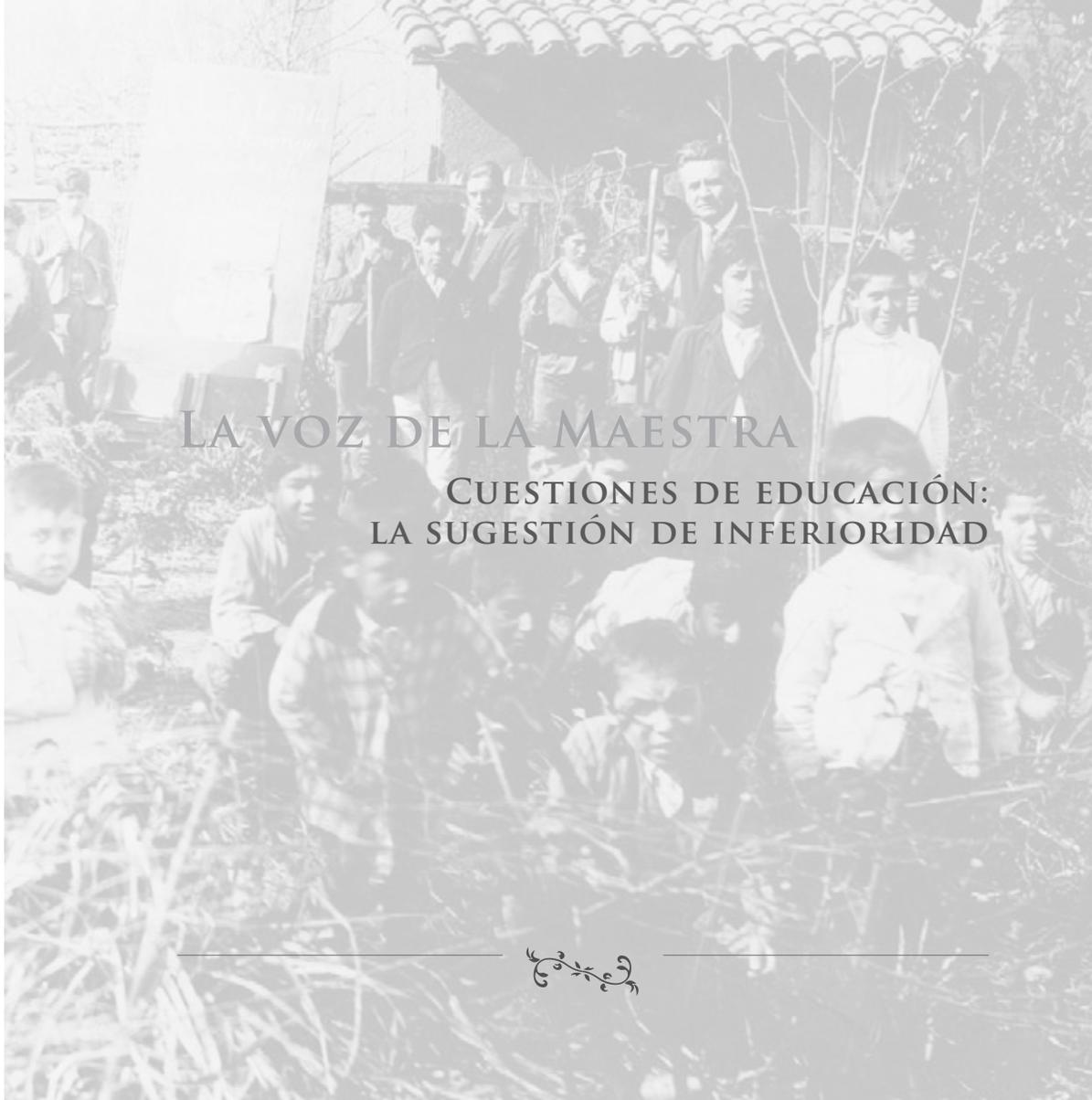
Muchos son también los chilenos que no han habido la gracia de llegar al remate de las cumbres andinas en donde señorea la cima del Aconcagua.

Arribó un buen día el cine y ahora da sus primeros pasos la televisión, y las dos naciones andinas se han dado el gozo sin apelativo de que su gigante esquivo bajase a sus ojos y les entregase su hermosura audaz y su resplandor eterno.

Grandes beneficios esperamos de estos inventos magníficos de la Ciencia moderna, especialmente para ciertas ramas educativas como la geografía, la botánica y la zoología.

Todos los grados de la enseñanza, repito, desde la infeliz escuela primaria hasta las universidades de los países pobres, pueden alcanzar la eficacia y la realización de sus finalidades con tal que llegue un día a ellas una ancha dotación de estos auxiliares magistrales: Radio, Cine y Televisión.

Julio-agosto de 1956



LA VOZ DE LA MAESTRA

CUESTIONES DE EDUCACIÓN: LA SUGESTIÓN DE INFERIORIDAD





Alumnos de la Escuela N° 14 de San Fernando, Chimbarongo. Agosto de 1928.

CUESTIONES DE EDUCACIÓN. LA SUGESTIÓN DE INFERIORIDAD

Así como las letras trazadas con una navajita en la corteza de un renuevo se convierten en indelebles cicatrices en el árbol ya crecido, asimismo las sugerencias de inferioridad grabadas en la mente del niño llegan a ser imborrables surcos en la vida del hombre.

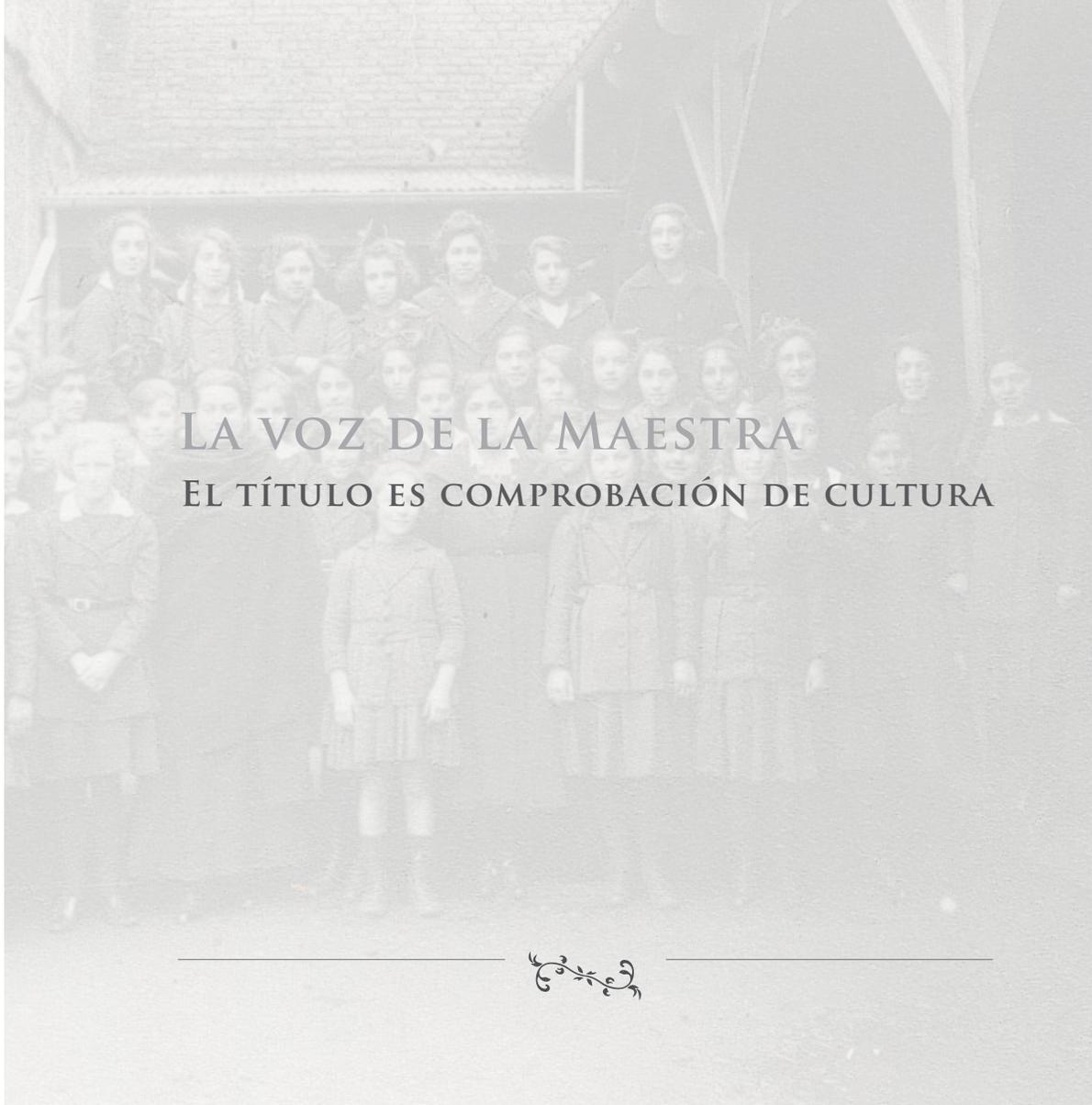
Antiguamente, la justicia humana marcaba la piel a los criminales con un hierro candente, y la misma práctica seguían los dueños con sus esclavos. Tan bárbara costumbre persistió en la América colonial, aun después de abolida la esclavitud en las metrópolis europeas, y tanto los puritanos del norte como los españoles del centro y sur del continente marcaban a los esclavos con las iniciales del dueño, al estilo de las razas bovinas, como en los paganos tiempos de Grecia y Roma.

A la actual generación le estremece de horror la idea de marcar brutalmente a seres humanos con un indeleble estigma de infamia, deshonra e inferioridad. Pero tampoco tenemos derecho a grabar en la mente de ningún ser humano la sugestión de inferioridad.

Uno de los mayores daños que se puede causar a un hombre es convencerle de que nada vale, de que no tiene a su alcance probabilidad alguna de adelanto y de que en su vida llegará a ser cosa de provecho. La sugestión de responsabilidad es responsable del malogro de muchas aspiraciones, del entorpecimiento de muchas vidas, del fracaso de mal dirigidos esfuerzos. Así como la continuada caída de la



gota horada al fin la peña, así también la persistente reiteración de un dicho acaba por convencer de él al hombre de flaca voluntad y corto entendimiento. Aunque los hechos se opongan, la constante sugestión de una idea, acaba por fijarse en la mente como estigma en brazo de esclavo o letrero en corteza de árbol, y a pesar del sugestionado, le representa la mentira como verdad.



LA VOZ DE LA MAESTRA
EL TÍTULO ES COMPROBACIÓN DE CULTURA





Gabriela Mistral junto a alumnas del
Liceo de Niñas de Temuco.
C. 1921.

EL TÍTULO ES COMPROBACIÓN DE CULTURA

Yo no tengo el título, es cierto, mi pobreza ni me permitió adquirirlo y este delito, que no es mío sino de la vida, me ha valido el que se me niegue por algunos, la sal y el agua.

Yo y otros conmigo, pensamos que un título es una comprobación de cultura. Cuando esta comprobación se ha hecho de modo irredargüible, por dieciocho años de servicio y a una labor literaria pequeña pero efectiva, se puede decir, sin que pedir sea imprudencia o abuso. Usted no conoce mi vida de maestra y yo voy a resumirla en cuatro líneas porque la sé noble de toda nobleza para que no la tome en cuenta. Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedía a ir a Magallanes, dejando atrás familia y todo, a “reorganizar” el Liceo de Punta Arenas. Un pueblo entero, desde el obrero de la federación hasta los capitalistas pueden decir en qué forma cumplí mi misión. El Liceo de Temuco se encontraba en un caos de luchas internas y desorden, cuando el Gobierno me mandó allá. He conseguido llevar a él la paz, verdad es que todas las profesoras son tituladas.

Trabajé años antes en una colección de poesías escolares (y trabajo en una de cantos) para los textos de lectura que sirven en todos los colegios. Todo esto es labor escolar, no literaria.

Me dice usted en el acápite final de su tarjeta que “no abuse de mi gloria”. No la tengo, mi distinguida compañera. Si la tuviese, no se me negaría el derecho a vivir, porque una gloria literaria es tan digna de la consideración de un país como





Profesorado del Instituto Pedagógico.
1933.



una gloria pedagógica, y los pueblos cultos saben estimarla como un valor real, y saben defender a quien la tiene, del hambre y del destierro. No la tengo; pero he contribuido mucho a que en América no se siga creyendo que somos un país exclusivamente militar y minero, sino un país con sensibilidad, en el que existe el arte. Y el haber hecho esto por mi país, creo que no me hace digna de ser excluida de la vida en una ciudad culta, después de dieciocho años de martirio en provincias...



LA VOZ DE LA MAESTRA KINDERGARTEN





Alumnos de kindergarten junto a su profesora.
Estudio Fotográfico Carlos Varela,
Santiago, 1940.

KINDERGARTEN

Una vez más agradezco a México el don sin superlativo de una casa escolar. Pero en esta ocasión no me regalan adultos sino niños y lo que me atribuyen es un grupo de pequeñitos, casi una familia. A mujer muy sola se lo dais, como una especie de arrimo espiritual y de razón de vivir. Porque no tienen derecho a durar sino aquellos que viven para algo o para alguien.

Esta aldea, llamada donosamente Fortín de las Flores, a la que gobierna, como a mis pueblos chilenos, una montaña señora y señora, el dulce y audaz monte Orizaba, puede anotarse en su haber una verdadera hazaña: su Municipio ha costeado un kindergarten, un segundo hogar para los más chiquitos, en quienes apenas si hemos reparado, tal vez a causa de su talla de vara y su aire de duendecillos.

En todas partes se multiplican las escuelas primarias, pero el Jardín de Infancia poco cunde, hasta en la Europa que creó y lanzó esta gaya invención pedagógica.

Por cortesía hacia una vieja maestra vuelta vecina de Fortín, habéis querido poner mi nombre sobre el umbral de esta casa blanca, plantada en buen cemento y buena madera de roble y coronada de tejas españolas.

Muchas gracias, señor presidente municipal: no podáis darme nada mejor ni alegrar a una enferma con dádiva más conmovedora.



Esta va a ser la casa de unos niños que crecen en zona de café, de banana, de naranja, de tabaco y de piña. He visto a las madres caminar de mañana hacia las plantaciones: llevaban un niño en los brazos y uno o dos a la siga. Caminando tras de ellas las vi recolectar dejando a la criatura al alcance de sus vistas y echando una ojeada a la rama cafetera y otra al pequeño, o acostándolo a la vera del tabacal, al amparo de una cerca; y me acordé de las *Garderies d'Enfants*, lindas casas de depósito donde los chiquillos quedan a seguro mientras los padres se ajetrean por el pan de cada día.

Este kinder va a cumplir su misión directa de institución preescolar, pero, además, ella va a hacer la guardia de los que más precisan de celo y primores. Aquí quedarán ellos, a lo largo del día; el Municipio acucioso se las arreglará para darles un casi almuerzo al mediodía. ¡Qué contentamiento el del mujerío pobre, y qué paternalidad verídica la de este consejo municipal hacia su pueblecito!

La fiesta de hoy abarca, más o menos, a cincuenta o más familias, ella desata el nudo de la aflicción mujeril que se llama *dejar al niño solo*, se allanan así un conflicto y, por añadidura, se hace felices a todos estos “chamacos”. Del acto de hoy salta una cinta de ejemplo, se enciende un fuego que provocará otros: pronto brotarán otras y otras escuelas maternas en la región. La buena acción municipal hincha el entusiasmo y empuja a crear lo que falta.

Estos gorriones y estas golondrinas van a jugar aquí a sus anchas. El rectángulo calculado para patio, jardín y huerta, es más que suficiente, se sobra, y así es como debe ser para que la empresa escolar no pare ni se agote a poco andar. Y en este corredor cabrán todos a la siesta, cuando el sol ataranta o el cielo se suelta a llover; y las salas son desahogadas y no más, porque aquí los arquitectos no han urgido ni derrochado espacio y materiales. Y el refectorio de la colación está



Niños trabajando en las Ocupaciones de Froebel: plegado. 1956.

pensado justamente para el turno de los grupos desayunadores. Esta casa se pensó y se hizo con modestia pero sin tacañería, y esto, y no lo espectacular, debe ser el estilo de las *obras republicanas*.

Celebro la carencia de pretensión y la sobriedad, señor presidente, porque me gusta más el “suficiente” que el “excesivo”, y prefiero lo exacto a lo vicioso. Pero, a pesar de la justeza, el edificio ha resultado hermoso por su proporción, su gracia y sus donosas vistas. Así construyen un kinder los pueblos sin vanidad: Suiza, Bélgica y Dinamarca. Ustedes, que tienen muchos y grandes pintores, en tiempo más, lograrán que las salas luzcan algunos frisos a todo color y movimiento que alegren los ojos de estos Juanes y estas Marías, quienes son unos grandes visuales y reciben euforia del color y la imagería. Pero si esto les falta, no importa: el paisaje, que es una danza perenne de colinas en una luz gloriosa, bien que bastará. Bastaría con el volcán trocador de luces, casi persona, que muda a cada hora su jugarreta con las nubes y trueca colores como un malabarista, y hace el hombrón pardo, y el marinero azuloso y, a la tarde, un profeta metido en llamas...

Buenas maestras: este kinder es un hijo más que les nace a Pestalozzi, Froebel y María Montessori. Hay que recordarles en esta ocasión como a padres de la obra. No levantaron ellos esta casa y no van a entrar nunca por estas puertas; pero de ellos viene la obra y vosotros seréis sus gargantas, su voz, sus manos, su ir y venir por este ámbito. Son vuestros bienhechores y una brava gente de lucha cerrada, pero en ésta no perdieron nunca. Pestalozzi fue la ternura, Froebel el amor de guardabosque hacia la naturaleza, Montessori el sentido creador y realista para “los dones”. A todo atinaron estos atentísimos: a la salud del niño, a la defensa de su gozo natural, a un entrenamiento minucioso de los sentidos, al desperezar de la fantasía, al espíritu de convivio, a un cuidado delicadísimo de las intuiciones y, sobre todo, el mantener el calor y los modos familiares. Nada tienen ellos que hacer con la

pedagogía de ceño fruncido, con la lengua empalada, con la escuela-cuartel de Hitler y tampoco con la de mero jolgorio que suelen hacer los relajadores de lo froebeliano. Fueron los tres maestros en alegría de vivir, en hacer gozar al niño la naturaleza como un fenomenal juguete divino, y Pestalozzi cuidó hasta de dar la primera leche de lo religioso, o sea el asomo de lo sacro que crea el paladar del alma para la vida espiritual.

Ustedes, kindergarterinas, son hijas de esas gentes que vivieron en la dación pura, ríos que refrescaron el desierto que era la escolaridad antigua, de yesca y arena. Fueron genios puestos a producir un encantamiento que resbala hacia la magia, y a ensanchar la fiesta que constituyen el ver y el oír, cuidando así la expresión completa del niño, que comprende el habla, la mano hacedora y el canto. Ellos devolvieron a los niños de la ciudad lo que les hemos arrebatado con el urbanismo vicioso: la flor, la fuente, los animales, las conchillas, las bayas frutales, la arcilla o la plasticina, la tiza de colores, el carbón, la madera. Y, saliéndose de la didáctica calva, rociaron de maternidad todo este aprendizaje, prolongando realmente a la madre, quien enseña a ver y tocar, nos hace pasar del balbuceo a la frase, del oír al escuchar y del pasito temblón a la marcha.

Con todo lo cual ustedes, maestras, son las únicas en las cuales se cumple de veras la vieja frase de que la maestra es una madre lateral y a veces corregida y aumentada. Esta asimilación que crea un ser doble, hecho de saber y de amor, es una pura maravilla, algo parecido a un arquetipo. Cuesta mucho, pero debe ser vuestra ambición el alcanzarlo.

Hago el voto de que seáis felices en esta casa. Al Ayuntamiento de Fortín, una gratitud calurosa por el sacrificio que hace y seguirá haciendo. Pagados estaréis, y con rebose, viendo que los niños de Fortín mudan a ojos vistas en dos años, que



Alumnas y alumnos de
Kindergarten de la Escuela
anexa a la Normal N° 2.
1944.

sus ojos brillan más, que la carnecita les rojea y el hueso flaco se les afirma, que llenan este aire dulce rondas nuevas y que se vuelven realmente una “bendición” para los padres, porque eso no pueden serlo sino los niños sanos y felices. Los chiquitos van a ganar salud y dicha en esta casa donde convivirán el niño burgués con el pobre, porque en el reino de la infancia no hay clases y si se las inventase aquí sería una aberración.

Mándenme ustedes, príncipes y maestras, en aquello en que pueda servirles: no quiero ser patrona sino ayudadora; háganlo para que mi nombre merezca estar en este portal y líguenme así a vuestro pueblo de Fortín, a fin de que él sea, desde hoy, parte mía también y no sólo dádiva sino dulce obligación.

Mayo de 1950





LA VOZ DE LA MAESTRA

LA ENSEÑANZA, UNA DE LAS
MÁS ALTAS POESÍAS



Este no es un discurso. Es una conversación de una maestra casi campesina con las niñas de esta escuela, entre las cuales hay alguna suya que ama y sigue desde la montaña.

Alguien me dijo una vez: ¿Son conocimientos estos Juegos Florales en los colegios? ¿No fomentan más que el arte la vanidad artística? ¿No harán de las maestras, literatas, en desmedro muy grande para los niños?

Hay preguntas, y son muchas, que me dejan tan perpleja como la que me dirigiera un habitante de otro planeta. Esta es una. Miro yo este de la literatura femenina y del culto artístico en la maestra, como cosa tan adherida a la misión, que me desconcierta el miedo de mi interrogante. ¿Qué entiende él y qué, otros, de la literatura femenina? ¿Qué, de enseñanza? Yo, una manera de llevar a las bocas de los niños, con la leche de las madres, el corazón mismo de ellas deshecho en un verso o en un cuento infantil.

Tengo una ambición más atrevida que las feroces de las feministas inglesas, y es ésta: quiero que las niñas de mañana no aprendan estrofas ni cuentos que no vengan de una mujer, y de una mujer chilena. Creo que somos capaces de darles el alma en muchas formas. Esa alma, según la feliz expresión de Delmira Agustini, “cabe en un verso mejor que en un universo”.

Me deja en un estupor el escándalo que hacen algunos, alrededor de la literatura femenina. ¿Tiene algo de sufragismo una canción de cuna? Pues, esto es para mí la literatura femenil.

Hasta hoy hemos dejado que las almas finas de Martínez Sierra o de Amado Nervo digan nuestras emociones, adivinándolas, sorprendiendo, felizmente, algún instante de nuestra vida íntima honda. Ahora queremos hacer cantar lo nuestro. En vez de hacer odas como la Avellaneda, muy aplaudida por los clásicos españoles, quiero que hagamos prosa y poesía del hogar, sin énfasis, con la sencillez con que desgrana una oración, que es poesía sin ser literatura, es decir, emoción, aunque no sea retórica.

¿Que mi buen poeta dice más lo femenino que muchas poetisas mediocres? Sin duda, pero es que nosotras vamos sólo en el abecedario de la literatura que ellos cultivan desde antes de Abraham...

Tengo, repito, unas inmensas ambiciones literarias, no más, colectivas. Me entristece que la *Oración por todos* no haya sido escrita por una mujer, siendo muchas santas muy dignas de concebirla y entregarla en estrofas de Víctor Hugo.

Yo no deseo que hagamos odas al Niágara, pero podemos hacer parábolas bíblicas, porque las vivimos más que los hombres. Acaba de morir una mujer nuestra, F. M. Prats, maestra muy grande que jamás hizo clases y que mereció haber firmado muchos pensamientos de Emerson. El dolor de los pobres no lo ha dicho el socialismo femenino en Italia, sino Ada Negri, muy femenina y muy viril.

Y expliquemos que ya es tiempo.

¿Quiere usted condenar a las mujeres chilenas a ese “género inferior” que es la poesía infantil?, me han dicho algunas. Y con toda la honradez de mi alma les he contestado: No infantil, tan superior que nunca me siento tan torpe que cultivándola. Tan superior que el poeta que ha hecho los versos más perfectos para los niños de América es Rubén Darío, el primer poeta de habla castellana. Sus versos son *La rosa-niña*, *A Margarita Debayle*. Peza no dio jamás una estrofa que valga aquel fino oro lírico. La sencillez, la transparencia, la naturalidad, la melodía que hay en esos poemas son la cumbre de la poesía.

En cuanto a la prosa, el cuento infantil perfecto, en autores modernos, lo ha hecho ni más ni menos que Anatole France. Le llama *Abeja* y pondríamos en apuros a los orfebres de la prosa en América al pedirles algo análogo: tan acabado y exquisito es aquello.

No se trata, pues, de un género literario inferior. Por otra parte, me duele hasta emplear este adjetivo en cosa alguna. No hay nada inferior en la tierra ni en los cielos. Hay artistas de la agricultura y de las industrias, tornería de las máquinas. Lo inferior no está sino en los propósitos torpes, en el afinador, no en la obra. Cuando yo he hecho una clase hermosa, me quedo más feliz que Miguel Ángel después del *Moisés*. Verdad es que mi clase se desvaneció como un celaje, pero es sólo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro atravesada en el alma siquiera de una alumna. En la vida de ella, mi clase se volverá a oír, yo lo sé. Ni el mármol es más duradero que este soplo de aliento si es puro e intenso.

Otra explicación. Dije, por ahí, femenina o viril. ¿Por qué no? Confunden lastimosamente la feminidad con la anemia espiritual. ¿Sería mujer Santa Teresa? Y ciertos versos suyos tienen más fuerza que el simún y más quemante marejada de emoción. La feminidad puede estar en la idea, no en la forma. En la naturaleza,



Curso Normal de Costura.
Temuco. 1916.

estrofa de Dios, la dulzura es fuerte; la punta de las montañas es fina como un extremo de ala; los siglos la mellan sólo muy lentamente. El perfume de los jacintos es sutil y es intenso hasta desvanecer.

Ada Negri, poeta altísimo es mujer en cada instante lírico. Es más. Perdóneseme esta temeridad de feminista. Pienso que el ser que mejor recoja el dolor de las multitudes ha de ser una mujer, porque lo reconoce como madre, duplicado siente los males de su carne y la de los hijos suyos. El hombre sólo padece en la carne propia.

No es Juan el más dolorido al pie de la Cruz, es María, la Virgen, y Magdalena, la mundana. Yo creo, por esto, que el poeta de los humildes en Chile será mañana una mujer. Walt Wihtman, cobre y llanto; nosotras lo haremos como pétalo.

Esta es, repito, otra leche con que amamantaremos a los hijos nuestros y a los ajenos también. No salimos de nuestra misión; no invadimos nada.

Un distinguido educador, don Manuel J. Ortiz, tomó parte en una discusión reciente sobre la conveniencia o inconveniencia de que la mujer cultive la literatura. Dijo, con su acostumbrada honradez, verdades muy grandes sobre el asunto. Cuando aseguró que a la mujer de la clase media no convenía la literatura, estuve en perfecto acuerdo con él, pero con esta observación: no le conviene si pretende hacer de ella un oficio. ¿Habría mujer en Chile que pudiera vivir de sus libros, aunque fuera un César Duayen? ¡No, indudablemente, no! En Chile, la mujer que escribe, si gana menos que el más mal pagado de los hombres, esté contenta de ello, que suele pagársele con insultos. Y como la mujer de nuestra clase media no puede permitirse el lujo de ser una eximida del trabajo; como, gracias a Dios, el 60 por ciento de estas mujeres ha de ganarse su vida, el Arte no puede acapararla; apenas si podrá



entregarle dos horas de sus noches. No le di yo nunca más. Cuando se tiene madre, o hijos o hermanos a quienes llevar, sin tardanza, por la mañana, el pan de cada día, no hay derecho a hacer novelas de sol a sol. Y entre el hambre de la madre y la hermosura de un poema, yo, como ustedes, me quedo alimentando a aquélla, aunque sólo dé una poesía cada año. Quiero hacer marcar la distancia necesaria. Cuando se discute si una mujer necesita o no conocer la literatura universal, siquiera superficialmente, entiendo que no se trata de las maestras. La maestra ha de ser, por sobre todo, una garantía de cultura general. Si en Ciencias Naturales ha debido estudiar la Botánica, la de tercer año de Humanidades no puede eximirse de saber cómo cantó Garcilaso y enseñó Tolstoy. Las demás, las que no van a enseñar, exímanse si quieren; no harán con ello una traición a su propio oficio.

No quiero hacer inacabable mi charla; tendrían que escuchar horas: les hablaría a ustedes de cómo siento yo que la belleza es tan educadora como la lógica. Y estaría de más. Quien ha hecho clases lo sabe. Sabe que la hermosura es el aliado más leal de la virtud y que al maestro más reacio a la poesía se le hace pura poesía la clase cuando explica con altura, eso sí, con toda su alma, el Sermón de la Montaña. Porque para enseñar esto hay que tener a Cristo en el corazón, y tenerlo es ser, ser un poco franciscano o teresiano, es decir, poeta.

¿Cuál es la señal más aguda de un hombre duro de alma? Para mí, ésta: no amar. ¿Cuál es el hombre más santo? El que ama más, el que acerca la naturaleza a su boca, como otro par de labios, para entregarle su beso como vida; el que tiene más hondo el don de la simpatía por lo que vive. Un poeta verdadero es esto. El temblor de la brizna de hierba lo sacude como un viento, y el grito de dolor humano, como un huracán.

La Pedagogía tiene su ápice, como toda ciencia, en la belleza perfecta. Ésta, la escuela, es, por sobre todo, el reino de la belleza. Este es el reino de la poesía insigne. Hasta el que no cree cantar, aquí está cantado sin saberlo.

Para terminar, una humilde proposición: hagamos en 1918 más Juegos Florales netamente infantiles. Los temas serán cuentos y versos para niños. Yo procuraré con ustedes hacerlos; puede que, por fin, haga uno solo digno de una boca de niños. Quiero acabar diciendo mi Credo de Maestra en prosa, porque se me retorcería un poco en verso:

Creo en Dios, único dueño de las niñas que enseñó. Creo que lo adoro y lo ofendo en ellas; que, si soy fría para estar a su lado, lo vendo como Judas en el Huerto. Creo que si gasto mis días enseñándoles, le doy gloria como en el Tabor. Creo que vierte la luz cada mañana sobre mi cabeza, para que yo las apaciente. Creo que le he robado esa luz, cuando, mal o descuidadamente, enseñó. Sólo el amor es digno de abrir su boca para enseñar.

Creo en todas las maestras oscuras que nunca se harán aplaudir de las asambleas educacionales, pero que, al dormir, cansadas, tal vez con hambre, siempre con el vinagre de la incomprensión en los labios, pueden tener un resplandor ancho sobre la sien que empieza a marchitarse.

Creo en Jesús, el pedagogo de pies desnudos, que parecía sembrador sólo para Judea y estaba sembrando para el mundo. Mirando de hito en hito sus ojos azules, mirando fijamente, como en un éxtasis, su pecho con sangre, pegada a Él, prendida a Él, negada de todos, entendida por Él, con mi mano en la suya, con otra en la de mis niñas, pienso vivir, y enseñar y morir, y quedar debajo de la tierra con la mano extendida, en la ilusión de que sigo sembrando en la huesa, que no es más, nada más, que un surco.

Creo en todos los instantes, al alba y al mediodía, sin ninguna tregua de duda, ningún éxito verdadero, desde el fracaso aparente. ¡Creo!

¡Cuánto, cuánto queda por cantar del hogar y de la escuela! ¡Si parece que nada se ha dicho todavía, que está virgen esta cantera del alma, que la cuna y los juegos y la sala de clases no están llenas de sugerencias, que los poetas no han querido recoger por ir a vocear en la asamblea!

¡Manos de mujer, labios de mujer, para entregar esta embajada de cantos desdeñados!

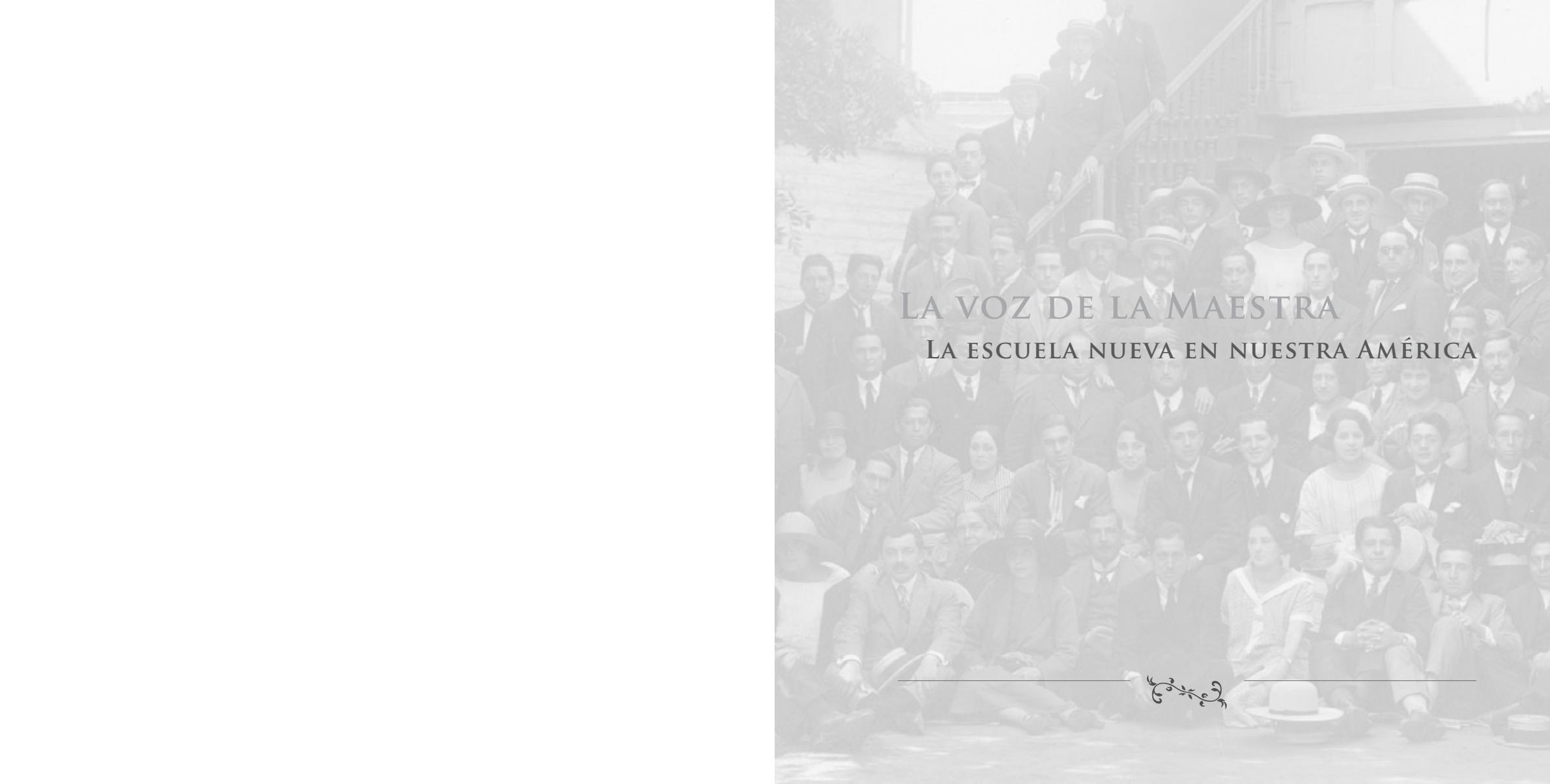
C. 1917.

LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA



Grupo de Alumnas de la Escuela N° 2
de Niñas.
Arica. 1937.



A large group of people, including men, women, and children, are posed on a wide staircase. They are dressed in formal 1920s attire, such as suits, ties, and various styles of hats. The group is arranged in many rows, filling the width of the stairs. The background shows the wooden structure of the building and some foliage.

LA VOZ DE LA MAESTRA
LA ESCUELA NUEVA EN NUESTRA AMÉRICA



LA ESCUELA NUEVA EN NUESTRA AMÉRICA
CARTA DE GABRIELA MISTRAL A JULIO R. BARCOS¹⁵

Ud. ha dicho en su librito algunas cosas fuertes a los maestros. Pudo ir más lejos. En la calamidad pública que son nuestras escuelas, aunque el Estado lleve la mitad de la culpa, tenemos que decir honradamente, sin amarras de compadrazgo, que la otra mitad se la dividen maestros y padres, y mucho más toca a aquéllos que a éstos.

... Los Maestros

Yo conozco maestros que jamás han gastado un peso en un libro o una revista para que no digamos mejorar, completar sus conocimientos. Yo he visto centenares que no acuden a una reunión de profesores sino cuando van a tratarse cuestiones de sueldos. Yo conozco en ellas especialmente el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo, el olvido de toda solidaridad con su carne, en ningún sentido de clase, la indiferencia absoluta para los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela. Yo he visto –especialmente en las mujeres– una mundanidad desenfrenada, pasión ingenua y tonta del lujo, consecuencias limitadas y serviles, cargadas de lastres de prejuicios, beatería sin cristianismo y otras cosas más. Le habla a Ud. una antigua maestra primaria, que hizo su carrera desde la ayudantía de la escuela rural y que ha visto “el pez pedagógico” de las diversas zonas del mar, hasta llegar al vanidoso pez secundario.

¹⁵Fragmento del texto original.



Asociación General de Profesores de Chile.
Valparaíso, 1924.

Ustedes tienen que trabajar particularmente en hacer de nuevo como quien dice a la maestra primaria. Es necesario que ella sea una mujer para la democracia americana, toda una fuerza social que obre en beneficio de la purificación y la elevación de las masas populares; no una Luisa Michel de la barricada, pero sí una doctora Dellepiane, una Luisi, una Concepción Arenal, una Carmen Lira, una Palma Guillén, de México; una María de Maeztu, de España; todo esto sin desahogado sufragismo, con brasa espiritual, ideas claras, coraje y sentido heroico de la vida. Nuestro amigo García Monge cree mucho en una América echada a perder por los hombres y salvada por las mujeres. Dios le oiga y su hojita preciosa que se llama *Repertorio* las junte, las oriente y las decida. Yo, mi amigo, comienzo a envejecer. Procuero decir desde aquí cuanto cosa excelente veo en las escuelas. Hago lo que puedo, hice lo que pude y reconozco que fue poco. También pesó sobre mí el Estado docente, centurión que fabrica programas y que apenas deja sitio –como hurtado– para poner sabor de alma.

Yo espero mucho de la lectura del maestro. No le pidamos, por ahora, sino que se informe de las escuelas nuevas, que gaste un centésimo de su sueldo (vea qué poco es) en obras y revistas. Estimulen ustedes la lectura común, con comentario, con ejercicio de discusión y con ambiente familiar. Crean ese ambiente precioso de fraternidad de los primeros cristianos, que es más que la familia, que es un estado sobrenatural de cariño por un pensamiento al que se le ha jurado la entrega de sí mismo. Yo desdeño esas sesiones académicas de maestros en que se leen actas, se vota sin interés, se lee con tiesura y se pelean los cargos del directorio. Otra cosa muy diversa habían logrado crear en Chile los pobres maestros de la Asociación de Profesores Primarios. Hay que trabajar con las únicas fuerzas constructivas, las del corazón, y con las ideas, pero organizadas por el espíritu, que es solo levantador de catedrales. Sin él, se aglomeran hombres, no se les unifica; se crean cuerpos en vez de organismos. Vea Ud. lo que son la mayoría de las sociedades pedagógicas: ¡qué heladas, qué impotentes y qué inútiles!



LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA



Dirigentes de la Asociación de
Profesores de Chile.
11 de mayo de 1933.



LA VOZ DE LA MAESTRA

LA INTRUSA



LA INTRUSA

Yo no soy la intrusa que decís en el mundo de los niños. Lo soy, según vosotros, porque enseñé sin diploma, aunque enseñe con preparación, porque no estuve al lado de vosotros en un ilustre banco escolar de un ilustre Instituto. No pude. Mi madre debía vivir del trabajo de mis manos cuando yo tenía quince años. Vosotros tenáis padre o hermanos.

Intrusos son los que enseñan sin amor y sin belleza, en un automatismo que mata el fervor y traiciona a la ciencia y al arte mismos. Intrusos los que sólo le piden a la enseñanza un sueldo mensual y le esquivan el esfuerzo de un cerebro flojo y la emoción del alma. Intrusos los que descansan, desde que salen de su Instituto paternal y amparador, de toda investigación y se sientan en la cima de una cultura mediocre a reposar satisfechos. Intrusos los que se apegan a un partido o a una institución cualquiera para que les reflejen su resplandor y les defiendan el pan de cada día. Yo, mujer sola, tan sola que puede injuriárseme sin temor por cualquier cobarde, no soy la intrusa en el mundo de los niños. Miro a mi conciencia y hablo delante de ella e iré tras de escribir estas palabras, tranquila, a mi clase cotidiana. No robo mi pan, no lo arrebató a ninguna que muestre mayor derecho. Dios me puso aquí. Él me acompaña en mi amargura y me yergue en la protesta justa.

LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA



Curso de profesoras y profesores primarios. A la derecha de pie, en primer plano, el educador Darío Salas. 1920.



LA VOZ DE LA MAESTRA LA RADIOFONÍA Y LOS NIÑOS



Un recuerdo profundo.- La obra de la prensa mexicana en bien de la infancia.- Los programas dominicales infantiles.- La colaboración de los niños y la de los artistas.

Este es el último recuerdo de México

Poco antes de dejar la capital del país, *El Universal* me invitó a hablar por radio para los niños mexicanos. La radiofonía se ha difundido tanto, que es rara la casa pobre que no ha levantado la pequeña antena misteriosa y vulgar, donde golpean los acentos lejanos a cada hora. Quince pesos -sesenta chilenos- cuesta la instalación simple.

Me excusé por mi voz insuficiente; me dijeron que hasta un aliento era bastante. Acepté. La verdad era que yo deseaba conversar por última vez con los niños de Puebla y de Hidalgo y de Oaxaca. Querían de mí un cuento o una “plática” moral, como allá se dice. Les llevé, sencillamente, la vieja fábula eterna de Perrault, la desnuda conseja cuya maravilla no se gasta, al igual de las piedras preciosas. *La bella durmiente* para los niños de todos los tiempos se deja picar del huso maldito, y duerme cien años, y despierta con los ojos del amor. Por dar algo, di una versión propia -la que los niños chilenos ya conocen-, larga, para que cubra la mitad de una noche, y en viejo romance, la única estrofa en que se cuenta, haciendo el relato fácil como la resbaladura del aceite bondadoso.

Llegué a la sala de audiciones de *El Universal*. Sería esa la tercera audición infantil. El aviso cotidiano, insistente, durante una semana, prepara a los “novedosos”, que están prontos para la hora precisa de esta verdadera cita con la eterna madrina suya, la fábula.

El primer número era de canto. Mi compañera de programa me avergonzó un poco: una cantante maravillosa de nueve años. Cantó canciones del país, con una voz, al principio, muy temblorosa, que se le fue afianzando. Mi otro compañero sugestivo era el payaso de un circo famoso. Llevaba los cascabeles... Nos miramos y reímos; era un viejo de cara cansada, que ha vivido de hacer reír a los niños de todo el mundo: desde el Japón hasta Vancouver; un buen poeta -el jefe de la sección radio en el periódico- leería un cuento en prosa.

Llegó mi turno. Yo también, como la niña, tenía un pequeño temblor, que ocultaba a ella, por pudor de competencia... Me siento a leer. Vosotros ya conocéis el aparato transmisor. Es pequeño, insignificante. En esta época, lo prodigioso se humilla en formas materiales harto secas, hasta odiosas. Un disco redondo y grueso, parecido al transmisor del teléfono reformado, que lo mismo puede ser un desarrollador automático de fajas de cuero o un tipo de calentador eléctrico manual... La industria prodigiosa, competidora de la noble magia, es plebeyísima de fealdad; en la sencillez de sus medios pone no sé qué burla al misterio antiguo. Este aparato transmisor ni aun recuerda a la boca, ni a la oreja humana; se ha deshumanizado como por desdén. A mí me encantaría hallar al menos una profundidad de campana, en cuya oquedad oscura se hundiera el acento, bebido por el duende de la radio, o una especie de pabellón mullido, donde los versos se sumieran como gotas. Nada de eso; ninguna cosa que reciba bondadosamente, sino este disco desnudo que parece dejarme afuera el cuento, dispersado en la sala...

Pero nos queda la vieja imaginación, para prenderse aún en esto, odioso, y tejer su fronda de oscuridades y resplandores. Y yo, con mis ojitos apretados, no veo al feísimo, y hablo como en una gruta, al espacio vivo, hirviente de espíritu.

Entre las ventajas de la radiofonía está la de habernos dado auditorios invisibles. Esta vez, sólo ésta, la invisibilidad es triste, porque son niños, linda apiñadura de locos inocentes cuya visión regocija. Pero es ganancia que se nos esfumen los otros públicos, los que tosen, y comentan cuchicheando, y hacen pesado de carne calurosa el aire, y van vestidos de ceremonia, horriblemente perfumados.

Está bien que nos ahorren esta mancha grasa que gesticula y que ni con el aplauso grato acierta, porque lo dan a plena garganta gruesa.

La ilusión de soledad hace, por otra parte, bien a los tímidos, y yo soy el peor de ellos; no existe la turbación, los pulsos locos y la cara roja, y somos como más puros hablando en el vacío. No sabemos cuándo la palabra ha rebotado en los hostiles; creemos en un vuelo suave de ella en la atmósfera llena de profundidades cordiales.

Uno de los reparos que suele hacerse: la voz desfigurada del recitador. ¡Pero son tan pocos los seres de voz grata, Dios mío! La limpia garganta y la inflexión que se dobla con dulzura. Hemos perdido poco. Los metales, el cristal, el agua, fueron mejor dotados de voz que nosotros. Si somos vasos, como dice Omar Khayyam, somos cántaros de greda, de resonancia sorda...

¿Que, además, se pierde la expresión del rostro? Pero hay tan pocos Apolos entre los que cantan o leen, y hay, en cambio, tantos cuyo semblante no se acuerda



Alumnas en función de cine escolar.

al motivo, ni lo aúpan intensificándolo con un gesto. Lejos de eso: el verso más noble suele caer de la boca innoble o grotesca o de las comisuras frías.

He terminado mi cuento y vuelvo a mi casa riendo de esta faena tan fácil en que he cumplido con muchos.

Quiero volver al elogio de los festivales infantiles.

La radio, aplicada a la palabra, es el comienzo de una escuela nueva, hecha a base del cine, de imagen muda (¿para qué la imagen ha de necesitar acento?) y de maestro invisible cuyo mal humor los niños no verán.

Mientras se organiza esa cosa mágica, está bien que se dé a todas las escuelas, a los asilos, a las cárceles mismas, la audición dominical, con números enteramente infantiles.

Que los artistas cedan un momento de canciones; que los buenos lectores -rara vez son maestros- les den cuatro páginas de Tagore o de Kipling; que el buen payaso ponga la risa.

El Mercurio podrá ser el viejo Noel conductor de los dones del siglo XX, que son los sonidos viajeros.

Yo he contado para esto mi experiencia ingenua, mi fiesta de un domingo mexicano...

Perugia, agosto de 1924





LA VOZ DE LA MAESTRA

MAESTROS RURALES



MAESTROS RURALES

Nuestros países son, por excelencia, ruralidad, tierra rural, aldeas, millares de pueblecitos. A pesar del atarantado abandono del campo, especie de huida que hacen de los grandes latifundistas, y del mismo pecado de renegamiento en el cual ya entró también la clase media. Todavía en nuestra vida nacional la población aldeana se lleva de arrastre a la urbana. ¡A Dios gracias!, porque sabido es que las naciones más prósperas y las más sanas son precisamente aquellas cuya tierra verde ocupa los tres cuartos de tierra verde.

Y aquí viene el absurdo: ese campo inmenso, proveedor de casi todo, sustentador cotidiano de las ciudades gozadoras, no vive una vida verdadera, generalmente la calamidad pura en el abandono de las capitales; en la mala calidad de los funcionarios que les remesa el “Centro”; en la mínima atención sanitaria con que se les sirve y a veces hasta en los maestros que les asignan las ilustres capitales.

Yo nací en ciudad, pero me crié en el campo. Trajinando de más el mundo, tengo borroneadas varias urbes, pero, guardo a mis dos aldeas intactas en el ente misterioso que es la llamada memoria selectiva. Mi selección parece ser peyorativa, porque lo que mantengo es lo más duro de contar y suelo deletrearlo con un llanto caliente y escocedor.

La aldea de casi toda mi infancia se llama Montegrande (Valle de Elqui). Allí enseñó mi hermana, Ana Emelina, segunda madre mía y hasta más que eso. Porque

mi madre vivió media vida de dolencia, y mi padre se llama en mi alma ausencia y olvido.

Monte grande no era un pueblo salvaje, no. Lindas cosas de él guardo y riego en mí, y tantas son ellas como para que yo lo declarase mi lugar de nacimiento. Porque allí nací al amor de la tierra – del cual vivo todavía – y me crié a la intemperie en el mejor sentido de esa palabra. Tuve sol de más, tuve el huerto doméstico que a ningún niño debería faltarle, tuve por maestra a la hermana, tuve el heroico y dulce cariño pueblerino que ganaron arriba entre el campesinado; tuve la escuela misma por casa y si bien ésta no tenía sino dos cuartos, el patio espacioso y el huerto “de mis amores”, me amamantaron en el gusto del espacio quien es para mí por sí mismo, alegría y más: euforia.

Quizá la extensión de esos dos padrinos míos – patio y huerto – no pasaba de una hectárea, pero como no fui yo ni corredora ni activa, aquel “cuarto de cuadra” me valió como... una granja entera.

El huerto sería mucho más dueño que la casa y patio. Estaba bien plantado y cada cepa de uva y cada arbolillo eran de calidad. Mi paladar no se acuerda de fruta ácida ni segundona y mis brazos “mareadores” del damasco y los durazneros y mis manos picoteadoras de racimos retienen todavía la habilidad y el gusto de escoger, y mascar con regodeo las pulpas azucaradas, pura miel vegetal.

La expresión “hacer el paladar” que yo oía a las madres “criadoras” tiene para mí un sentido muy vivo. Puedo comer cualquier “plato” medianito o malo; pero nadie logra de mí el que coma la mala fruta, la pobre manzana a medio asoleo, cogida antes de ser, por prisa de los revendedores. Hasta hoy tengo la “mala crianza” de apretar con pulgar e índice el damasco “verdón” y devolver al vendedor la pera

endurecida a la cual apenas miró el sol. Otro tanto hago con la frutilla pasada que me desliza el frutero ladino entre las sanas; fresa esclerótica, desabrida como la niña anémica.

Andábamos en un reparto de alimentos por cierto suburbio criollo. Se distribuían cereales, azúcar y malos cafés. Una de las distribuidoras hacía de regreso, satisfecha y hasta eufórica el recuento largo de lo comprado y repartido. Y yo no celebraba la hazaña. Por mi mal gesto, alguna del grupo me interrogó: – ¿No anduvo eso bien? Nada faltó, Gabriela.

Le dije sí: la fruta. Para los viejos tal vez faltaban arroces y frijoles. Pero los niños no piden sino fruta, y razón que tienen.

Desde entonces a hoy el llamado “nivel de vida” ha subido con la rapidez de las ardillas sin que nadie pueda con ese fenómeno bizco padre de la hambruna y de las guerras civiles que apuntan ya en los cuatro cantos del mundo. Escribir sobre la fruta en vez de hablar de carne y pan debe parecerle a mi lector una bobería; pero es que guardo de mis edades ese solo mi largo banquete, mi euforia, mi fiesta de Monte grande –al cual Dios guarde.

Volví allá treinta años después, para ver ¡ay! dos aldeas irreconciliables. Me alojaron en buena casa, pero salí tres mañanas a ver las otras. Y vi en una la “cargazón” y el acarreo de aquellas personas aldeanas aupadas a hermosas burguesas. Todo emigraba, todo subía en carros y carromatos. Y los niños que vi no tenían “los colores” de mis compañeras de juego, de mi Jesús (Jesusa) de mi Antonia, de mi... Tampoco la viveza de aquellos ojos, tampoco las pantorrillazas de mis comadres de infancia.



Alumnos de 6º año de la Escuela
Nº 12 en clase de Agricultura.
1944.

Todo se va en los carros copeteados, en las javas, en las cajas saqueadoras.

Tan bien se vende eso ahora, me dijeron, tanto sube, tanto da, que ya los “chilpositos” no las tienen ¿Cómo las van a tener? Y a nadie le alarmaba el despojo, eso que llamaría un clásico el expolio... Bien pudieran prescindir de eso, dije, los grandulones y hasta los viejos pero éstos no.

Y pesé mi buena suerte que nunca me tuve por tal, mi fiesta, mi pascua frutal, mis nueve años coloreados, eufóricos de duraznos, de higos mejores que los griegos, de duraznos mellizos de sorrentinos y de uvas super -provenzales, de nueces sonantes y de damascos aterciopelados. ¡Ay, ay!

Ya sé lo que me responderán a este clamor:

Los chuiquillos de su tiempo, los más, andaban descalzos y vestidos con tirillas. Los de ahora se cuentan con los dedos.

Pero talvez los pies calzados tengan más espera; pero no lo tiene el bienhadado apetito frutal de los “cuatro-añitos”, las ganas locas de comer más uva que lentejas y más arroz que duraznos “priscos” y que el higo azul o blanco que es pura miel. (Todavía duran los viejos que ignoran el valor nutritivo de esas personitas asoleadas y melificadas por un sol elquino).

*Fondo Legado de Gabriela Mistral.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile*



LA MAESTRA RURAL

A FEDERICO DE ONÍS

La Maestra era pura. “Los suaves hortelanos”, decía, “de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, para dar clara luz”.

La Maestra era pobre. Su reino no es humano. (Así en el doloroso sembrador de Israel). Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano iy era todo su espíritu un inmenso joyel!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida! Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad. Por sobre la sandalia rota y enrojecida, Era ella la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! ¡En su río de mieles, caudaloso, largamente abrevaba sus tigres el dolor! Los hierros que le abrieron el pecho generoso más anchas le dejaron las cuencas del amor.

¡Oh labriego, cuyo hijo de su labio aprendía el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor del lucero cautivo que en sus carnes ardía, pasaste sin besar su corazón en flor!

LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA



Gabriela Mistral.
Los Andes, 1916.

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti

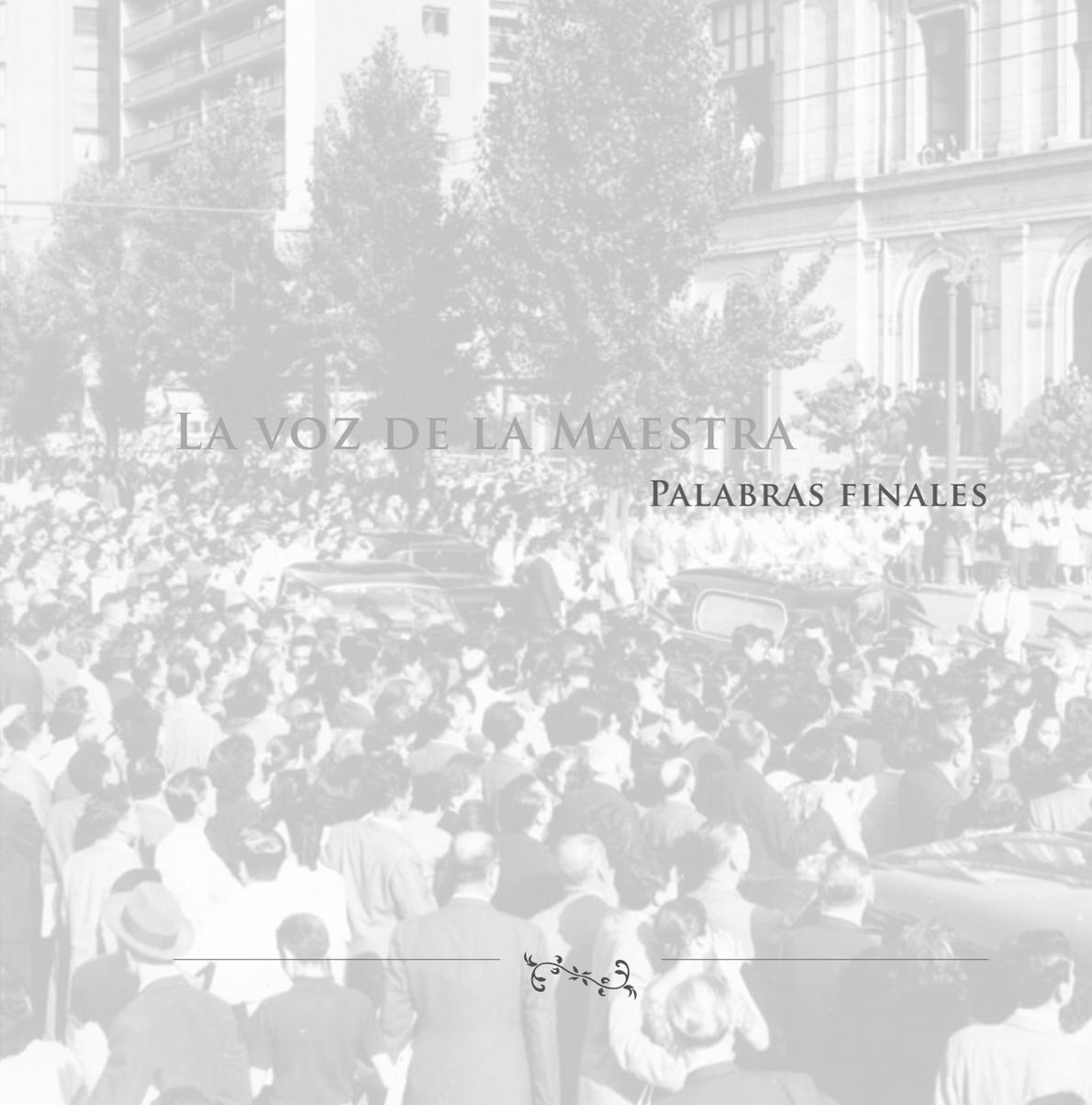
Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios ha dormido como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
y la paz llueve largo sobre su corazón.

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para dar ambrosía de toda eternidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, como aroma, me cuenta
las plantas del que huella sus huesos al pasar!



LA VOZ DE LA MAESTRA

PALABRAS FINALES





Un importante número de personas se congrega frente a la Casa Central de la Universidad de Chile para esperar el paso del féretro con los restos de Gabriela Mistral. Santiago, enero de 1957.

Gabriela Mistral murió lejos de Chile -afectada por un cáncer de páncreas- el 10 de enero de 1957, en el Hospital General de Hamstead, en Nueva York. El 19 de enero del mismo año sus restos fueron traídos a Chile para ser enterrados en el Cementerio General. En 1960, cumpliendo el deseo que ella misma expresara en vida, es trasladada al pueblo de Montegrande, en la Región de Coquimbo, donde yace actualmente en su amado Valle de Elqui.

Al momento de su muerte, su importante itinerario como escritora y educadora había sido largamente explorado en el extranjero, donde no sólo se relacionó con culturas muy diversas y la más connotada intelectualidad de la época, sino que recibió, además, importantes galardones, entre los que se cuenta el mayor reconocimiento del mundo de las letras: el Premio Nobel de Literatura, en 1945.

Sin embargo, a pesar de su dilatada trayectoria, una parte importante de su pensamiento quedó rezagada en la periferia de la historia oficial. Su crítica a los sistemas educativos y políticos imperantes y su juicio descarnado del sistema social y de las frágiles democracias latinoamericanas, se perdieron entre rondas infantiles y amores no correspondidos, privándonos del privilegio y del derecho de escuchar su voz autorizada en relación con temas que nos abruman hasta el día de hoy.

Con este libro hemos pretendido que su voz se vuelva a escuchar y que sean nuestras y nuestros lectores quienes decidan el lugar y la vigencia de su obra cuando se trata de repensar la educación que queremos para el Bicentenario.



BIBLIOGRAFÍA

Egaña, Loreto; Núñez, Iván y Salinas, Cecilia, *La educación primaria en Chile: 1860-1930. Una aventura de niñas y maestras*, LOM Ediciones/PIIE. Santiago de Chile, 2003.

Godoy, Lorena, "Armas ansiosas de triunfo: dedal, agujas, tijeras. La educación profesional femenina en Chile, 1888-1912" en Godoy, Lorena [et al.] *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Coedición SUR/CEDEM. Santiago de Chile, 1995. Obtenido desde: [http://www.sitiosur. cl/r.asp?id=78](http://www.sitiosur.cl/r.asp?id=78)

González, Sergio, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*, Ediciones DIBAM. Santiago de Chile, 2002.

Grez, Sergio, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Ediciones de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 1997.

Mistral, Gabriela, *Todas íbamos a ser reinas*. Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1971.

Monsalve, Mario, “...i el silencio comenzó a reinar. Documentos para la historia de la Instrucción Primaria”, Ediciones DIBAM. Santiago de Chile, 1998.

Núñez, Iván, “Hacia una pedagogía mistraliana. Notas sobre Lucila y Gabriela educadoras” in revista *Educación*, N° 331, noviembre-diciembre, pp. 43-47, Santiago de Chile, 2007.

Scarpa, Roque Esteban (Ed.), *Gabriela Mistral. Magisterio y Niño*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1979.

Zegers, Pedro Pablo, *Recopilación de la Obra Mistraliana 1902-1922*. RIL Editores, Santiago de Chile, 2002.

Zegers, Pedro Pablo, *Gabriela y México*. RIL Editores, Santiago de Chile, 2007.

Fuentes Documentales:

Fondo “Legado Gabriela Mistral”. Archivo del Escritor. Biblioteca Nacional de Chile.



GOBIERNO DE CHILE
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS



LUCILA GABRIELA: LA VOZ DE LA MAESTRA

MARÍA ISABEL ORELLANA RIVERA - PEDRO PABLO ZEGERS BLACHET

SANTIAGO
DE CHILE
2008